Javier García
Prólogo de Xulio Ríos

# CHINA
# AMENAZA O ESPERANZA
## La realidad de una revolución pragmática

A FONDO

akal

**AKAL** / A FONDO

Director de la colección

Pascual Serrano

Diseño interior y cubierta: RAG

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© del prólogo, Xulio Ríos, 2022
© Javier García, 2022
© Ediciones Akal, S. A., 2022

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.akal.com
facebook.com/EdicionesAkal
@AkalEditor
ISBN: 978-84-460-5323-1

JAVIER GARCÍA

# CHINA, AMENAZA O ESPERANZA

## La realidad de una revolución pragmática

akal
ARGENTINA / ESPAÑA / MÉXICO

China ha experimentado una colosal transformación en los últimos treinta años. Un gigantesco cambio para el que, sin embargo, no hay apenas espacio en los medios de comunicación occidentales. Un Estado que está cerca de desbancar a EEUU como primera potencia económica, que ha sacado de la pobreza extrema a más de 800 millones de personas, ha quintuplicado su producción de energías renovables en diez años y prioriza ahora reducir las diferencias sociales creadas por la economía de mercado.

La prensa occidental intenta empañar estos logros, pues el modelo chino de pragmatismo corre el riesgo de servir de ejemplo a los países atrapados en el callejón sin salida del subdesarrollo y la desigualdad. También azuza el miedo al resurgir de China, ignorando intencionadamente que el milenario Reino del Centro nunca ha mostrado voluntad expansionista y en muy raras ocasiones ha promovido una guerra.

Sólo desde un conocimiento veraz de lo que en la actualidad es China podremos abordar la tarea de que su imparable ascenso se convierta en un pilar fundamental de un nuevo orden mundial más justo y pacífico.

**Javier García** (Vigo, 1965) es un periodista de larga trayectoria en el ámbito de la información internacional. Ha sido jefe de las oficinas de la Agencia EFE en países de Asia, Latinoamérica, Europa, Oriente Medio y África; enviado especial a varias de las zonas más conflictivas del planeta; experto en comunicación multimedia para Naciones Unidas en África; coordinador de observación electoral para la Organización de Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) en Bosnia-Herzegovina, y en 2022 ha creado –junto con otros periodistas de todo el mundo– el medio alternativo de información y análisis internacional *Globalter.* Antes fue corresponsal de la Televisión de Galicia.

Ha recibido, entre otros, los premios de poesía en lengua gallega Rosalía de Castro y Domingo Antonio de Andrade.

Desde hace más de cuatro años reside en China, donde da clases de Periodismo en la Universidad Renmin de Pekín.

Para mi hermano Gustavo, que empleó gran parte de su vida en luchar por un mundo mejor.
Y para mi hija Mariña, por el tiempo que este libro les ha quitado a nuestros juegos. Para que pueda crecer en un planeta diferente.

# PRESENTACIÓN

En 1936, un periodista estadounidense de treinta y un años viaja a China a entrevistar a los «bandidos» que le habían dicho que había en las colinas occidentales de la provincia de Shaanxi. Allí pasó cinco meses en la clandestinidad entrevistando a Mao Zedong y otros líderes comunistas chinos y viendo la relación del Ejército Rojo con la gente del pueblo. De aquello salió un libro mítico, *Estrella roja sobre China*, publicado en 1937, una obra de referencia para conocer el origen de la República Popular China, que fue un *bestseller* en Inglaterra y EEUU.

El periodista era Edgar Snow, y se convirtió en el analista de cabecera sobre China en la prensa mundial. Antes de que los comunistas llegaran al poder, en la medida en que la prioridad era la lucha contra el fascismo y los comunistas chinos eran aliados contra Japón, Snow y sus verdades sobre las políticas de Mao tuvieron un acceso relativamente fácil a los grandes medios estadounidenses, incluso a los de ideología conservadora.

Snow logró sacudirse sus prejuicios y su etnocentrismo occidental y comprender la cultura china y, todavía más meritorio, transmitirla al resto del mundo.

Sin embargo, una vez derrotado el fascismo y con el comunismo gobernando China, Snow vio que cualquier información positiva sobre las políticas del Gobierno chino se silenciaba en los medios importantes de EEUU. Se daba la circunstancia de que en la primera parte de su carrera Snow gozó de una enorme popularidad y aclamación, y que, por el contrario, en la segunda ni siquiera lograba dar salida a sus trabajos. En la década de 1950, si quería publicar algo desmintiendo alguna falsa información de los medios estadounidenses sobre China, tenía que dirigirse humildemente a la sección de «Cartas al director».

He contado todo esto para explicar que Javier García, con este libro de la colección A Fondo, *China, amenaza o esperanza. La realidad de una revolución pragmática*, bien podría ser nuestro Edgar Snow del siglo XXI. García revolucionó las redes en septiembre de 2021 con un mensaje en Twitter que decía: «En pocos días dejaré el periodismo, al menos

temporalmente, tras más de 30 años de profesión. La bochornosa guerra informativa contra China se ha llevado buenas dosis de mi ilusión por este oficio, que hasta ahora había sobrevivido a no pocos conflictos y otras lindezas». Lo explicó con estas palabras:

> Lo que me encontré al llegar a China me sorprendió. Por un lado, un país enorme, diverso y en constante transformación, repleto de historias que contar. Un lugar innovador, moderno y tradicional a la vez, en el que se vislumbra el futuro y se juega de algún modo el destino de la humanidad. Por otro, un relato de la prensa extranjera –en su inmensa mayoría– profundamente sesgado, que sigue constantemente la estela de lo que los medios estadounidenses y el Departamento de Estado de EEUU quieren contarnos, da igual lo que pase.
>
> En esa información, llena de lugares comunes, no hay casi espacio para la sorpresa, ni para un mínimo análisis veraz de lo que ocurre aquí. No hay lugar para profundizar en las claves históricas, sociales o culturales. Todo lo que hace China debe ser por definición negativo.
>
> La manipulación informativa es flagrante, con decenas de ejemplos a diario. Quien se atreva a confrontarla o a intentar mantener posturas medianamente objetivas e imparciales será acusado de estar a sueldo del Gobierno chino o algo peor. No se tolera la menor discrepancia.

Efectivamente, después de cuatro años en China, tres de ellos al frente de la agencia EFE, este periodista llega a la conclusión de que el periodismo en los medios tradicionales es inviable para contar lo que sucede en China. Es por eso que nace este libro. Un libro que, como el de *Estrella roja sobre China* de Edgar Snow, parte de un periodista honesto que sacude sus prejuicios para intentar comprender su cultura. Estas palabras de García suenan idénticas a las que, hace 86 años, inspiraron a Snow:

> Intenté aproximarme al país, como a cualquier otro, con la mente abierta y libre de prejuicios. No hay nada peor para un periodista que dejar que las ideologías y las ideas preconcebidas empañen la percepción de una cultura distinta.
>
> La mayor dificultad a la hora de juzgar a China desde Occidente está en el enfoque y la aplicación de nuestros propios valores a una civilización completamente diferente. Pensamos que nuestra forma de ver la convivencia humana no sólo es la correcta, sino que debe ser universalmente aceptada y adoptada por todas las culturas del planeta.

No dejamos de escuchar cómo asocian China a conceptos como «amenaza» o «desafío». Es curiosa esta obsesión con transmitirnos preocupación y temor hacia un país que no ha disparado un solo tiro fuera de sus fronteras desde hace 34 años, ni ha incautado bienes a sus países deudores, ni los ha forzado a privatizaciones, ni ha promovido cambios de régimen en ningún país, ni conspirado contra ningún Gobierno. Precisamente lo que lleva haciendo EEUU durante toda su existencia.

Las grandes potencias occidentales, EEUU a la cabeza, al ver que pierden la batalla comercial de la globalización ante China, han iniciado una cascada de sanciones económicas contra el libre comercio con el país asiático. Resulta curioso observar que si hace 25 años era la izquierda mundial la que defendía una postura antiglobalización, ahora, cuando es China quien logra convertirse en el socio comercial más seguro y el mejor aliado para el desarrollo de África y América Latina, es EEUU quien está superando al subcomandante Marcos en ataques contra dicha globalización.

Este libro, *China, amenaza o esperanza,* de Javier García, repasa y responde con rigor y humildad a todas las preguntas que cualquier lector se puede hacer sobre China. Desde los tópicos sobre su contaminación medioambiental hasta las condiciones laborales de sus trabajadores o su comportamiento en derechos humanos o trato a las minorías. Leyéndolo, uno descubre lo rápido que corre el tiempo en China y cómo cambia la situación de hace pocos años a la actualidad. Nada de lo que nos decían sobre China, como el control de natalidad, el aire contaminado en sus grandes ciudades o las regiones rurales empobrecidas, está sucediendo ahora.

Mientras desde Occidente, en el mejor de los casos, seguimos de espaldas a China o mirándola con desprecio, superioridad o temor, su desarrollo tecnológico, sus infraestructuras, su esperanza de vida, su educación o sus medidas medioambientales hace mucho que nos han alcanzado e incluso superado.

Cuando terminé de leerlo, pensé en la fábula de *Los tres cerditos*. En lo cerca que la posición de EEUU y Europa se encuentra de la soberbia de los cerditos que hicieron su casa de paja o de madera, mientras se reían del tercer cerdito, China, que la hacía de ladrillo. El lobo llegó y logró destrozar las endebles casas de paja y madera, mientras que la de ladrillo se demostró segura y resistente. Lo que no sé es si China nos salvará cuando nuestros endebles sistemas políticos y económicos se desplomen, como hizo el tercer cerdito de la casa de ladrillo.

De momento, les recomiendo que lean *China, amenaza o esperanza*, disfrutando del privilegio de que Javier García nos cuente de primera mano cómo el tercer cerdito está construyendo su casa segura de ladrillo. No nos vendrá mal tomar alguna nota.

Pascual Serrano

# PRÓLOGO

Es un tópico afirmar que «China es otro mundo». Pero, en gran medida, como la civilización más antigua que ha perdurado hasta nuestros días, en verdad lo es. Sus constantes culturales e históricas abundan en ciertos parámetros cuyo conocimiento y comprensión son fundamentales para acertar en la caracterización sin prejuicios de los objetivos de su política. Esto no quiere decir que haya necesariamente una relación de causa-efecto. De hecho, durante muchos años (en el maoísmo y buena parte del denguismo, pero también entre los modernizadores del siglo XIX), la caracterización de su singularidad cultural fue largamente vilipendiada como fuente de atraso y decadencia. No es el caso, por fortuna, hoy día, y uno de los grandes giros ideológicos del Partido Comunista de China es, sin duda, su ósmosis creciente con ese patrimonio universal que representa su cultura.

En Occidente, por lo general, sabemos poco de China y en nuestras diatribas pesan lo suyo los estereotipos. Unas veces por ignorancia y otras por conveniencia. Si bien podemos aceptar que el rojo, para nosotros una señal de peligro, en la cultura china es un color asociado a la fortuna, o que el dragón, que el príncipe valiente debe descabezar para salvar a la dama, sería la mascota preferida de los chinos, si hablamos de política, que China no ansíe, por ejemplo, dominar el mundo porque reniega de propósitos hegemónicos y confía históricamente más en las virtudes de la cooperación resulta más difícil de creer.

Pero hay diferencias de principio ineludibles entre la concepción occidental y la china respecto del individuo y de su relación con la sociedad, diferencias que trascienden con mucho los sistemas políticos contemporáneos y que están profundamente enraizadas en el imaginario de cada civilización. En China, el individuo sigue subordinado a la sociedad y se realiza a través de la integración en la colectividad. Son miles de años insistiendo en las virtudes innatas y positivas en aquel individuo que las despliega a través del contacto con la comunidad, enfatizando el equilibrio, la armonía, la educación, unas bases culturales que podrían sustanciarse, en

buena lógica, con una distinta vertebración del sistema político, con amplio espacio para el ejercicio de un autoritarismo aristocrático que funcionó durante bastantes más siglos que el sistema democrático liberal. Los valores y bases culturales diferentes necesariamente deben tener su traducción en sistemas políticos con diferencias.

No quiere eso decir que la sociedad china deba permanecer atada a sus tradiciones *per saecula saeculorum,* pero sin duda su actualización requiere de una evolución con filtros y con adaptación. Si bien las sociedades occidentales y orientales comparten muchos problemas, no necesariamente deben tener idénticas soluciones, aunque celebren los puntos en común.

Cuando eran mucho más pobres de lo que hoy son, la pena y cierta condescendencia podrían ser los sentimientos predominantes de muchos occidentales respecto a China. La ironía nos permitía incluso conjeturar sarcásticamente sobre la inmensa población china, capaz de invertir la órbita de la Tierra con la mera sincronización de un leve salto. Pero, en las últimas décadas, la naturaleza de esa relación no ha parado de mudar, hasta el punto de convertirse hoy día en uno de los más serios problemas para las grandes potencias occidentales. No falta quien interprete esa coyuntura como un desafío a la hegemonía occidental imperante y, en consecuencia, pondera el riesgo de un conflicto de grandes proporciones, llamado a ser el último recurso para evitar que China recupere la posición, en cierta medida natural por sus dimensiones, que ejerció durante siglos hasta el XIX. No obstante, que en el siglo XXI podamos contar con China no como un lastre por su inestabilidad y pobreza, sino como una nueva fuente de energía para crear una sociedad global más justa y equilibrada, representa una novedad de gran alcance.

Durante los años del denguismo (1978-2012), la expansión internacional de China se benefició de un clima de intercambio benigno protagonizado juntamente con las principales economías desarrolladas de Occidente. El entorno geopolítico lo favorecía, al igual que el tono general de las políticas internas adoptadas por China al abrigo de la política de reforma y apertura. Esa combinación de curiosidad e interés mutuo (económico pero también geopolítico) posibilitó un auge significativo de la relación bilateral y de la proyección de China en el mundo. Y también alentó equívocos que hoy se formulan en términos de «desengaño» cuando se pretende justificar el curso en boga de la contención y hasta de la confrontación por parte de algunos

países centrales. Pero lo cierto es que, si nos atenemos a lo empírico, es decir, las declaraciones, testimonios y la propia literatura oficial, las autoridades chinas nunca han renunciado a conformar una sociedad y un sistema propios que respondan a aquella singularidad civilizatoria y cultural.

¿Es este un eufemismo, un subterfugio, una coartada, para justificar lo injustificable? Pudiera ser, pero la propia magnitud de China (más allá de la justificación interna de la inalterabilidad del actual sistema de poder como una de las máximas irrenunciables del proceso de modernización conducido por el Partido Comunista) hace difícilmente viable el empeño por ejercer una presión desde el exterior que sólo puede provocar el efecto contrario al deseado, incrementando, en paralelo, la desconfianza. Asimismo, cabe reconocer que la trayectoria histórico-cultural de China en su relación con otros universos apunta a la hibridación como demostración de la capacidad para integrar otros saberes y pensamientos con los propios en un ejercicio evolutivo que desmiente cualquier dogmatismo. Recuérdese, por ejemplo, que el éxito de los jesuitas en China se debió en parte a esa actitud de acercamiento a las prácticas locales, que después el Vaticano prohibió por considerarlas una violación de la pureza del dogma católico. Esas lecciones debieran tenerse en cuenta hoy también cuando proponemos –o tratamos de imponer– una alteración radical de los fundamentos del país. Como resultado de aquella prohibición por parte de Benedicto XIV, el emperador Qianlong desató la represión contra los cristianos en China.

Soslayar el conflicto, por tanto, exige tomar en consideración la idiosincrasia china, que hoy se plasma en la reivindicación de su derecho a seguir un camino propio, en el desarrollo y en la política, y reservándose la posibilidad de una evolución que la acerque o no a Occidente en función de sus propios intereses nacionales.

No debiéramos interpretar automáticamente ese propósito como un desafío; sin embargo, históricamente ha ocurrido así. En otro episodio posterior al descrito de los jesuitas, cuando el británico lord McCartney desairó al emperador Qianlong a finales del siglo XVIII, en realidad se gestaba un cambio radical en la imagen de un país de dinastías que hasta entonces no se había calificado ni mucho menos de «peligro» sino de «casi mitológico» a la luz de los testimonios que llegaban de los viajeros, empezando por Marco Polo. Ahí nació ese empeño «benéfico» de

Occidente, los «bárbaros» para los chinos, en transformar, incluso por la fuerza, una autocracia atrasada en un país conectado al mundo occidental en un contexto de manifiesto desprecio por su singularidad, sinónimo de anticuado.

Sin embargo, siguiendo a Joseph Needham, 20 siglos antes de Napoleón, los primeros Han crearon el «sistema burocrático y de prefecturas» de los mandarines, funcionarios reclutados mediante examen, dotados de recursos e investidos de una misión por el emperador, quien los podía destituir en caso de fracaso. Fue también en esta época cuando los chinos Han observaron el cometa Haley, inventaron la ballesta y el timón de popa, y descubrieron el proceso metalúrgico de fundición del hierro, la porcelana, la anestesia general, la pólvora, el papel y, entre otras cosas, el trabajo de la seda. Alrededor del siglo XI, durante el periodo Song, más de tres siglos antes de Gutenberg, inventaron los tipos móviles de madera y la imprenta.

El pisoteo de la soberanía china, acompañado de múltiples humillaciones de diverso tipo, está necesariamente presente en el proyecto modernizador del PCCh y explica la vigencia de una identificación nacionalista que funciona como un poderoso galvanizante social. Con esa perspectiva histórica, a lo que considera arrogancia occidental responde ahora con un orgullo nacional renovado en virtud de los cambios y transformaciones operados en un país que exhibe un alto poder económico y científico, como antaño.

Y si aquella singularidad cultural china dificulta su capacidad para liderar el mundo, al menos con un enfoque similar al del Occidente hegemónico, sin embargo, le otorga un importante recorrido al empeño del PCCh en forjar una política alternativa al orden liberal condensada en esa fórmula del «socialismo con características chinas».

En la implementación de su modelo, cabe reconocer un importantísimo éxito de la transformación del país. Indudablemente, persisten agujeros negros de diversa entidad en una ecuación difícil de manejar, sobre todo en este último tramo, que debe completar el cierre del periodo histórico de decadencia. El nivel de vida de los chinos de hoy es de media un 30% inferior a la media de los 50 países más ricos del mundo, pero la esperanza de vida en China era de 35 años en 1949 y hoy es de 78,2 años, superando a EEUU. Podríamos citar mil y un índices que dan cuenta de los efectos positivos de los cambios en China, una mutación soportada, en lo esencial,

por la propia sociedad, que ha hecho ingentes sacrificios para llegar hasta aquí.

Esta evolución se fundamenta en una razón de peso: el PCCh ha entendido que en su acción política debe primar la generación de mayores oportunidades de desarrollo, pues esa es hoy día la vía no sólo para elevar el nivel y la calidad de vida de la población, sino para legitimar un poder cuyo ascendente revolucionario se aleja en el tiempo. En curso está el complemento de la actualización de aquel legismo basado en la gobernanza a través de la ley, a sabiendas de que los tiempos de la expansión acelerada han llegado a su término.

En un marco tan complejo como el presente, China ha demostrado una gran capacidad de reacción. De una parte, manteniendo el flujo principal de su estrategia, que apunta a completar la modernización del país; de otra, efectuando los ajustes tácticos precisos para capear los temporales ocasionales; por último, defendiendo no sólo el modelo sino también la conveniencia de introducir ajustes precisos en él para promover la competencia justa y seguir avanzando en la cooperación, a la que los países emergentes llegan en condiciones asimétricas, un hecho que muchas veces no se tiene suficientemente en cuenta. Esa combinación de firmeza y flexibilidad ha contribuido enormemente a que China esté superando con holgura, aunque no sin dificultades, tan duras pruebas.

La transformación del modelo de desarrollo impulsando la innovación, el importantísimo salto tecnológico, la nueva sensibilidad ambiental, la transformación experimentada en lo social con la erradicación de la pobreza extrema y el enfoque de la prosperidad común constituyen factores estructurales de gran trascendencia. También, claro está, la definición de nuevos fundamentos para una gobernanza sistémica más adaptada a las demandas del nuevo siglo, enfatizando la lucha contra la corrupción, el diseño de alto nivel o la creciente relevancia de la ley como factor inspirador para ampliar los derechos de los ciudadanos y alargar la base democrática.

Todo ese gran salto chino, sobre todo el producido en los últimos 40 años, tiene su fundamento en la hibridación sistémica, es decir, en la capacidad demostrada por el PCCh para cuadrar el círculo y renovar el pensamiento político, hipotecado durante lustros por el dogmatismo ideológico de inspiración soviética (también occidental). Esa singularidad es una

expresión de heterodoxia en la que China ha sabido conjugar la experiencia occidental con la propia, atendiendo a las prácticas externas, pero sin abjurar estúpidamente de las suyas propias plegándose automáticamente a las «recomendaciones» de terceros. Y eso se llama soberanía, un concepto empobrecido en Occidente (con la excepción efectiva del hegemón estadounidense), pero que, en esa China que también defiende la mundialización, constituye una reserva básica e innegociable para sustraerse de las redes de dependencia que pueden condicionarla.

Por tanto, a la hora de ponderar el propio sistema político chino y la realidad del país en su conjunto debemos reconocer su complejidad y evitar caer en sentencias simples, contextualizando las variables de su presente con altura de miras.

En el actual contexto internacional, el riesgo radica en que llegue a imperar una atmósfera de confrontación que suspenda el proceso histórico de hibridación. Los blindajes (ya sean ideológicos o económicos en forma de desacoplamiento), hoy sobre la mesa para curarse en salud y evitar males mayores en hipótesis de confrontación, son su mayor enemigo y, si Occidente no ha podido aprender de la experiencia china en virtud de su soberbia sistémica, China debiera perseverar en su esfuerzo evolutivo.

Hoy día, la mayoría de países en el mundo consideran el importante potencial de la experiencia y la cooperación chinas en muchos rubros, desde lo económico o social hasta el ámbito tecnológico o ambiental. Otros, sin embargo, recelan de cuanto tenga a China como referencia, contemplan de reojo el incremento de su presencia e influencia en el mundo, y se han dispuesto a introducir palos en la rueda de su progreso con el propósito de reducir las amenazas a su posición privilegiada.

Se diría que tres son las tendencias principales que se yuxtaponen.

La primera es la afirmación de China como un actor internacional relevante, cuya opinión o posición cuentan con cada vez más peso y significación en los asuntos regionales y globales. En ese sentido, se puede decir que China ha respondido positivamente a las exigencias internacionales de asumir una mayor responsabilidad en función de su nuevo estatus global. El mundo no puede permitirse el lujo de prescindir de China. Su contribución y compromiso son de vital importancia, y pretender acotarlos porque no responde a «nuestras normas» es un esfuerzo que será baldío y hasta trágico.

La segunda es el señalamiento de China como un actor con un discurso y un modo de proceder diferentes que es objeto de atención positiva por parte de muchos países en desarrollo. La internacionalización de la economía china, sus inversiones, su proyecto de la revitalización de las Rutas de la Seda o, más recientemente, en el orden de la seguridad inciden en una premisa, el desarrollo, que es el asunto de mayor preocupación de muchos países que justamente ven en China cómo es posible mejorar y superar poco a poco el atraso y el subdesarrollo. Si la dependencia con respecto a los países desarrollados era una forma de dominación difícil de transgredir, el interés de China por alentar nuevos mercados constituye un acicate y una oportunidad para sacudirse aquella lacra y aspirar a mayores cotas de progreso. Por ejemplo, que China se esfuerce por establecer sinergias y conectar las estrategias de desarrollo con sus socios supone un espaldarazo a las economías de muchos países.

La tercera tendencia es la más preocupante. Es la reacción a la defensiva (aunque revista una forma agresiva) de aquellos que pasan por alto los beneficios que China puede aportar a la mejora de la situación general de la humanidad y ponen el acento en lo que ese incremento de la influencia china puede suponer para sus intereses exclusivos. En los últimos años, esta lógica trata de imponerse por doquier con el Gobierno de los EEUU liderando el empeño por partir de nuevo el mundo en dos partes enfrentadas. EEUU prefiere una economía mundial dividida en dos antes que una sola con China a la cabeza. Desde la llegada de Donald Trump y ahora también con Joe Biden, la posición excluyente de EEUU se orienta cada vez más a la confrontación, con una evolución muy peligrosa: hemos pasado de la guerra comercial y tecnológica a un énfasis creciente en la presión estratégica y militar. EEUU sabe que propuestas como el Marco Económico para el Indo-Pacífico (IPEF, por sus siglas en inglés) tienen discutible recorrido en su competición con China, mucho mejor posicionada, y por ello se dispone a promover alternativas como el QUAD o el AUKUS. Y, lo que es más grave, jugar maniquea e irresponsablemente con la cuestión de Taiwán.

Todo ello confiere a esta década que vivimos una atmosfera de cierto fin de época e inicio de otra, como si la cooperación diera paso a la confrontación que algunos halcones promueven con mucho empeño en la Casa Blanca y el Pentágono. La esperanza es que ese cambio de estrategia

pueda doblegar a China.

Y hay un peligro evidente de que otros países se dejen arrastrar por esta evolución. En Asia, sin duda, pero también en Europa. Por eso, la UE tiene una especial responsabilidad en apuntar en otra dirección que privilegie la comunicación. Y ese diálogo debe partir de un hecho: el reconocimiento de que el mundo ha cambiado. Occidente no puede comportarse como si todo siguiera igual que en 1945 o en 1991. Esto no es posible. Hay una nueva realidad. Ni bipolaridad ni unipolaridad. La multipolaridad es un hecho. Y debemos partir del orden internacional vigente para efectuar los ajustes precisos en las instancias internacionales principales, institucionalizando la nueva realidad. De forma progresiva. De lo contrario, la cerrazón occidental no hará otra cosa que alentar a China y otros países a conformar un orden alternativo que lleva años tomando forma en los BRICS y sus estructuras, la OCS, el BAII, etcétera.

La comunidad internacional necesita de China. Necesita, sobre todo, de un discurso alternativo y complementario que ponga énfasis en que otro mundo es realmente posible, una gobernanza que parta de la realidad multipolar actual y de la promoción del multilateralismo con una agenda que priorice la atención a los retos globales en los que la humanidad se juega su supervivencia. Esto no es retórica. Y, sin embargo, vemos cómo no sólo nos distraemos (con falsos dilemas de seguridad que originan guerras), sino que esas distracciones nos obligan a dar pasos atrás (en el orden climático, por ejemplo), con consecuencias que pueden ser fatales.

Y un último apunte. Comparto con el autor de este libro, Javier García, la admiración por su hermano Gustavo, a quien dedico igualmente este breve prólogo. Los conocí por separado e ignorando hasta hace poco su relación familiar. Gustavo fue un activísimo militante de la generosidad y el compromiso, unas virtudes que le hacen inolvidable para quienes tuvimos la suerte de coincidir con él en aquellos buenos años de su vida.

Xulio Ríos

# INTRODUCCIÓN

Hay un tiempo en que el silencio se convierte en deshonestidad.

Frantz Fanon, carta de dimisión al ministro residente de Argelia, 1956

Escribir un libro que trate de China no es tarea fácil. Para entenderla hay que liberarse de los prejuicios, lo que no es nada sencillo. La obsesión de los medios occidentales por oscurecer la imagen del país ha acabado penetrando en las cabezas más abiertas y conformando una suerte de nebulosa mental que impide ver sus impresionantes avances en las últimas décadas.

Una evolución que ha beneficiado enormemente no sólo a sus 1.400 millones de habitantes (la quinta parte de la población mundial), sino que también ha tenido efectos positivos en el resto del planeta. Y podría seguir teniéndolos si fuésemos capaces de configurar un nuevo orden mundial multipolar en el que la humanidad se centre de una vez en las cosas que realmente importan: la pobreza, la injusticia, el cambio climático, el desarrollo equitativo o la paz.

Llegué a China después de haber pasado décadas cubriendo como periodista guerras, conflictos y países en situaciones generalmente complicadas. Intenté aproximarme al país, como a cualquier otro, con la mente abierta y libre de prejuicios. No hay nada peor para un periodista que dejar que las ideologías y las ideas preconcebidas empañen la percepción de una cultura distinta.

La mayor dificultad a la hora de juzgar a China desde Occidente está en el enfoque y la aplicación de nuestros propios valores a una civilización completamente diferente. Pensamos que nuestra forma de ver la convivencia humana no sólo es la correcta, sino que debe ser universalmente aceptada y adoptada por todas las culturas del planeta.

Como decía el gran bioquímico y sinólogo británico Joseph Needham, China supuso para él confrontarse con algo totalmente distinto a la tradición occidental en la que había nacido y crecido. Ofrecía una alternativa, otra manera de mirar la realidad, unas prácticas sociales distintas y una actitud hacia el mundo radicalmente diferente.

En lugar de intentar enriquecernos con lo bueno que podamos sacar de esa perspectiva, nos obcecamos en aplicar a China nuestros esquemas mentales, blancos y negros, dicotomías y proyecciones.

El sistema chino no es en absoluto perfecto y tiene multitud de aspectos negativos, por supuesto, pero también muchos otros positivos, de los que podemos aprender, como ellos lo hacen constantemente de otras culturas con su ancestral espíritu práctico.

¿No eran la diversidad y la pluralidad de concepciones valores centrales de Occidente? ¿O sólo pueden serlo mientras no cuestionen nuestra forma de ver el mundo?

Su Gobierno no tiene una legitimidad concedida por las urnas, pero sí por el apoyo de la inmensa mayoría de sus ciudadanos, como reflejan una y otra vez todas las encuestas de opinión occidentales. El sondeo elaborado en Europa o EEUU que menos apoyo refleja al Gobierno chino por parte de sus ciudadanos lo cifra en un 85%.

La legitimidad derivada de las elecciones tampoco es una tradición de larga data en Occidente. El sufragio universal es reciente. Se podría decir que la Administración de EEUU sólo se vio legitimada desde 1965, cuando se permitió votar por completo a los afroamericanos, o que la Unión Europea (UE) no lo está porque sus representantes no son elegidos directamente por los ciudadanos.

El sentido de la legitimidad chino es diferente. Se apoya en los resultados de la acción de gobierno, el respaldo popular y el perfeccionamiento del sistema de meritocracia administrativa vigente en China desde hace más de 2.000 años. Gran parte de ese tiempo fue más próspera y pacífica que las naciones europeas de entonces.

En los últimos 40 años, ha pasado de ser uno de los países más pobres del planeta a uno de altos ingresos, según los baremos del Banco Mundial (BM). Ha conseguido sacar de la pobreza extrema a 850 millones de personas y erradicarla de su enorme población, algo que sigue siendo un sueño para los países más ricos del mundo, no digamos para los países en desarrollo del Sur del planeta.

El 50% de la población menos favorecida de China ha experimentado la más formidable mejora de sus condiciones de vida en los 5.000 años de historia de su civilización.

En 1980, en Pekín los chinos andaban mayoritariamente en bicicletas. No

había casi coches, ni rascacielos, ni grandes derechos individuales, nadie viajaba fuera del país. Hoy pueden elegir dónde trabajar, estudiar o vivir, qué ponerse, qué comer, adónde ir. Más de cien millones de turistas chinos viajan cada año alrededor del mundo y vuelven después a su país.

Pero hay que demonizar a China porque es una «dictadura», pese a que la inmensa mayoría de sus habitantes piensa que vive en una democracia, según las encuestas internacionales. Y cuando la calidad democrática de los países occidentales deja cada vez más que desear.

No es cualquier dictadura, claro. Es una «comunista». Si fuese una de derechas en la que las elites económicas controlasen el poder y los pobres viviesen en la indigencia, sería considerado seguramente un país fabuloso y un estrecho aliado, como Arabia Saudí.

Cuando se denigra a China con el solo argumento de que no tiene un modelo igual que el nuestro, se ataca a 1.400 millones de personas, que han conseguido con tremendo esfuerzo dejar la pobreza atrás y alcanzar una vida mucho mejor.

Están embarcados en un sueño colectivo del común que es el suyo y no tenemos ningún derecho a arrebatárselo. Soñemos nosotros con una democracia más justa, participativa, tolerante y abierta, pero dejemos al resto de la humanidad experimentar diferentes caminos.

Los tiempos en que Occidente tenía que decirle al mundo cómo debía comportarse han quedado atrás. Asumámoslo, no somos los mejores en todo, ni los únicos en posesión de la verdad, ni tenemos que inventarnos enemigos donde no los hay sólo para complacer a un centro imperial en decadencia cada vez más peligroso.

El mundo liderado por Occidente desde hace 200 años ha supuesto avances en muchos aspectos, pero no ha conseguido resolver las grandes injusticias y desigualdades, sino que las ha agravado en buena medida. Nos ha puesto, además, al borde de un precipicio climático que puede acabar con todos nosotros y con nuestro planeta.

En lugar de ocuparnos de esas cuestiones centrales para la supervivencia, hemos reforzado la carrera armamentista y nos hemos embarcado en una guerra en la misma Europa con otra cultura diferente pero más cercana como la rusa, con la que no hemos sido capaces de organizar una convivencia pacífica.

Todo indica que se trata de un preámbulo de un conflicto de mucho mayor

alcance con China. Esa parece ser la única vía que le queda a EEUU para frenar su declive, tras intentar contener el ascenso del país asiático por todos los medios posibles.

En contra de la tendencia globalizadora, ha puesto en marcha una guerra comercial pocas veces vista en la historia. En contra de las prácticas de libre competencia, ha atacado, prohibido e incluido en listas negras a las empresas tecnológicas chinas. En contra del derecho a una información veraz, ha emprendido una abierta campaña mediática de desprestigio contra el país sin reparar en descaradas fabulaciones como la del «genocidio» en la región de Xinjiang.

Europa le ha seguido casi a pies juntillas y, pese a que sus intereses y su relación con China son bien diferentes, no hay muchos visos de que podamos esperar una postura autónoma europea en el futuro.

El simple hecho de que no veamos a China como un brillante ejemplo de lo que la humanidad puede conseguir a través del desarrollo pacífico y la planificación a largo plazo muestra cuánta propaganda mediática hemos recibido durante años.

En los últimos 43 años, China ha pasado de ser uno de los países más pobres del mundo a convertirse en la segunda potencia económica, una transformación inédita en tan breve espacio de tiempo. Y lo ha hecho sin disparar un solo tiro fuera de sus fronteras.

En ese ascenso pacífico, ha contribuido largamente al crecimiento de sus vecinos e incluso mundial, ha acogido las fábricas que nosotros no queríamos, en las que sus gentes trabajan duro largas horas para elaborar los productos que consumimos.

Y ahora pretendemos hacer creer a todo el mundo que representan una amenaza, cuando los chinos no tienen ninguna intención de imponerse a nadie, sino de centrarse en ellos mismos y continuar mejorando su bienestar.

Imagínense ser uno de los cientos de millones de chinos que, con mucho esfuerzo, acaban de escapar de 200 años de extrema pobreza, creada en gran medida por la dominación occidental, y leer titulares como este de *Foreign Policy:* «América sólo ganará si China cae».

Es decir, que para que «gane» Norteamérica, aunque no sepamos bien qué significa «ganar», China debe derrumbarse, entrar en una espiral de caos y violencia, renunciar a todo lo conseguido y volver a la pobreza.

Ya va siendo hora de que dejemos de pensar en las relaciones internacionales como un continuo combate entre ganadores y perdedores, y de creer que siempre deben basarse en el deseo de unos países de colonizar, conquistar o dominar a otros.

No es más que una proyección de las actitudes que conocemos por experiencia en los dos siglos de historia comandada por Occidente, o más bien por las potencias anglosajonas, Reino Unido primero y EEUU después. Quizás ha llegado el momento de aprender de otras formas en las que relacionarse, o al menos darles una oportunidad.

Estados Unidos se niega a aceptar el hecho inevitable de que dejará de ser la primera potencia mundial y pretende abocar al planeta a una nueva disputa de guerra fría, insostenible en un mundo global e interconectado.

Y la alternativa no es «perder», como nos quieren hacer ver, sino simplemente admitir que, para vivir en armonía en el planeta, no puede uno hacer siempre lo que se le antoje, sino dedicarse a arreglar su propia casa, en lugar de destruir la de los demás, y afrontar en actitud cooperativa los graves problemas globales.

Aceptar un mundo multipolar en el que todos, incluso ellos mismos, puedan vivir mucho más tranquilos, comerciando con todo el planeta y dedicando sus energías y recursos a mejorar la vida de su población en lugar de al enriquecimiento de unos pocos. Intercambiando bienes, conocimiento y cultura, en lugar de armas y bombas. Dejar de promover guerras y colaborar en la recuperación de los valores más genuinos de la humanidad.

Eso es lo que quiere China. Y sería un error histórico colosal no permitírselo. Un error de consecuencias impredecibles.

Mientras Occidente vive su decadencia, China está viviendo su renacimiento, un periodo lleno de cambios, energía y expectativas.

Hay infinidad de cosas que se pueden escribir sobre la transformación que viven estas tierras, que, más que un país, conforman un diverso continente habitado por 56 grupos étnicos en 32 provincias y regiones, muy diferentes unas de otras.

El antiguo Reino del Centro se puede abordar desde un enfoque personal, económico, político, social, cultural, filosófico, lingüístico o desde el de su fascinante poesía, que define como ninguna otra cosa al país y al modo de ser de sus gentes.

Aquí me he centrado en tratar, de la forma más documentada posible, aspectos que considero decisivos en este momento para China y para el mundo: la erradicación de tres cuartos de la pobreza extrema del planeta, la lucha contra las desigualdades, la transformación ecológica, el pragmatismo chino y cómo el resto del planeta podría seguir aprendiendo de todo ello en su beneficio.

Son cuestiones poco conocidas, de las que prácticamente no se informa porque no interesa a la narrativa dominante, que pretende convertir a China en una amenaza a la que hay que plantar cara.

También he intentado analizar cómo ese marco determina las noticias que nos llegan sobre la República Popular China y que nos pintan un país que no se corresponde en absoluto con la realidad. Una visión claramente sesgada, impuesta por los poderes políticos, económicos y mediáticos occidentales, que vulnera el derecho a recibir información veraz de los ciudadanos.

# I

# OBJETIVO: DESPRESTIGIAR A CHINA

No vemos las cosas como son, sino como somos.

Talmud

## Los múltiples frentes de una guerra híbrida

EEUU se niega a aceptar que su dominio hegemónico del mundo tiene los días contados. Ha instigado una guerra en Europa para debilitar a Rusia y atar en corto a sus aliados europeos impidiendo cualquier atisbo de autonomía estratégica por su parte. Todo parece indicar que esa operación no es más que la primera fase de su objetivo principal: frenar el ascenso de China con todos los medios a su alcance, incluida la vía militar.

Washington lleva tiempo intentando contener a China en multitud de terrenos. Tras la llegada de Trump al poder en 2017, esa suerte de guerra híbrida se amplió con la apertura de nuevos frentes. Su relevo por Biden en 2021 no ha contribuido a mejorar las cosas, sino más bien a empeorarlas, pese a lo que muchos pronosticaban.

La guerra híbrida es un pulpo con múltiples tentáculos o frentes de batalla: económico, comercial, tecnológico, científico, político, sanitario, mediático, operaciones de inteligencia y espionaje, campañas de desestabilización en regiones como Xinjiang, apoyo del separatismo en Hong Kong o Taiwán, y, por supuesto, intimidación a través de su enorme poderío militar, con las bases estadounidenses alrededor de China y sus constantes incursiones navales.

Ante la imposibilidad manifiesta de frenarla en el terreno económico, en los últimos años Washington ha truncado abruptamente el proceso de globalización –que tanto ensalzaba hasta hace bien poco– poniendo en marcha una guerra comercial y una brutal persecución de sus compañías tecnológicas, en las que ha conseguido involucrar también a sus aliados

europeos.

El gigante tecnológico chino Huawei, años por delante de sus competidores internacionales en el desarrollo de las redes 5G, ha sido el mascarón de proa de ese acoso a las empresas privadas por parte del Estado norteamericano, que no ha dudado en saltarse a la torera las normas más elementales de la competencia y el libre mercado con tal de perjudicarlas. Les ha prohibido comerciar en el país, ha impedido su acceso a los semiconductores fabricados en todo el planeta y ha presionado a los países de la UE para que desistan de llegar a acuerdos con ellas.

Huawei es sólo la punta de lanza de un inédito ataque a las compañías tecnológicas chinas, que directa o indirectamente se han visto todas afectadas por la política estadounidense, empeñada en romper sus vínculos con el resto del mundo y dificultar su acceso a suministros esenciales.

Con la guerra comercial y las barreras arancelarias, Washington intentó además debilitar a las empresas estatales chinas, uno de los pilares de su éxito económico.

El frente militar, siempre amenazante sobre China, se ha reforzado, incrementando la venta de armas a Taiwán y creando en septiembre de 2021 una nueva alianza militar junto con Australia y Reino Unido (AUKUS), diseñada especialmente contra el país asiático y centrada en potenciar los submarinos nucleares, las armas hipersónicas y la guerra electrónica.

Desde su fundación en 1949, la República Popular se encuentra rodeada de un cerco de bases estadounidenses a lo largo de casi todo su perímetro. Desde la península coreana hasta el estrecho de Malaca, pasando por Japón, Filipinas, Indonesia, la isla de Guam o Australia, EEUU dispone de decenas de miles de soldados estacionados permanentemente alrededor del gigante asiático.

Además, patrulla constantemente con sus portaaviones el mar del Sur de China, una práctica que se ha incrementado en los últimos años. Pese a su larga costa, la zona marítima exclusiva de China es de 900.000 millas, frente a los 9,6 millones de millas de EEUU o los 6,9 millones de Francia, una desproporción evidente, herencia del ordenamiento jurídico de la época colonial.

## Taiwán, la carta desesperada

El caso de Taiwán tiene similitudes con Ucrania en la forma en que EEUU lo emplea para provocar a Pekín, aunque en el fondo se trate de cuestiones completamente diferentes.

Mientras que Ucrania es un país reconocido por toda la comunidad internacional, la autodenominada República de China –que reclama para sí todo el territorio de la República Popular e incluso otras zonas más allá de esta– sólo está reconocida actualmente como tal por un puñado de pequeñas islas del Caribe y del Pacífico y tres países latinoamericanos, además del Vaticano.

Rusia ha declarado que no tiene ninguna intención de anexionarse Ucrania más allá de algunos de los territorios de mayoría rusófona en conflicto y disputa desde 2014, mientras que para China la reunificación con la isla es un *sine qua non* apoyado por todos sus habitantes y una de las piedras angulares de su política desde la fundación de la República Popular hace 73 años.

Para China, la cuestión de Taiwán supone una absoluta línea roja. Ningún líder del país, sea comunista o de cualquier otro signo, podría hacer concesiones en el objetivo de volver a unir el territorio continental con la isla, so pena de perder el respaldo de la inmensa mayoría de la población.

Su independencia *de facto* como país es una rémora del llamado «siglo de humillación», en el que las potencias occidentales expoliaron China y convirtieron a la primera potencia del mundo hasta el siglo XVIII en uno de los países más pobres. Ese periodo, del que la única reminiscencia que queda todavía es Taiwán, está marcado a fuego en el inconsciente colectivo de los chinos.

La isla perteneció históricamente al Reino del Centro (como todavía se designa a China en mandarín), que ya en el año 232 a.C. envió una expedición para explorarla, tal como registran sus archivos. Apenas 160 kilómetros la separan del territorio continental y su población siempre ha sido étnicamente china.

Fue incorporada formalmente a China durante la dinastía Qing en 1683 y desde principios del siglo XVII miles de emigrantes chinos de las provincias continentales cercanas de Fujian o Cantón comenzaron a trasladarse a Formosa (hermosa) –como la bautizaron los portugueses– en busca de mejores condiciones de vida. Los descendientes de esas olas migratorias forman actualmente la mayor parte de la población de la isla.

Tras imponerse en la primera guerra sino-japonesa en 1895, Japón la colonizó durante 50 años, hasta que su rendición en la Segunda Guerra Mundial le forzó a abandonarla junto con el resto de territorios que había ocupado a China.

Al perder la guerra civil contra los comunistas encabezados por Mao Zedong en 1949, los nacionalistas del Kuomintang se refugiaron en la isla, donde se hicieron fuertes con el imprescindible apoyo de EEUU, que desplegó su armada en el estrecho de Formosa.

El entonces presidente de la República de China y líder del Kuomintang, Chiang Kai-shek, huyó a Taiwán con más de un millón y medio de soldados y seguidores, además de gran parte de las reservas de oro y divisas del país.

Chiang decretó la ley marcial en la isla, que continuó vigente durante 38 años, e impuso una férrea dictadura y represión de los disidentes políticos. Fue un periodo conocido como el «Terror blanco», en el que cerca de 140.000 taiwaneses fueron encarcelados y entre 18.000 y 28.000 ejecutados o asesinados, entre ellos buena parte de la elite política, económica y cultural de entonces, según una estimación oficial de 1992.

En los primeros años tras la guerra civil, las potencias occidentales reconocieron todavía a la República de China en lugar de a la República Popular fundada por Mao en la parte continental, pero la situación comenzó a cambiar en los años sesenta y lo hizo radicalmente en octubre de 1971, cuando la ONU estableció que la segunda era la única representante legítima de China.

Sin embargo, aunque EEUU reconoce, desde 1979, el principio de una sola China y al Gobierno de la República Popular «como el único Gobierno legal de China», proporciona un vital apoyo financiero a Taiwán, envía expertos militares para formar a su Ejército y no deja de venderle ingentes cantidades de armamento desde hace décadas.

A medida que su rivalidad con China ha ido en aumento en paralelo al ascenso del país asiático, Washington ha ido jugando más la carta de Taiwán para intentar desestabilizar a China, incrementando los envíos de armamento, incursionando con sus destructores y portaaviones en el estrecho o enviando a delegaciones políticas de visita a la isla, cada vez de mayor rango.

Tras el comienzo de la guerra en Ucrania –país convertido en pieza clave para acorralar, provocar y debilitar a Rusia–, EEUU ha desplegado toda su

maquinaria para tensar la cuerda al máximo en Taiwán con el objetivo de que pueda desempeñar un papel similar respecto a China, su próximo y principal objetivo.

En marzo de 2022, el exsecretario de Estado norteamericano, Mike Pompeo, visitó la isla y se apresuró a decir a su llegada que Washington debería «dar los pasos necesarios» para «reconocer a Taiwán como un país libre y soberano».

Según publicó entonces un medio taiwanés, Pompeo recibió además 150.000 dólares del Gobierno de Taipéi por su viaje.

En agosto de ese mismo año, lo hizo también la presidenta de la Cámara de Representantes y tercera en el escalafón del poder de EEUU, la demócrata Nancy Pelosi, en lo que supuso la visita estadounidense de mayor rango de los últimos 25 años.

Pese a las declaraciones de Biden y del secretario de Estado, Antony Blinken, de que Pelosi viajaba de modo «extraoficial», una visita como esta jamás se hubiese producido sin contar con el beneplácito de las elites dirigentes estadounidenses.

El viaje fue la prueba definitiva de que a Washington no le interesa en absoluto rebajar la tensión en la zona, sino todo lo contrario. Supuso un claro mensaje de apoyo a las fuerzas independentistas taiwanesas y una gratuita provocación a China con el objetivo de generar una respuesta airada por su parte que hiciese escalar el conflicto.

De hecho, Pekín respondió con dureza, realizando ejercicios militares cerca de la isla y suspendiendo todos sus contactos y cooperación con EEUU en sectores como el cambio climático, defensa, seguridad marítima, lucha contra la droga o inmigración ilegal.

Anunció, además, sanciones contra Pelosi y su esposo, quien casualmente, según se conoció durante la visita, está siendo investigado por un escándalo comercial en relación con una empresa de semiconductores, de los que Taiwán es el principal proveedor mundial.

Con todo, la respuesta de China fue contenida frente a quienes esperaban poco menos que Pekín desviase el avión de Pelosi o incluso que lo derribase, algo que hubiese hecho las delicias de los halcones de Washington.

Las reacciones a esta y futuras visitas, además de a otras estratagemas de tensión que EEUU pretenda activar, serán prudentes, muy pensadas y de

largo recorrido, como casi todo en China.

El Ministerio de Exteriores chino dijo que la visita tendría «un severo impacto en los cimientos políticos de las relaciones entre China y EEUU». «Estos movimientos, como jugar con fuego, son extremadamente peligrosos. Aquellos que jueguen con fuego se quemarán», advirtió. El *Diario del Pueblo* –órgano oficial del partido comunista– aseguró, por su parte, que la respuesta china no será una sola, sino «una combinación de acciones resueltas, paulatinas y a largo plazo».

Si alguien teme que China vaya a invadir de un día para otro Taiwán o responda abrupta o visceralmente a cualquiera de las provocaciones de EEUU, puede esperar sentado. Nada más lejos del estilo y la prudencia chinos que los métodos a que nos tienen acostumbrados políticos occidentales como Trump, Boris Johnson, el australiano Scott Morrison o el jefe de la diplomacia europea, Josep Borrell, por citar sólo algunos.

Pero ello no es óbice para que en la corriente de fondo que se va instalando en Pekín se vaya depositando un poso cada vez más espeso de incomprensión y decepción ante las actitudes de Occidente.

En cualquier caso, China respondió también con los primeros ejercicios de fuego real con misiles sobre Taiwán. Fueron los más cercanos a la isla que se hacían nunca y la primera vez que buques chinos la rodearon. Pekín no dejó de mostrar su músculo y su disposición a defenderse.

Los principales medios occidentales enseguida titularon que China «provocaba» o «amenazaba» a Taiwán con sus ejercicios, además de «dañar» el comercio global interrumpiendo la navegación en el estrecho y el mar del Sur de China. Verbos que nunca se emplean, sin embargo, para describir las maniobras de EEUU, que patrulla ese mismo mar y ese estrecho constantemente con destructores, submarinos nucleares y portaaviones, dentro de su estrategia de mover el avispero.

La séptima flota de EEUU ha enviado cada mes de media en 2022 un destructor equipado con misiles guiados a cruzar el estrecho de Formosa para provocar a China, a lo que se suman los grandes ejercicios navales que suele practicar en la región con la participación de miles de soldados.

China considera el estrecho como parte de sus aguas territoriales, algo que legalmente le correspondería por tratarse de una franja de mar a tan escasa distancia de su costa, pero EEUU arguye que se trata de aguas internacionales.

Imagínense cómo reaccionaría EEUU si destructores chinos equipados con misiles cruzasen una vez al mes el estrecho de Florida –más o menos de igual tamaño– o si decenas de sus barcos y portaaviones patrullasen cotidianamente el golfo de México.

China no olvida que hace más de un siglo EEUU ya enviaba buques militares a patrullar sus aguas costeras e incluso sus grandes cauces fluviales como el Yangtzé o el río Amarillo hasta 1.000 millas tierra adentro. Era parte de las concesiones que debía hacer Pekín a causa de los desiguales tratados impuestos por EEUU, Reino Unido, Francia, Alemania o Japón a través de la llamada diplomacia de las cañoneras. Tratados por los que China tenía que pagar cuantiosas indemnizaciones y que aseguraban a las potencias coloniales el control de los mayores puertos, las principales ciudades y los enormes ríos del país.

La República Popular nunca ha enviado tropas a Taiwán, pese a que desde 1949 hasta ahora la isla sigue manteniendo inscrito en su Constitución que es el único Gobierno legítimo de toda China, Mongolia y el mar del Sur de China. Unas pretensiones territoriales expansionistas que van mucho más allá del territorio chino actual.

Su autodeclarada Zona de Identificación de Defensa Aérea (ADIZ, por sus siglas en inglés) incluye además buena parte del territorio de la China continental, lo que lleva a muchos medios occidentales a titular erróneamente con frecuencia que «aviones chinos invaden el espacio aéreo taiwanés», cuando, en realidad, están sobrevolando su propio territorio.

China ha declarado que no enviará tropas ni invadirá Taiwán a no ser que esta declare la independencia, algo para lo que necesitaría, en cualquier caso, una mayoría muy cualificada en el Parlamento que no existe por el momento. El Kuomintang (KMT), principal partido de oposición, no es partidario de la misma, al contrario que el gobernante Partido Democrático Progresista (PDP), y defiende mantener una más estrecha relación con Pekín.

Tras Pelosi, poco tardaron en aparecer por la isla más gobernadores y representantes estadounidenses, seguidos de parlamentarios de Francia, país que tampoco se queda corto y ha enviado a Taiwán hasta cuatro delegaciones de diputados en el último año.

La estrategia estadounidense de patear el avispero de Taiwán tampoco es vista con buenos ojos por muchos de los países asiáticos vecinos de China,

que temen que Washington acabe provocando una guerra que sólo llevaría ruina a su actualmente próspero y pacífico continente, tal como ha hecho en Ucrania y en Europa.

El actual *statu quo* de la situación ofrece todavía mucho espacio para la diplomacia y la negociación. China ha ofrecido a Taiwán, desde los tiempos de Deng Xiaoping, su modelo de un país, dos sistemas, que tan bien había funcionado hasta hace poco en Hong Kong.

Taiwán no es Hong Kong, pero una adaptación del modelo de autonomía de la excolonia británica con aún más capacidades de autogobierno podría ser una de las soluciones para la isla. Si bien es cierto que la aprobación de la Ley de Seguridad Nacional, tras las protestas y violentos disturbios de 2019 en Hong Kong, ha dejado poco espacio para la oposición y reducido las libertades de las que gozaba la ciudad.

Pero hay muchos otros modelos en torno a los que China y Taiwán podrían ponerse de acuerdo, además de la continuación del *statu quo,* que se ha mantenido durante décadas y puede seguir perfectamente vigente si quienes persiguen el enfrentamiento y la guerra no acaban imponiendo sus intenciones.

El rápido crecimiento económico de la isla está claramente ligado al de China, con la que mantiene muy estrechas relaciones económicas. Es su primer socio comercial, recibe el 42% de todas sus exportaciones, mientras que un 22% de las importaciones taiwanesas proceden del continente.

Además, las empresas de Taiwán son unas de las principales inversoras en China, donde poseen multitud de factorías y están presentes en una infinidad de proyectos.

Hay, por tanto, espacio suficiente para la diplomacia en el conflicto entre Taiwán y China, por mucho que a EEUU le interese una respuesta armada china para poder aplicarle sanciones y allanar el camino para su aislamiento internacional y el de sus empresas, la única forma que considera viable para contener su ascenso.

El interés de Washington en Taiwán poco tiene que ver con «proteger la democracia», como nos intentan hacer creer insistentemente sus políticos y sus medios. No hay más que recordar que EEUU ofreció un entusiasta y vital soporte militar, económico, político y diplomático a la dictadura de Chiang Kai-shek, que se prolongó durante 40 años, más allá de su muerte en 1975.

EEUU siempre ha utilizado la isla en su estrategia contra China y seguirá haciéndolo al margen del sistema político o las condiciones de vida de los taiwaneses en un momento determinado.

El principio de una sola China, por el que sólo hay un país con ese nombre y que incluye Taiwán, ha sido aceptado por la ONU y 181 países del mundo, incluidos EEUU, todos los países de Europa, Japón y Australia, que han reconocido a la República Popular. Actualmente, sólo algunas pequeñas islas del Caribe y el Pacífico, además de Haití, Honduras, Guatemala, Paraguay y el Vaticano –14 países en total–, reconocen todavía a Taiwán como la República de China.

La separación de la isla y la República Popular China no se realizó como cuando entre dos naciones de un país una quiere separarse de la otra, sino como dos diferentes formas de gobierno que reclamaban la soberanía sobre un mismo país. En ese sentido, no respondió históricamente a sentimientos independentistas de la población, sino a diferencias ideológicas entre dos Gobiernos.

En el tiempo transcurrido desde que la isla lleva funcionando como un país *de facto,* el sistema democrático que la rige desde hace 30 años y la prosperidad que ha alcanzado en las últimas décadas han hecho que su población se muestre cada vez menos partidaria en las encuestas de la reunificación y más favorable a avanzar hacia la independencia, aunque la inmensa mayoría de los taiwaneses defienden mantener el *statu quo* con diferentes matices.

Según la última encuesta, de julio de 2022, del Centro de Estudios Electorales de la taiwanesa Universidad Nacional de Chengchi, apenas un 1,3% era partidario de la unificación «tan pronto como sea posible», mientras que sólo un 5,1% defendía una pronta independencia.

Desde hace dos décadas, la mayoría de los encuestados se han mostrado favorables a continuar con el orden establecido de una forma u otra, de acuerdo con este sondeo y otros similares.

En julio de 2022, un 28,6% prefería «mantener el *statu quo* indefinidamente», mientras que un 28,3% abogaba por mantenerlo y «decidir más tarde», y un 25,2% era partidario de «mantener el *statu quo* y moverse hacia la independencia». Por contra, un 5,2% defendía «mantener el *statu quo* y moverse hacia la unificación».

Los sondeos reflejan que la independencia sigue sin ser la opción

mayoritaria; sí lo es la de mantener el *statu quo* de forma indefinida o hasta un momento en que se den las condiciones adecuadas para decidir.

La Administración Biden prevé pedir al Congreso la aprobación de una nueva venta de armas a Taiwán por 1.100 millones de dólares, que incluye 60 misiles antibarco y 100 aire-aire.

Un estudio de 2022 de la Universidad de Tufts en Boston desveló que, desde el fin de la Guerra Fría, los niveles de hostilidad de EEUU en el mundo no han dejado de crecer y que ha empleado sus fuerzas armadas de forma más intensa y con más frecuencia.

Según la base de datos realizada por Tufts, EEUU ha llevado a cabo más de 100 intervenciones militares desde 1991. Durante las pasadas tres décadas de militarización de la política exterior norteamericana ha ido usando cada vez más las tropas en lugar de la diplomacia para resolver los problemas internacionales.

Crear inestabilidad en Hong Kong es otro de los subfrentes de la guerra híbrida de EEUU, que ha apoyado abiertamente a los organizadores de las manifestaciones en la excolonia británica financiados por la National Endowment for Democracy, la ONG de la CIA. No en vano, los principales dirigentes de las protestas hongkonesas –que obedecían más a un malestar económico que a supuestos anhelos «prodemocráticos»– fueron recibidos en Washington por la plana mayor de la Administración Trump.

El objetivo en Hong Kong no era otro que desencadenar una violenta represión para contener las protestas por parte de Pekín con el fin de demonizar a China y deteriorar su imagen en el mundo. Y también erosionar el modelo de un país, dos sistemas, que funcionaba hasta entonces bastante bien en la excolonia. Un objetivo que, lamentablemente, se ha conseguido en parte después de que los violentos disturbios registrados en 2019 llevasen a China a restaurar el orden con la aprobación de una Ley de Seguridad Nacional, que, como ya hemos mencionado, ha recortado significativamente las libertades políticas en la ciudad.

Otro frente de desestabilización en el que ha puesto el foco Washington con sus campañas de desinformación es el de la región uigur de Xinjiang, un territorio clave para la conexión de la iniciativa de las Nuevas Rutas de la Seda con Asia Central.

## El fracaso de la autonomía estratégica europea

Una de las cosas que más podía diferenciar la política internacional de la UE de la estadounidense era precisamente su relación con China. Por razones geográficas, históricas, culturales y económicas, la relación de Europa con el país asiático presentaba hasta el momento notables matices respecto a la actitud de imperio amenazado esgrimida por EEUU.

Pero estas diferencias han empezado a diluirse por la presión más o menos velada de Washington sobre los países europeos. Poco a poco, la Administración de Trump primero y la de Biden después han conseguido ir sumando a los miembros de la UE al boicot contra Huawei y otras empresas chinas, paralizar el acuerdo bilateral sobre inversiones alcanzado a finales de 2020 e incluso lograr que Bruselas aprobase también sanciones a Pekín por la supuesta violación de derechos humanos en la región de Xinjiang, las primeras de este tipo que aprueba Europa desde los sucesos de Tiananmén de 1989.

La UE ha abogado siempre en las últimas décadas por una estrategia propia respecto a China, que no en vano fue su primer socio comercial en 2021, por delante de EEUU. Europa depende todavía más de China de lo que lo hacía de la energía rusa.

Es el país del que más importa, con un 22% del total, y su dependencia es todavía más acusada en materia de transición energética: las empresas chinas son líderes mundiales en la fabricación de paneles solares y casi un 40% de sus exportaciones se destinan a Europa.

China domina también la energía eólica o la fabricación de vehículos eléctricos y cuenta con el 40% mundial de materias primas como el litio, esencial en la producción de baterías. Además, cientos de empresas europeas, entre ellas las grandes automovilísticas alemanas, dependen en buena medida de los consumidores del enorme mercado chino para su crecimiento.

Europa compartía además posiciones con China en diferentes foros internacionales relativas a la defensa del multilateralismo, la globalización, el libre comercio o la lucha contra el cambio climático.

El fracaso de EEUU y de la OTAN en Afganistán, con su abrupta retirada en 2021 tras dos décadas de ocupación militar, no vino sino a reforzar la imperiosa necesidad para Europa de avanzar en su autonomía estratégica.

Sin embargo, el cierre de filas exigido por Washington a raíz de la guerra de Ucrania y la consideración de China como un «desafío» en la nueva estrategia de la OTAN, aprobada en la cumbre de Madrid de junio de 2022, han echado por tierra cualquier atisbo de una política exterior independiente de la UE.

La hegemonía de EEUU se veía amenazada por el creciente comercio de la UE con Rusia, diez veces superior al que mantenía Washington con Moscú y que desde 2015 no había dejado de aumentar. Los 27 eran el mayor socio comercial de Rusia, a los que en 2020 destinó el 37,9% de sus exportaciones.

Además, era el origen del 26% de las importaciones de petróleo y del 40% de las de gas de Bruselas. Asimismo, la UE representaba el mayor inversor extranjero en Rusia.

Romper esa creciente integración de Europa con Rusia, al igual que la que –todavía a un mayor nivel– mantiene con China, haciendo al mismo tiempo que sus aliados cierren filas en torno a la OTAN frente a esos dos «enemigos» comunes, es uno de los objetivos principales de la estrategia de Washington para intentar revertir el declive de su hegemonía mundial.

Una estrategia que se basa también en reestructurar y distorsionar la economía mundial, y acabar con el proceso de globalización y libre comercio que la ha impulsado en las últimas décadas y que ha favorecido el crecimiento de China.

Pero el PIB de China es cerca de diez veces mayor que el de Rusia y, como líder del comercio mundial y de la exportación de manufacturas, Pekín se encuentra en una posición mucho más fuerte que Moscú para resistir a EEUU.

## El frente mediático occidental

En pocas noticias internacionales se nota tanto el interés en desprestigiar y empañar la imagen de un país como en las relacionadas con China. Son bien conocidas las estrategias mediáticas para demonizar a cualquier sociedad cuyo modelo pueda representar un peligro para el poder económico y político de Occidente.

Pero el caso de China es paradigmático. Un país gobernado por un partido comunista que ha conseguido avances inéditos para 1.400 millones de

personas, un quinto de la población mundial. Un modelo que, bajo ningún concepto, puede resultar admisible y mucho menos servir de ejemplo para otros países en vías de desarrollo de Latinoamérica, África o Asia.

En la visión de las elites dirigentes occidentales –que se niegan a aceptar la pérdida de su hegemonía en el mundo–, China no sólo supone un desafío a su poder, sino que además ejemplifica un modelo alternativo que intenta corregir los efectos negativos del capitalismo, uno en el que los grandes grupos económicos no son los que dirigen el rumbo de los países.

China es además la primera nación con un sistema de gobierno y cultura no occidental que ha logrado enormes avances sociales y económicos desde el comienzo de la época colonial y la Revolución industrial.

Representa una alternativa al modelo occidental que domina el mundo desde hace dos siglos. Son muchos en términos de una vida humana, lo que hace que estemos tan acostumbrados a él que nos cueste imaginarnos otra forma de relacionarse entre naciones; pero son pocos en términos de historia de la humanidad.

Pese a que China no tenga la menor intención de exportar su modelo, su cultura o su estilo de vida fuera de sus fronteras y haya dejado desde los tiempos de Deng Xiaoping de apoyar cualquier movimiento transformador o revolucionario en el mundo, EEUU no deja de insistir en la «amenaza» china y rechaza aceptar un mundo multipolar en el que nadie tenga que ejercer de hegemón de nadie.

## De *watch dogs* a *guard dogs*

El sociólogo e investigador de los medios estadounidense George Donohue consideró en 1995 que la figura de los medios como *watch dogs* o perros guardianes que defendían a los ciudadanos contra los abusos del poder había dejado de existir en las sociedades modernas.

En su lugar formuló la teoría de los *guard dogs*, o perros de guardia, más grandes y agresivos y que requieren adiestramiento. Según su argumento, los medios se habían convertido en protectores de las elites o grupos de poder. En su opinión, la selección y el enfoque de las noticias se moldean en función de quién debe ser protegido y quién es considerado como amenaza para ese poder (externa, interna, política, racial, etcétera).

En tiempos de conflictos políticos o escándalos, el *guard dog* se suele

volver hacia uno de sus amos, aseguraba Donohue. En información doméstica, los medios de masas occidentales conservan todavía algunas reminiscencias de la figura del *watch dog,* pero en política internacional el papel de *guard dog* se hace cada vez más evidente.

En el orden internacional dominado por EEUU, el entramado político-mediático designa determinados países como hostiles o simplemente adversarios con todas las consecuencias.

Un claro ejemplo lo tenemos con Rusia a raíz de la guerra de Ucrania. Se cancela su cultura, se censuran sus medios, se adoptan actitudes sociales xenófobas o hasta se eliminan letras del abecedario.

Pero Rusia es sólo una importante pieza más en el tablero de la partida que EEUU se ha empeñado en jugar para intentar evitar su declive, poniendo en peligro con ella a toda la humanidad.

El verdadero objetivo es China, pese a que el país asiático no tenga intención alguna de ocupar su trono. Al contrario, ha manifestado en innumerables ocasiones su deseo de mantener una buena relación con EEUU, comercial, educativa, cultural y a un sinfín de niveles.

Ambos podrían convivir tranquilamente en paz en un mundo multipolar, sin poderes hegemónicos, donde todos los países puedan comerciar e intercambiar conocimientos en pie de igualdad.

Pero la cultura occidental, y especialmente la anglosajona, está tan acostumbrada a que la forma de relación entre las naciones sea la conquista y el sometimiento que parece incapaz de imaginarse otras formas de convivencia.

En esa concepción del mundo, cualquier país que no pertenezca a la cultura dominante no puede representar un ejemplo, so pena de que ese inadmisible modelo sea percibido como positivo por el resto de naciones y estas puedan dejar de tener ganas de estar sometidas o de adaptarse al modelo del dominador.

Y es ahí donde los medios de comunicación desempeñan su papel principal como responsables de uno de los combates más decisivos de la guerra híbrida: la batalla de la desinformación.

## Las características de la batalla

Crear un estado de opinión negativo hacia China, exagerando los aspectos

más negativos y silenciando los positivos, es una de las premisas clave de este frente.

El objetivo está claro: denigrar el ejemplo, deteriorar la imagen de ese modelo inadmisible que de ninguna manera se puede convertir en una referencia para otros. Enlodar también la imagen de sus empresas, de sus gentes, de sus actitudes, de su historia. Exacerbar sus defectos y ocultar sus virtudes. Pintarlo en blanco y negro a grandes trazos, sin matices.

Todo ello aderezado con buenas dosis del orientalismo descrito por el intelectual palestino Edward Said, ese sutil y persistente prejuicio en la actitud condescendiente de los países occidentales hacia las sociedades y culturas de Asia, Oriente Medio o el Norte de África.

A medida que la importancia informativa de China ha aumentado en paralelo a su relevancia en el mundo, el foco –o podríamos decir el cerco– informativo se ha vuelto más estrecho, centrado en una serie de temas que ayuden a demonizar al país aplicando los estereotipos del punto de vista dominante.

La información se llena de lugares comunes, de tópicos sobre el «autoritarismo» chino, de sectarismo y medias verdades, cuando no directamente de mentiras. Sin ningún espacio para profundizar en las claves sociales, históricas y culturales de un país tan diverso y complejo.

La pluralidad, las diferentes visiones y tonalidades informativas, se ve asfixiada por el marco de referencia diseñado para el país, en el que todo lo que hace China debe ser por definición negativo.

El tan proclamado tótem occidental de «prensa libre» recibe así, paradójicamente reflejada, su más descarnada imagen en el espejo de China: prensa libre para decir exactamente lo mismo, para no salirse del guion preestablecido, para recalcar una y otra vez lo malo que es el «comunismo».

En este contexto, los periodistas que trabajan para medios occidentales adquieren la condición –consciente o inconscientemente– de instrumentos o peones de la guerra informativa. Algunos la adoptan de manera inconsciente, porque todo el mundo informa así, porque es peligroso escribir algo positivo sobre China en cualquier información, porque a los jefes no les va a gustar, porque seguro que hay algo malo oculto en el fondo de cualquier política o porque al final todos necesitamos un sueldo a fin de mes para comer o pagar el alquiler. Otros lo hacen conscientemente,

orgullosos de sentirse parte de un ejército que cree defender los «valores occidentales», la democracia y la libertad. Sin pararse a pensar en que, entre esos valores, quizá el más valioso de todos, el único por el que realmente merezca la pena luchar, sea el de la pluralidad de visiones y la diversidad de pensamiento, esas que tanto reclaman para China, pero no para su propio y angosto mundo informativo. El de la realidad, con todos sus colores, profundidades y perspectivas.

Los medios norteamericanos y anglosajones marcan la agenda y el tono informativo en relación con China y el resto de la prensa occidental los sigue mayormente sin reparos. Un seguidismo que cuando menos sorprende. Que Washington y sus corporaciones mediáticas consideren a China una «amenaza» a su poder mundial podría ser, hasta cierto punto, comprensible desde el punto de vista de potencia hegemónica amenazada. Que Europa y las suyas –desde una relación histórica, geográfica y cultural bien diferente y un interés distinto– no presenten ciertos matices a la hora de entender y presentar a un país complejo como China resulta completamente decepcionante.

La presencia de muchos corresponsales sobre el terreno en China altera poco esta realidad, de manera que cientos de medios de todo el mundo publican cada día decenas de informaciones muy similares.

Uno de los ejemplos más curiosos de este tipo de periodismo, que busca siempre encontrar algo negativo que contar sobre China hasta en las noticias más esperanzadoras, lo ofreció una noticia de la agencia Bloomberg publicada en diciembre de 2019, que no merece más comentarios: «China cura el cáncer más rápido y barato que nadie, pero a algunos les preocupa que sea demasiado rápido».

Pero hay ejemplos de todo tipo en cualquier sector. Para el *Financial Times,* el enorme desarrollo de la red ferroviaria de alta velocidad en China lleva a que «Los trenes lentos estén bajo amenaza». Según de nuevo Bloomberg, «la política anticorrupción de China crea inseguridad respecto a su puesto de trabajo en los empleados públicos».

Como no se encontró nada que criticar en la intensa política anticorrupción puesta en marcha por China en la última década, a alguien se le debió ocurrir que el miedo a perder el trabajo por parte de los potencialmente corruptos podría constituir un estupendo titular negativo.

Estas tres noticias anteriores son un buen ejemplo del uso, aunque sea

implícito, del «pero» o el «a qué coste», coletillas que se emplean hasta la náusea cuando no queda otra que informar sobre alguna noticia positiva del país.

Hay que empañarla y buscar alguna consecuencia negativa, aunque esta pueda llegar a ser ridícula, o destacar su coste en algún aspecto, como si no tuvieran siempre alguno todas las políticas de cualquier país del mundo.

«China invierte en medio ambiente, pero a qué coste»; «La economía china parece estabilizarse, pero a qué coste»; «La economía china crece, pero a qué coste»; «Las ciudades chinas se vuelven inteligentes, pero a qué coste»; «China provee abundante nieve para los Juegos Olímpicos, pero a qué coste»; «Aire limpio, ¿a qué coste?»; «Wuhan está a salvo de la covid, pero a qué coste»; «Las Nuevas Rutas de la Seda persiguen transformar la Tierra, pero a qué coste»; «China invierte en Etiopía, pero a qué coste»; «China impulsa la economía de Camboya, pero a qué coste»; «Los Juegos Olímpicos de Pekín son un éxito, pero a qué coste humano»...

Todos estos son algunos ejemplos textuales de titulares de grandes medios occidentales en los últimos años.

## El periodismo de manada

A esta búsqueda de desacreditar el modelo chino viene a contribuir lo que en inglés se llama *pack journalism* y en español podría traducirse como periodismo redundante o de manada.

El concepto, acuñado por el periodista norteamericano Timothy Crouse cuando cubría la campaña presidencial de 1972 en EEUU, hace referencia a la dependencia de los reporteros entre ellos a la hora de cubrir una información, considerar lo que es noticia o seleccionar las fuentes.

Los periodistas suelen estar atentos constantemente a las informaciones de los colegas y, al cubrir un hecho conjuntamente, tienden a usar las mismas fuentes o emplear similares citas, lo que al final provoca que escriban historias muy parecidas.

Estas situaciones suelen dar lugar además a una suerte de «pensamiento de grupo» que activa un consenso implícito sobre lo que es noticiable y lo que no lo es, de acuerdo con la línea editorial marcada previamente por el medio.

«A la prensa le gusta demostrar su poder destruyendo a los pesos ligeros y

el periodismo de manada nunca es tan valiente y complaciente como cuando el grupo ha decidido tácitamente que un candidato es una broma», escribe Crouse en su libro *The Boys on the Bus,* en el que cuenta sus experiencias durante la campaña electoral que reeligió a Nixon como presidente.

De forma similar respecto a China, los medios sólo se interesan por las noticias que ofrecen una mala imagen del país, así que, cuando aparece una de ellas –sea cierta o no–, se lanzan en manada a por la presa.

La combinación del sesgo editorial con el *pack journalism* es letal. El «no sólo lo digo yo, lo dicen todos los demás» funciona entre los periodistas de igual modo que lo hace entre los lectores el hecho de que todos los medios les cuenten la misma noticia. El «lo he visto en todas partes» proporciona un valor añadido de veracidad.

Un informe del Instituto Reuters para el Estudio del Periodismo de la Universidad de Oxford sobre la cobertura mediática internacional de China advertía de la emergencia del *pack journalism* en la información sobre el país asiático. El estudio –que analizó la cobertura de medios como la BBC, *The Economist* o *The New York Times*– concluyó que estaba dominada por cinco temas con una «estrecha agenda noticiosa» y que se informaba mínimamente de asuntos como la sociedad y el cambio social, la cultura, la ciencia o la tecnología. Además, constató que se informaba muy poco de las zonas del país más allá de las grandes áreas pobladas de la costa oriental, donde están destinados prácticamente todos los corresponsales.

«Con el tiempo podría haber emergido un consenso informal entre los periodistas sobre qué historias de China se consideran noticiables basándose en su propio juicio, su experiencia previa, sus valores e incluso el pensamiento de grupo similar a lo que ha sido llamado *pack journalism,* que ha podido ser significativo en la selección de las noticias», afirmaba el informe. Y añadía que la información sobre China «puede obedecer más a confirmar las creencias e ideas existentes que a explorar nuevos terrenos. Como dijo un periodista británico con una larga experiencia en informar sobre China: "Londres tiene ahora una idea sobre qué quiere de China basada en el patrón de lo que todo el mundo piensa sobre cuál será el sitio de China en el mundo"». Según el informe patrocinado por la agencia británica, «la historia de China se cuenta a través de una serie de marcos convencionales como el impacto medioambiental, la economía o los

continuos abusos de derechos humanos». «El general impacto de este pensamiento de grupo podría ser similar a lo que Crouse llama *periodismo de manada*, que a menudo hace difícil romper con el pensamiento convencional y ensanchar la agenda informativa», concluía el Instituto Reuters.

## Un arsenal de palabras para denigrar

El lenguaje usado en la información ocupa un lugar destacado en el polvorín de la campaña contra el país: términos como «régimen», «purga», «draconiano», «propaganda», «encubrimiento», «represión» o expresiones como «luchas de poder», «bajo amenaza» o «trampa de la deuda» se emplean constantemente como dardos.

En el arsenal informativo no faltan tampoco los consabidos vocablos y calificativos que se usan con otros países a los que interesa denigrar, como Rusia, y que sirven para relacionar inmediatamente cualquier noticia en la cabeza del lector con imágenes de oscuridad y opresión:

- Los ricos de EEUU son millonarios o grandes emprendedores; los de China, «oligarcas».
- China no cesa a los funcionarios corruptos o ineficientes, sino que los «purga».
- Estos no son apartados de sus cargos por ineficiencia o por condenas de corrupción, sino que «pierden luchas de poder».
- China no concede préstamos ventajosos para desarrollar infraestructuras en los países pobres, sino que los «entrampa» en la deuda.
- Los medios chinos son «estatales» u «oficiales»; los de Occidente, medios de comunicación públicos.
- Los medios chinos hacen «propaganda»; los occidentales, comunicación independiente.
- China «confisca» hospitales y hoteles durante la pandemia; otros países los nacionalizan.
- China no corrige las desigualdades, sino que «ataca» a las grandes empresas y a los ricos.
- China hace «diplomacia de las vacunas»; otros países las donan desinteresadamente.

• El confinamiento de una ciudad como Wuhan es «una grave vulneración de derechos humanos»; el de todo un país como España, una necesidad de salud pública.
• China «vigila y controla» a los contactos cercanos de casos de covid; otros países los rastrean.

Y no faltan las interpretaciones mediáticas de la realidad china:

• La política de cero covid no se hace para salvar vidas, sino que es una «obsesión dogmática» de la dirigencia para no ceder en sus políticas y aferrarse al poder.
• La salida de la pobreza de cientos de millones de personas se ha llevado a cabo «para transformar el pensamiento de la gente».
• El 92% de los chinos que dicen que su país es democrático en las encuestas «tienen el cerebro lavado y no piensan por sí mismos».

## El sumun de la objetividad

Estas narrativas se practican y se fomentan desde medios que se presentan como el sumun de la objetividad y la ética profesional. Son los conocidos como modelos del buen periodismo, tanto en Norteamérica como en Europa.

Medios que pretenden ser los faros de la integridad, la independencia, la transparencia o el compromiso con la ética periodística. Que se erigen en defensores de la pluralidad de opiniones y proclaman sin sonrojo que contribuyen a un mejor entendimiento entre las culturas.

Más de un 90% de la población china apoya las políticas del Gobierno, según las últimas encuestas occidentales de 2022, como las del barómetro Edelmann o la de la Alianza de las Democracias. Serían, pues, más de 1.150 millones de chinos que aparecen en muy contadas ocasiones en las informaciones de los medios de referencia. Se desconoce lo que piensan, qué matices tiene que expresar cada uno de ellos o cuál es su visión.

La inmensa mayoría de los medios occidentales sólo dan voz a los disidentes fuera del país o a quienes critican una determinada política en las redes sociales; un rastreo continuo en busca de cualquier oposición.

Es estupendo y necesario otorgar espacio a la disidencia, por supuesto,

pero cuánta gente del común se queda fuera. Cuánto de la diversidad y pluralidad de la sociedad china se refleja realmente en sus informaciones si más del 90% de su población permanece excluida.

Los medios tienen que dar la impresión de que sus historias son lógicas y se ajustan a la realidad en lugar de estar ideológicamente predeterminadas, por lo que utilizan todo tipo de estratagemas para conseguir que su información corrobore siempre los términos de referencia del marco establecido.

Se critica constantemente la evidente y tan obvia propaganda de los medios de comunicación chinos, pero nunca se habla de la occidental, mucho más sútil y menos detectable. El lector debe creer que todo lo que le cuentan es realmente así y confirma la imagen que se le ha inculcado del país. Que no hay otra historia posible y que se está formando una opinión sobre la base de su propio criterio, sin que nadie le esté empujando a ello.

Una vez que ese marco se ha conseguido instalar en la cabeza del lector, las sucesivas informaciones sirven básicamente para confirmar los prejuicios adquiridos. Una realidad en blanco y negro es mucho más fácil de digerir que la que presenta matices.

## Los Juegos distópicos

Uno de los ejemplos más recientes lo tenemos en la cobertura de los Juegos de Invierno de 2022 de la capital china, los primeros invernales celebrados, mientras la pandemia causaba aún estragos en varios lugares del mundo.

Desde el primer momento se intentó caracterizar los Juegos de Pekín como distópicos. Todo ha servido para desvirtuar su imagen: los requerimientos para prevenir la covid, la comida servida a los periodistas, el lugar de los saltos de esquí en un espacio urbano recuperado, el uso de nieve artificial, la elección de un atleta uigur para portar la antorcha, el éxito de la esquiadora chino-estadounidense Gu Ailing o el fracaso de Zhu Yi –también de doble nacionalidad– y la exageración de las críticas que recibió de algunos usuarios en las redes sociales chinas.

La desinformación llegó a tales extremos que el esquiador estadounidense Aaron Blunck llegó a criticar en público el tratamiento de los medios y a decir que las noticias sobre China que se escuchaban en su país eran

«totalmente falsas». Blunck ofreció una rueda de prensa para expresar su descontento con la desinformación y destacar que los Juegos de Pekín eran «fantásticos» y su organización estaba siendo «estelar», algo en lo que coincidieron también otros deportistas internacionales. Pero sus palabras, que no fueron recogidas por la mayoría de grandes medios occidentales, no sirvieron para desviar ni un ápice el objetivo de empañar la imagen del evento fijado a hierro en las redacciones y las cabezas de los periodistas.

Cuando nevó en Pekín durante las Olimpiadas, mientras los medios locales publicaban preciosas fotografías de la Ciudad Prohibida o del centro de la capital cubierto de blanco, la agencia estadounidense Associated Press eligió la imagen más gris y desoladora de la ciudad que se podía encontrar: la instantánea de una calle sucia del extrarradio tomada a través de un cristal opaco.

## La cobertura de la covid

La información sobre la pandemia en China ha estado politizada desde el primer momento. Cuando se detectaron los primeros casos en el país y la enfermedad todavía no se había extendido por el mundo, los medios la interpretaron como un signo del fracaso del sistema. «Un desastre político épico», tituló la BBC.

El confinamiento de Wuhan fue calificado nada más comenzar como «una flagrante vulneración de los derechos humanos». Sólo tuvieron que pasar apenas dos meses para que el de ciudades y países enteros en Occidente se transformase por arte de magia en «una necesaria política de salud pública».

Cuando las medidas chinas consiguieron que el país volviese a una relativa normalidad y recuperase su economía, se le acusó de falsear sus números de contagiados, al tiempo que comenzaron a propagarse teorías de la conspiración como la de que el virus se había escapado de un laboratorio de Wuhan.

Una vez que China consiguió fabricar nuevas vacunas y empezó a exportarlas al Sur global, se multiplicaron las informaciones sin fundamento que dudaban de su eficacia con el fin de beneficiar a las grandes farmacéuticas occidentales, cuyos sueros eran mucho más caros, requerían refrigeración y suponían unos costes que no podían asumir los países en desarrollo.

Además, los medios silenciaron las respuestas positivas de los Estados que recibieron las vacunas chinas y que no tenían acceso a las occidentales.

En lugar de informar sobre la necesidad de que el mundo pobre recibiese vacunas para luchar contra la pandemia, el objetivo era desinformar sobre la efectividad de las chinas y levantar sospechas sobre cada acción de sus farmacéuticas o del Gobierno de Pekín. La expresión «diplomacia de las vacunas» pasó a encabezar las noticias sobre las donaciones o las exportaciones chinas, buscando siempre motivaciones ocultas u oscuras intenciones en sus suministros. Cuando el programa Covax de la OMS para una distribución equitativa de las vacunas aprobó la china de Sinopharm, la noticia se silenció o apenas se reseñó.

Australia llegó a esgrimir la posibilidad de impedir regresar a sus ciudadanos si recibían vacunas de Sinovac y Sinopharm, algo que llevó a la epidemióloga de ese país Mary-Louise Mc Laws, de la Universidad de New South Wales, a denunciar que el escepticismo sobre las vacunas chinas no tenía ninguna base y constituía «racismo científico».

Lo cierto es que una de cada dos vacunas que recibieron regiones como Latinoamérica fue de fabricación china. Al subcontinente, con 500 millones de habitantes, llegaron sólo 45 millones de dosis desde EEUU y Europa, mientras que China le suministró 245 millones de dosis, la mayoría a través de exportaciones a buen precio. Además, creó sociedades conjuntas en varios países para producir sus vacunas localmente. ¿Qué hubiera pasado en medio de la pandemia en América Latina si no hubiese existido China?

Y otro tanto se puede decir de África, donde el país asiático estableció varias asociaciones para la producción local de sus vacunas, además de suministrar 1.200 millones de dosis, más de la mitad de ellas en forma de donaciones, frente a los 142 millones de dosis proporcionados por la UE o los 173 millones donados por EEUU.

Tanto en Latinoamérica como en África y Asia han sido finalmente China y Rusia quienes no cerraron las puertas y proporcionaron las imprescindibles vacunas al Sur global. En muchos casos, se trataba de naciones en las que las inyecciones se convirtieron en una cuestión de supervivencia para amplias capas de la población dedicadas a la economía informal y el trabajo en las calles, para quienes enfermar suponía quedarse sin ingresos ni comida que llevarse a la boca.

También la política de cero covid que ha seguido China desde el inicio de

la pandemia ha sido objeto de continuos ataques por parte de la prensa occidental.

En el confinamiento de la ciudad de Shanghái, que afrontó serios problemas logísticos en la distribución de alimentos y otros bienes de primera necesidad, los medios se cebaron en los errores en el suministro de una operación logística complicada de organizar en una enorme metrópoli, pero que finalmente ha contribuido a salvar miles si no millones de vidas.

El diario británico *The Guardian* llegó a titular «China ha evitado el funesto estrago de la covid, pero a qué coste», argumentando que el confinamiento de Shanghái había acabado con el «símbolo de modernidad y apertura» de la ciudad, como si esta nunca jamás se pudiese ya recuperar por haber estado confinada.

Para la prensa occidental, los más de un millón de muertos causados en EEUU por la pandemia parecen suponer un coste mucho más fácil de asumir que los problemas logísticos para distribuir alimentos en una gran ciudad confinada temporalmente, siempre que se trate de una urbe china, claro.

Un estudio publicado en mayo de 2022 por la revista *Nature* sobre escenarios comparativos estimó que en China se producirían al menos 1,6 millones de muertes si el país abandonaba la política de cero covid y dejaba al virus expandirse entre su población. El informe, realizado por científicos chinos y estadounidenses, consideró que, sin los test masivos y los confinamientos, la propagación del virus produciría 112,2 millones de casos y 5,1 millones de ingresos hospitalarios, mientras que la demanda de cuidados intensivos excedería en más de 15 veces la capacidad existente. El sistema sanitario del país quedaría completamente colapsado. El estudio señalaba además que la población de ciudades como Shanghái se vería más afectada que en otras áreas del país.

Ante estas evidencias, uno no puede dejar de preguntarse si lo que realmente pretenden los medios occidentales, con sus críticas a la política de cero covid, es que efectivamente acaben muriendo millones de personas y el país se sumerja en el caos.

China ha puesto ya en práctica medidas para relajar su política de contención de la pandemia. Pero en un asunto como este, en el que están en juego millones de vidas, sería necesario un mínimo de respeto, sin que decenas de opinadores pretendan saber más en un mensaje en las redes

sociales que cientos de expertos científicos que analizan diariamente la evolución del virus en el país.

Al margen de los perjuicios de esa política para su crecimiento, China está gastando enormes sumas de dinero en testar diariamente a millones de personas y en organizar confinamientos. No son medidas fáciles de poner en práctica, requieren una enorme inversión y tienen serios inconvenientes para los ciudadanos, especialmente a la hora de viajar fuera del país o incluso en el interior.

Pero, si consideramos que la prioridad de cualquier Gobierno debe ser proteger la vida de sus ciudadanos y evitar que mueran, los datos demuestran que hasta el momento China ha conseguido hacerlo mejor que cualquier otro país.

Sus cifras, de 5.226 víctimas mortales a fecha de octubre de 2022, están a años luz de las registradas en los países occidentales, no digamos del más de un millón de EEUU, que tiene menos de un cuarto de su población. Y también muy lejos de las de otros países asiáticos; por ejemplo, Taiwán, con 60 veces menos población que China, contabilizaba en esa misma fecha 11.843 muertos.

Si el sistema sanitario se desborda y la gente muere, ¿para qué o para quién sirven entonces el crecimiento y la economía?

## Un mensaje mundial uniforme

El mensaje que se ofrece respecto a China se ha convertido en totalmente uniforme en los medios norteamericanos y europeos. Se extiende también, con algunos matices, a regiones como Latinoamérica, donde la influencia durante décadas de las grandes agencias internacionales y los medios norteamericanos es todavía muy palpable.

En el paisaje mediático africano, las cosas han empezado a cambiar una vez que sus habitantes han constatado las notables diferencias entre la explotación colonial europea y las inversiones chinas en educación, sanidad o infraestructuras, como muestran las encuestas de opinión del continente.

Según la prensa africana, Washington ha intentado contrarrestar esa evolución de la opinión pública con políticas como el pago a periodistas para que desinformen sobre China.

El principal diario de Zimbawe, *The Herald*, informó que la embajada de

EEUU en ese país estaba entrenando y pagando a periodistas para que escribieran informaciones negativas sobre las inversiones chinas y difamasen a sus empresas. Según el diario, esta práctica formaba parte de un plan mayor, en el que estaban implicados algunos países nórdicos europeos, para desacreditar a las empresas chinas a través de informaciones falsas que denunciasen malas prácticas laborales, daños al medio ambiente o a los derechos de los trabajadores. La publicación señaló que el proyecto incluía a una docena de periodistas que recibían 1.000 dólares por cada información negativa publicada por parte de un llamado Fondo de Información para el Desarrollo, financiado por la embajada estadounidense.

En Asia, el panorama es diferente y mucho menos agresivo con China. Los medios de países como Singapur, Pakistán e incluso India ofrecen también una información mucho más plural y diversa sobre otras cuestiones internacionales como la guerra de Ucrania, por ejemplo, que la que se recibe de los occidentales. Con todo, la prensa de Japón, Corea del Sur y otros países bajo la influencia de EEUU suele seguir la narrativa anti-China.

## El miedo como arma

La creación de alarma social es otro de los métodos que se emplean para infundir miedo en cualquier cosa relacionada con China y reforzar la imagen de «amenaza» que se pretende instalar en las cabezas de los lectores.

En julio de 2021 se informó destacadamente sobre los «riesgos» de la eventual caída a la Tierra de los restos del cohete chino Larga Marcha 5B, algo que se puso como ejemplo de la «irresponsabilidad» y el incumplimiento por parte de China de los estándares internacionales.

«Las naciones que viajan al espacio deben minimizar los riesgos a las personas y la propiedad en la Tierra de los objetos que vuelven a entrar en la atmósfera. Está claro que China está incumpliendo los estándares responsables sobre sus deshechos espaciales», dijo el administrador de la NASA, Bill Nelson, en declaraciones recogidas profusamente.

Ni Bill Nelson ni los medios que recogieron sus palabras explicaron, sin embargo, que, entre los 2.033 cohetes descontrolados en la órbita terrestre, 546 son de EEUU y 169 de China.

Apenas tres meses antes, restos de un cohete de la empresa

estadounidense Space X cayeron sobre una granja del estado de Washington sin que a nadie pareciera preocuparle. Al contrario, en este caso, los restos espaciales ofrecieron, según titularon varios medios, «un fantástico espectáculo de luz sobre el cielo nocturno» de EEUU.

Otra de las tácticas empleadas es la de minimizar o ignorar completamente informaciones que puedan llevar a una visión más favorable del país.

Cuando Pekín anunció que había conseguido acabar con la pobreza extrema, un hito histórico inédito para la nación más poblada del mundo, la noticia ocupó poquísimo espacio y, cuando se habló de ella, fue para relacionarla con todo tipo de elucubraciones sobre las «verdaderas intenciones» de China.

«La campaña antipobreza de China no es desinteresada caridad», tituló una crónica del *Financial Times* en la que criticaba la cantidad de dinero gastada en el programa para «integrar a los pobres en la economía nacional y ejercitarlos en el agradecimiento al Partido». Para la biblia de las finanzas londinense, lo importante parece no ser que los rematadamente pobres dejen de serlo, sino la posibilidad –mucho peor desde luego– de que después se les ocurra agradecer a su sistema político haberlos sacado del pozo.

La escasísima información de la prensa occidental sobre el programa chino resulta todavía más llamativa teniendo en cuenta que la lucha contra la pobreza es la mayor preocupación de la humanidad, según el *Democracy Perception Index* de 2022 elaborado por la Fundación de la Alianza de Democracias.

La mayoría de los encuestados en todo el mundo consideraron que sus Gobiernos deberían priorizar la reducción de la pobreza entre sus metas políticas. Era, con diferencia, la primera prioridad que citaron los encuestados, tanto en los países «libres» (comillas del estudio) como en el resto, a lo largo de todas las regiones del planeta. En segundo lugar figuraba la lucha contra la corrupción.

Los medios occidentales dedican también poquísimo o ningún espacio a otras actuaciones chinas claves también para el mundo, ya sean los avances en energías renovables y movilidad eléctrica, las enormes campañas de reforestación, la limpieza del aire en las ciudades o las políticas para combatir la desigualdad.

## Una campaña evidente pero efectiva

La intensa campaña de desinformación sobre China no ha caído en saco roto y ha influido considerablemente en la evolución de la opinión pública mundial sobre el país.

Según un informe de Pewresearch, la visión desfavorable de China alcanzó máximos históricos en muchos países en 2020, precisamente el año en que logró la erradicación de la extrema pobreza.

Los ciudadanos que tenían una visión negativa de China en Australia ese año eran un 81%, un 24% más que el año anterior. En Reino Unido, cerca de tres cuartos de la población veía a China desfavorablemente y, en EEUU, la visión negativa se incrementó un 20% desde que Trump llegó al poder y un 13% en 2021. En España, el porcentaje de quienes tenían mala opinión pasó de un 21% en 2002 a un 63% en 2020, con un especial crecimiento durante la última década.

Y ese aumento en el deterioro de su imagen sucedió precisamente en los años en que China centró su prioridad en los problemas medioambientales, se convirtió en líder en energías renovables y vehículos eléctricos, y comenzó a luchar más intensamente contra las desigualdades, además de acabar con la pobreza extrema.

Asimismo, la mayoría de los encuestados en los países de la UE creían a finales del verano de 2020 que China había gestionado la pandemia de covid peor que sus Gobiernos, pese a la abismal diferencia en el número de contagiados y víctimas mortales entre el país asiático y sus propias naciones.

# II

# XINJIANG, EL ÚLTIMO CARTUCHO CONTRA CHINA

Xinjiang es la región más grande de China, en el extremo noroeste del país. Tiene frontera con ocho países: Mongolia, Rusia, Kazajistán, Tayikistán, Afganistán, Pakistán e India.

Es el territorio que conectaba la Ruta de la Seda de la antigua China con Asia Central y Europa. Una extensa zona que a lo largo de la historia han compartido diversas culturas, algunas nómadas, entre ellas la de los uigures, que actualmente es la etnia mayoritaria en la región.

En el año 60 a.C. la región estaba bajo control de la dinastía Han (206 a.C.-220 d.C.). Las posteriores dinastías ejercieron mayor o menor dominio sobre ella, aunque siempre mantuvieron una estrecha relación e intercambio durante cerca de 2.000 años.

A mediados del siglo XVIII pasó a ser parte integral del territorio chino con la dinastía Qing (1636-1912), la última antes de la creación de la República de China en 1914.

La República la mantuvo bajo su control administrativo, aunque fue escenario de varias revueltas e incluso una invasión de la Unión Soviética, con dos conatos de separación temporales de sendas zonas. El primero duró cinco meses entre 1933 y 1934 en torno a la ciudad de Kasgar, en el suroeste. El segundo llegó a crear, durante la guerra civil china entre 1944 y 1949, un Estado satélite de la Unión Soviética, que integraba las áreas de Xinjiang fronterizas con la URSS (Ili, Tarbaghatay y Altay).

## El inicio del terrorismo

Con la fundación de la República Popular China en 1949, el territorio se unificó y se creó la Región Autónoma Uigur de Xinjiang.

En 1989, fundamentalistas uigures crearon el Movimiento Islámico del Turkestán Oriental (ETIM, por sus siglas en inglés), con el objetivo de crear un Estado islámico en un amplio territorio que incluía partes de Turquía,

Kazajistán, Kirguistán, Uzbekistán, Pakistán, Afganistán y Xinjiang.

Poco después de su creación, el ETIM fue considerado por la ONU, Estados Unidos y la UE como una organización terrorista y el Departamento de Estado de EEUU llegó a calificarlo como uno de los «más extremos» grupos separatistas que existían.

EEUU aseguró que había recibido entrenamiento y financiación de Al Qaeda y que combatía junto a los seguidores de Bin Laden contra sus tropas en Afganistán.

La organización estuvo detrás de muchos de los atentados terroristas que tuvieron lugar en Xinjiang y en otras partes de China desde 1990, y se le ha relacionado con ataques en otros países.

En 1998 movió su cuartel general a Afganistán y cientos de sus miembros se incorporaron a la guerra de Siria y a las filas del Estado Islámico establecidas en partes de ese país.

Según el Consejo de Relaciones Exteriores de EEUU, el ETIM era una organización paraguas de otros grupos que operaban en Pakistán y Asia Central, incluido el Partido Islámico del Turkestán (TIP), que reivindicó una serie de atentados contra ciudades chinas en 2008, entre ellas dos explosiones mortales de autobuses en Shanghái y Kunming, además de otros ataques en Xinjiang.

Los atentados en la región uigur y otras partes de China comenzaron poco después de fundarse el ETIM, y se intensificaron en la primera década del 2000 y especialmente a principios de la segunda.

Se estima que los ataques terroristas han causado más de un millar de muertos y cerca de dos mil heridos en Xinjiang, especialmente entre 2013 y 2015, el periodo más violento.

Aun así, en octubre de 2020 –apenas semanas antes de las elecciones que acabarían con el mandato de Trump–, el entonces secretario de Estado de EEUU, Mike Pompeo, revocó unilateralmente la designación del ETIM como organización terrorista. Un portavoz del Departamento de Estado atribuyó entonces esa decisión a que, «después de más de una década, no había pruebas creíbles de que continuase existiendo». Sin embargo, apenas tres meses antes, un informe del Consejo de Seguridad de la ONU había afirmado que el ETIM disponía de entre 1.100 y 3.500 muyahidín en el noroeste de Siria y en una provincia de Afganistán fronteriza con Xinjiang.

Diversos expertos en seguridad de Asia advirtieron entonces de que la

decisión de Washington ponía en riesgo a los ciudadanos chinos en el extranjero, como de hecho sucedió en abril de 2022 cuando una terrorista suicida hizo estallar su bomba contra el coche de tres profesores chinos en Pakistán, matándolos a todos, conductor incluido.

En su afán de perjudicar a China sin reparar en consideraciones morales, EEUU dejó de calificar como terrorista a una peligrosa organización que ha causado cientos de muertos y está claramente vinculada al terrorismo islamista internacional.

Resulta a todas luces evidente que la única razón para esa decisión, cuando la ONU acababa de alertar del peligro del grupo, era la de poder enmarcar mejor las medidas antiterroristas de Pekín en Xinjiang en la narrativa que ya se había comenzado a propagar dos años atrás sobre una supuesta persecución étnica.

Pero esa narrativa parecía todavía no bastar y Pompeo aprovechó su último día en el cargo, el 19 de enero de 2021, para declarar que China estaba cometiendo un «genocidio continuo» contra los uigures.

Ya puestos a acusar a China, mejor soltar un órdago a la grande para poder «convencer» en condiciones a los aliados europeos para que se pusieran completamente de su lado.

Menos de dos meses después, EEUU y la UE aprobaban casi al unísono sanciones contra China por supuestas violaciones de los derechos humanos de los uigures.

Como hemos indicado antes, el ETIM no sólo opera en Xinjiang, sino también en otras partes de Asia, Oriente Medio y Norteamérica, razón por la que tanto la ONU como la UE y Turquía siguen considerándolo una organización terrorista.

Sin embargo, la Administración Biden no ha revocado la decisión de la de Trump, pese a que durante años EEUU ha mantenido retenidos a 22 uigures en la base de Guantánamo.

## El combate al terrorismo con características chinas

China se enfrentó durante décadas a un peligroso brote de terrorismo islamista en su mayor región, clave para su conexión con Asia Central. Un territorio fronterizo con Afganistán y Pakistán, en el corazón de lo que EEUU ha considerado siempre el nido del terrorismo islamista.

Y Pekín decidió actuar contundentemente contra ese brote antes de que comenzara a expandirse y adoptó medidas expeditivas, sobre todo a partir de 2013, cuando los atentados se intensificaron. La presencia policial –e incluso militar en ciertos periodos– en las calles se multiplicó, se incrementaron los controles y se reforzó el despliegue de videocámaras y otras nuevas tecnologías para aumentar la seguridad.

En 2016 puso en marcha lo que denominó «centros de formación vocacional», con el objetivo declarado de enseñar oficios a las personas desocupadas menos preparadas de la región para alejarlas del desempleo y el extremismo.

El proyecto recibió una financiación del BM de 50 millones de dólares. La institución internacional consideró que su apoyo contribuiría «a mejorar la calidad y la relevancia de las escuelas para producir habilidades en los estudiantes que respondan a las necesidades del mercado de trabajo en Xinjiang».

Cuando los medios occidentales empezaron a asegurar que esos centros eran «campos de internamiento» o de «concentración», el banco desplazó a un equipo a la región para recoger información directa sobre el terreno. Según la entidad, sus investigadores llevaron a cabo «un análisis en profundidad del proyecto, de los documentos, realizaron entrevistas con el personal y visitaron escuelas directamente financiadas» por el BM, además de otras asociadas a las mismas. El informe de sus investigadores sobre el terreno concluyó de forma tajante: «no había nada que probase esas alegaciones».

Con todo, por las informaciones publicadas y debido a que las escuelas asociadas al proyecto se encontraban dispersas y era difícil monitorearlas a todas, el BM decidió reducir su programa y suspender algunas partes.

El titular de los medios ese día no fue que la investigación del BM sobre el terreno no había encontrado nada que pudiese probar lo que habían publicado, a raíz de un informe basado en datos recogidos de internet. *The New York Times*, por ejemplo, tituló «El Banco Mundial recorta un proyecto en Xinjiang tras alegaciones de que los fondos se usan en campos de internamiento».

En abril de 2021 visitamos varias ciudades del sur y el norte de la Región Autónoma de Xinjiang durante cinco días. Pese a tratarse de un viaje organizado por el Ministerio de Exteriores chino para grandes agencias de

noticias internacionales, tuvimos oportunidad de pasear solos a nuestro aire por las calles de diferentes lugares, además de visitar fábricas, campos de algodón, mezquitas o escuelas religiosas.

También estuvimos en uno de esos centros vocacionales, que se cerraron como tales en 2019 –según el Gobierno regional– y ahora funcionan como centros de formación profesional.

La situación en la región era muy diferente de la de apenas unos años atrás. Casi no se veían policías, había mucha vida en las calles y se respiraba un ambiente relajado. Costaba imaginarse que hubiese sido escenario de sangrientos atentados tan sólo cinco años antes.

## El declive de la práctica religiosa

Eso sí, a la mezquita de Id Kah en Kasgar –la mayor de la región y de China– acudían a rezar un lunes sólo medio centenar de fieles, pocos para una ciudad de 700.000 habitantes.

La mezquita, construida originalmente en el siglo XV y rodeada de jardines, puede acoger hasta 20.000 personas y es el emblema de Kasgar, una de las ciudades habitadas más antiguas del mundo y legendaria capital del sur de Xinjiang, donde la presencia de la etnia uigur es mucho mayor que en el norte.

Su imán Juma Tahir fue acuchillado hasta la muerte por cuatro extremistas islámicos el 30 de julio de 2014, cuando salía del templo pocos minutos después de asistir a la oración matinal. Atentados similares sufrieron otros religiosos, especialmente en el sur de Xinjiang.

Desde 1990, los imanes pasaron a ser designados por el Gobierno chino –al igual que los priores de otras religiones en el país–, que considera a los clérigos «profesionales religiosos».

Eso hizo que los líderes espirituales uigures que apoyaban en mayor o menor grado las políticas del Gobierno fuesen considerados «herejes» por los radicales islamistas y se volvieran objetivo de sus atentados.

El hijo del imán asesinado, Mamat Juma, que adoptó como apellido el nombre de su padre y tiene ahora cincuenta y un años, le sucedió al frente de la mezquita y es el actual responsable de Id Kah. «Hace diez años, a la oración del viernes venían entre cuatro mil y cinco mil personas, y en Ramadán llegábamos a siete mil. Ahora los viernes tenemos entre 800 y

900», reconoce Juma. Kasgar es uno de los lugares de la región con más población uigur (más de un 70%), aunque Juma precisa que «no todos los uigures son musulmanes» y afirma que los creyentes en la ciudad suponen sólo entre un 30 y un 40%. «Es verdad que ahora hay menos gente observando el ayuno de Ramadán y rezando, eso es principalmente porque el estilo de la vida de la gente está cambiando, la gente corre más y más para ir a trabajar y hacer otras cosas», dice.

Es posible que la práctica del islam haya disminuido en Xinjiang a causa del descenso general de los creyentes, como lo ha hecho la de otras religiones entre los jóvenes del mundo, pero lo sucedido en los últimos años en la región tiene seguramente bastante que ver con la caída del sentimiento religioso.

Además de la vinculación que se hace entre el islam y el terrorismo que causó la violencia, unos folletos distribuidos en 2014 por algunos condados que sufrieron especialmente los atentados detallaban hasta «75 signos de extremismo religioso» para que los vecinos alertasen de comportamientos sospechosos. Entre ellos, se citaba rezar en lugares públicos, boicotear actividades comerciales no acordes con el islam, dejarse la barba larga o llevar ropa cubriendo el rostro en el caso de las mujeres, sobre todo el burka. De hecho, en Xinjiang no es ahora habitual encontrarse por la calle con hombres barbudos, aunque se ven aún algunas –pocas– mujeres con la cabeza tapada por un hiyab.

Lo que sí hay en la región es un gran Instituto Islámico, creado en 1987 y que pasó a ocupar en 2017 unas enormes instalaciones a las afueras de Urumqi, la capital. Es un complejo de 100 mil metros cuadrados con librería, canchas deportivas, gimnasio, salas de oración y una enorme mezquita, además de decenas de aulas y dormitorios para los estudiantes. Allí estudian cerca de 900 jóvenes de entre dieciocho y veintiséis años, 389 de ellos en programas de graduación para convertirse en imanes en sus lugares de origen.

«Después de graduarme en educación secundaria, me gustaba mucho la religión y había muchos musulmanes a mi alrededor. Por eso decidí aprender el islam de un modo correcto y vine a este centro», cuenta Omar Abdulá, un uigur de veinticuatro años que nació en el condado de Hotan, en el sur de Xinjiang, en una familia acomodada para el estándar local. El joven asegura que no hay ninguna restricción para ser religioso en Xinjiang

y no cree que el hecho de que China sea un país comunista «sea un impedimento para practicar el islam». «La libertad religiosa está consagrada en la Constitución china. Que sólo se pueda rezar en casa o en una mezquita es nuestra opción. Si lo hiciésemos en un lugar público, perturbaríamos el orden y molestaríamos al resto de gente que no es religiosa», afirma.

En Xinjiang, al igual que en otras partes de China, no está permitido rezar en los espacios públicos, las escuelas o los centros de trabajo, y sólo puede hacerse en centros religiosos o en el ámbito doméstico.

Los estudiantes del Instituto Islámico –en el que se han graduado 43.000 personas desde su fundación– proceden en un 70% del sur de Xinjiang y estudian la rama hanafí del islam suní, además del Corán y árabe. Reciben becas para costear sus estudios y los que llegan de cuatro prefecturas del sur –Aksu, Hotan, Kasgar y Kizilsu– están exentos de pagar los dormitorios.

El portavoz del instituto, Abit Qazbay, asegura que ninguno de los alumnos ha sido «afectado por el extremismo religioso» ni ha estado en los llamados «centros de formación vocacional». También que no es un requisito no tener barba, aunque dice que a los jóvenes «no les gusta llevarla». Ninguno de las decenas de estudiantes de la escuela que vimos durante nuestra visita la llevaba.

El instituto, como todas las instituciones del Gobierno en el país, explica Qazbay, está gestionado por el Partido Comunista de China (PCCh), que tiene un representante en su dirección. «Pero la administración del Partido no se mete en el método específico de enseñanza o en otras cuestiones del centro», según este profesor de Lengua y Literatura Árabe, de etnia kazaja.

## Los famosos centros

El edificio que hasta 2019 funcionó como «centro de formación vocacional» a las afueras de Kasgar alberga actualmente una escuela de enseñanzas profesionales, en la que cientos de jóvenes uigures aprenden oficios, desde peluquería hasta hostelería o estética, por los que pagan 200 yuanes (25 euros) mensuales.

El Gobierno regional asegura que, igual que ahora, los estudiantes internos podían salir y entrar libremente de esos centros cuando estaban dedicados a la desradicalización e ir a sus casas los fines de semana. Sin embargo, no ha proporcionado datos sobre el total de personas que

albergaron y cuáles eran los criterios empleados para escogerlas, aunque recalca que no eran centros para terroristas, que ingresaron directamente en prisión cuando fueron localizados, sino para gente en «riesgo de radicalización».

Es complicado trazar la línea de separación entre alguien profundamente religioso y un potencial islamista radical, lo que plantea algunos interrogantes sobre el método que se ha empleado para seleccionar quiénes debían acceder a los centros. Es posible que las autoridades locales se hayan excedido en considerar peligrosa a gente únicamente religiosa y que, si el acceso a los centros no era siempre voluntario, se hayan podido conculcar derechos humanos en ese proceso.

Pero lo que ha sucedido en Xinjiang durante la lucha contra el terrorismo de China dista mucho de ser un genocidio ni nada que se le parezca, como afirman algunos Gobiernos y medios occidentales. Con ayuda de supuestos expertos de Occidente, ambos han aprovechado la falta de transparencia china en este sentido para desplegar una narrativa sobre Xinjiang basada en «informes» creados a partir de especulaciones de datos de internet, con un claro sesgo ideológico y una apabullante ausencia de rigurosidad académica.

Cualquier informe patrocinado por Washington que hable de violación de derechos humanos en la región se lleva inmediatamente a las portadas. Da igual quién haya realizado el estudio, su sesgo o la fiabilidad del mismo. No se realiza la más mínima comprobación. Pasan a ser hechos probados, que se repetirán hasta la saciedad en nuevas informaciones.

Los periodistas no se toman la molestia de buscar siquiera en internet la fiabilidad del instituto o del autor del informe. Todos saben que lo que esperan sus jefes en la redacción central es algo que demonice más a China, y para un país definido como hostil no es necesario realizar comprobaciones.

## Los «informes» occidentales sobre la región

Los informes sobre el supuesto «genocidio» y los trabajos forzados en Xinjiang, publicados profusamente al unísono por todos los medios occidentales y que llevaron incluso a los Gobiernos de la UE a imponer sanciones a China, se basan esencialmente en una fuente: el ultraderechista

alemán Adrian Zenz, que dice estar guiado por Dios en sus trabajos sobre China.

También se dedica a publicar supuestos estudios el Instituto de Política Estratégica Australiano (ASPI), un centro financiado por el Ministerio de Defensa y otros departamentos gubernamentales, además de por los mayores fabricantes de armas estadounidenses como Lockheed Martin, Raytheon y Northrop, la británica BAE Systems, la francesa Thales o la israelí Rafael. Pero los informes de ASPI se basan a su vez esencialmente en los del alemán, al igual que los de otros institutos –que los medios publican como independientes– y las presuntas «investigaciones» periodísticas, que se limitan a recoger sus conclusiones.

Zenz, asesor de la llamada «Fundación en Memoria de Víctimas del Comunismo» (FMVC) de EEUU, es un fundamentalista evangélico conocido por sus libros de tono apocalíptico. En uno de ellos, *Digno de escapar,* insta a los creyentes cristianos a someter a los niños indisciplinados a «azotes bíblicos», condena la homosexualidad como «uno de los cuatro imperios de la Bestia» y afirma que los judíos que rechacen convertirse al cristianismo durante el «fin de los tiempos» acabarán «aniquilados» o «depurados» en un «horno abrasador». También asegura que «Satán está atacando a través del espíritu posmoderno las estructuras de autoridad de género» y que «el enemigo está socavando los papeles únicos pero diferentes asignados por Dios a hombres y mujeres». Valga todo ello para darse una idea del personaje y para preguntarse cómo es posible que no sólo grandes medios de comunicación, sino varios Gobiernos y Parlamentos occidentales se hayan basado para sancionar a China básicamente en sus informes, que nunca han pasado la preceptiva revisión paritaria científica.

Además, el alemán jamás ha estado en Xinjiang y fundamenta sus estudios –desacreditados por infinidad de expertos chinos e internacionales– en conjeturas y extrapolaciones de datos publicados en internet por el Gobierno chino.

Durante nuestro viaje a Xinjiang estuvimos en uno de los lugares donde Zenz y el ASPI situaban un «campo de internamiento» cerca de Turpán, en el norte de la región, basándose en fotos de satélite. Pudimos comprobar que en realidad se trata de unas sencillas dependencias administrativas dedicadas a realizar trámites para personas de la tercera edad.

De hecho, da la impresión de que Zenz y el Departamento de Estado de

EEUU trabajan coordinadamente. Pocos días después de que publicase su informe sobre la supuesta esterilización forzosa en Xinjiang en 2020, Pompeo emitió un comunicado en el que denunciaba las «impactantes revelaciones» del alemán.

Otros Gobiernos siguieron la estela del secretario de Estado norteamericano, mientras varios medios publicaban sus «revelaciones», siguiendo el círculo habitual de retroalimentación entre políticos, expertos y periodistas en el que unos repiten a otros hasta que cualquier dato, por inconsistente que sea, acaba convirtiéndose en un hecho y la fuente original en lo menos importante.

## Un clamoroso ejemplo de manipulación periodística

Algo parecido sucedió con el número del millón de internados en los «campos de reeducación» en Xinjiang.

Esa cifra salió por vez primera en una noticia de Reuters de 2018. Todo un ejemplo de manipulación periodística que permanece aún inalterado y sin ninguna corrección en internet a disposición de cualquier escuela de periodismo que quiera enseñar deontología profesional a sus alumnos. El titular proclama «La ONU dice que tiene informes creíbles de que China tiene a un millón de uigures en campos secretos». Pero, al leer el texto de la información, uno se da cuenta de la trampa: no es la ONU la que lo dice, sino Gay McDougall, representante de EEUU en el Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial. «Estamos muy preocupados ante los numerosos y creíbles informes que hemos recibido de que, en nombre de combatir el extremismo religioso y mantener la estabilidad social, China ha convertido la Región Autónoma Uigur en algo que se parece a un campo de internamiento masivo mantenido en secreto», afirmó McDougall, según reconoce el propio cuerpo de la noticia. El representante de EEUU no proporcionó además ni una sola fuente que sostuviera sus afirmaciones ante el Comité, que ni siquiera es un órgano de funcionarios de la ONU, sino de los delegados de cada país.

En síntesis, las palabras de un portavoz estadounidense fueron destacadas por Reuters como una afirmación de la ONU que, si algo tiene de bueno, es precisamente que sirve para expresar una opinión colegiada y consensuada cuando se trata de asuntos espinosos.

Ese teletipo fue recogido inmediatamente por grandes diarios como *The New York Times* o *The Washington Post,* además de por infinidad de medios de todo el mundo, hasta que el «millón de internados en Xinjiang, según estimaciones de la ONU» pasó a convertirse en expresión habitual de las noticias sobre la región y lo sigue siendo a día de hoy.

La ausencia de fuentes de McDougall se intentó solventar posteriormente con un informe que hablaba también de esa cifra realizado por los Defensores Chinos de Derechos Humanos (CHRD), un grupo financiado por la National Endowment for Democracy (NED), que como ya mencionamos con anterioridad es conocida como la ONG de la CIA. En palabras de su presidente fundador, Carls Gershman, la NED se creó «porque sería terrible para los grupos democráticos de todo el mundo ser vistos como financiados por la CIA». «Mucho de lo que hacemos nosotros hoy abiertamente lo hacía la CIA clandestinamente hace 25 años», admitió otro de sus primeros presidentes, Allen Weinstein.

La NED financia igualmente al Congreso Mundial Uigur –que el Gobierno chino considera una organización terrorista–, a la Fundación Internacional para los Derechos Humanos Uigures y la Democracia, a la Asociación Americana Uigur y al Proyecto de Derechos Humanos Uigur. Hasta 48 diferentes grupos activos contra el sistema chino –casi todos denominados ONG– reciben financiación de la NED. Imaginen por un momento que China financiase ONG estadounidenses que tuviesen el objetivo declarado de acabar con el modelo de organización política del país.

El informe de la CHRD, basado en informaciones de Radio Free Asia (RFA) –un medio de comunicación fundado y mantenido directamente por la CIA–, había llegado a la conclusión de que había un millón de «detenidos en los campos de internamiento» de Xinjiang tras haber entrevistado a ocho personas en algunos pueblos de una prefectura de la región, según aseguraban. Y esa misma cifra fue recogida también –cómo no– en sus informes por Zenz, aunque para los medios las «estimaciones de la ONU» siguió siendo la expresión preferida a la hora de atribuir a alguna fuente el número de un millón de «detenidos».

La llamada Fundación de Víctimas del Comunismo (FVC) para la que trabaja el evangelista alemán es una extensión del Comité Nacional de Naciones Cautivas, un grupo fundado por el nacionalista ucraniano Lev

Dobriansky y copresidido por el colaborador nazi Yaroslav Stetsko, también ucraniano. Ambos fueron fundadores también de la Liga Anticomunista que, junto con el Comité, se dedicó en los sesenta y setenta a impedir cualquier esfuerzo de distensión con la extinta Unión Soviética.

La FVC llegó al extremo de incluir entre las víctimas del comunismo a todas las que había causado la covid en el mundo, responsabilizando directamente al Gobierno chino de ellas.

En julio de 2019, en un alarde de sinceridad, Zenz admitió que la BBC le había encargado la investigación sobre Xinjiang: «Primero dije que no, demasiado difícil, muy pocas pruebas. Preguntaron de nuevo y dije: déjame ver lo que puedo encontrar». Sus propios informes reconocían que «no hay certeza» sobre el número de personas en los centros, aunque consideraba «razonable especular que el número total de detenidos podría situarse en algún lugar entre los cientos de miles y poco más de un millón».

Zenz aseguró que su cifra estaba basada a su vez en una única fuente: una noticia de Istiqlal TV, un canal separatista uigur con sede en Turquía, que hablaba, citando una fuente anónima, de 890.000 detenidos, sin especificar en qué fechas.

Todas las informaciones sobre el supuesto «genocidio» o el «trabajo forzoso uigur» están cogidas con pinzas sin aportar ninguna prueba medianamente sólida o alguna fuente mínimamente fiable, lo que no es óbice para que se reproduzcan en círculos hasta que su incesante repetición adquiere tintes de veracidad.

Ningún medio o Gobierno occidental que denunció violaciones a los derechos humanos o incluso genocidio en Xinjiang se ha preocupado de confirmar mínimamente esas alegaciones o la independencia de los institutos y los supuestos expertos que las esgrimen.

Un centro de análisis sueco, por ejemplo, la Fundación Transnacional para la Paz y la Investigación, publicó un exhaustivo trabajo de más de 200 folios que desvelaba las carencias de uno de los informes sobre Xinjiang de Zenz.

Ningún medio publicó ni una palabra de sus conclusiones, pese a los más de 2.000 correos electrónicos que el centro envió a los periódicos alertando del «amateurismo» del informe y la nula fiabilidad de sus fuentes.

## Las acusaciones de trabajos forzosos

En otro de sus informes, el alemán afirmaba también, basándose de nuevo en datos oficiales chinos publicados en internet, que al menos 570.000 personas están sometidas a «trabajos forzosos» en los campos de algodón de Xinjiang, que tiene poco más de 20 millones de habitantes.

Algo difícil de creer teniendo en cuenta el grado de desarrollo de la región comprobado durante nuestro viaje y el hecho de que todo el cultivo y la recolección de algodón está mecanizado en el norte de Xinjiang y en más de un 70% en el sur.

En un inmenso campo de algodón cerca de la ciudad de Changji, en el norte a 40 kilómetros de la capital, cuatro trabajadores vigilan que todo marche bien siguiendo a un tractor que deposita las semillas en la tierra, que luego recibirá agua por medio de un sistema de riego automático. Ellos y el conductor del tractor son los únicos que trabajan esta plantación de 40 hectáreas.

«Desde 2010 hemos introducido tecnologías agrícolas como el sistema de riego y las máquinas para plantar y recolectar algodón. Ahora ya tenemos todo el proceso completamente automatizado», explica el agricultor propietario del terreno, Hu Qingwen, que se lo ha alquilado al parque agrícola estatal de Changji.

Hu paga 360.000 yuanes (46.158 euros) al año por el alquiler y sólo necesita a esos cuatro trabajadores. Explica que el tractor –de la marca estadounidense John Deere– es de lo más caro y que se lo alquila también al Estado por otros 69.000 yuanes (8.846 euros) en cada temporada de cosecha.

Sus 600 mu (40 hectáreas) de tierra le dan cerca de 270.000 kilos de algodón por temporada, que vende al mejor postor entre las cuatro fábricas de la prefectura a una media de 7 yuanes (0,9 euros) por kilo.

El algodón de Xinjiang, uno de los más apreciados del planeta, representa el 20 % de la producción mundial y el 84 % de la de China.

«Antes de la mecanización venía aquí mucha gente de otras partes de China a recolectar el algodón, podían ganar mucho dinero. También venían alumnos de escuelas locales en prácticas para aprender las técnicas y el oficio», dice.

El agricultor cree que las informaciones sobre trabajo forzoso en los

campos de algodón son una «absurda mentira», y no teme que el precio de su materia prima pueda bajar por una eventual caída de la demanda ante el boicot de varias empresas textiles.

No puede decir lo mismo la empresa Huafu, uno de los principales productores de algodón de Xinjiang y que llevaba años exportando su material a las grandes multinacionales de ropa de EEUU, Japón y varios países europeos.

Su factoría principal –cerca de Aksu, en el sur de Xinjiang– es una de las más grandes del mundo y emplea a cerca de 5.000 trabajadores, que procesan el algodón para exportarlo a la industria textil.

La compañía es una de las principales acusadas de usar trabajo forzoso en el proceso de recolección y procesado del algodón por los informes occidentales.

«Por primera vez desde nuestra fundación hace 27 años, hemos perdido más de 400 millones de yuanes (51 millones de euros) –cerca de un cuarto del negocio– por las informaciones aparecidas en medios de EEUU y la suspensión de pedidos de empresas textiles», explica el director general de la compañía, Li Qiang. Asegura que marcas como las estadounidenses Adidas y Polo, la sueca H&M o la japonesa Uniqlo han cancelado sus órdenes tras la publicación de los informes sobre trabajo forzoso y las sanciones adoptadas por EEUU en 2019 contra la empresa. La española Zara (Inditex) ha «reducido sus compras en los últimos tiempos», pero no ha llegado a cancelarlas totalmente, según Li.

Huafu –que tiene fábricas también en otras provincias chinas y en Vietnam– exportaba el 70% de su producción al extranjero y el 30% a China. Ahora, se han centrado en la demanda interna y la correlación de ventas se ha revertido: 30% para el exterior y 70% para el mercado doméstico, según su directivo.

Cerca de 2.000 trabajadores de la firma viven en dormitorios en las propias instalaciones de la fábrica, donde disponen de una cantina y algunas canchas de baloncesto para hacer ejercicio. Li asegura que todos sus empleados trabajan allí por decisión propia y perciben un salario medio de 3.500 yuanes (450 euros) al mes, además de incentivos anuales por desempeño y productividad.

«No hay nada forzado aquí, todo el mundo trabaja libremente. Esas noticias no tienen ningún sentido. Me gusta este trabajo», afirma por su

parte Asilia Turcan, una empleada uigur, de veintisiete años, que se ocupa de llevar los rollos de algodón en bruto a los telares mecanizados y de comprobar la marcha del proceso. Según Asilia, que empezó a trabajar en la fábrica en 2015 y asegura no haber visto «nunca a nadie empleado de forma forzosa», allí trabajan «muchos empleados de varias minorías étnicas» y su salario es «alto comparado con la retribución media» en otras partes del condado.

Al igual que en todos los centros de trabajo de la Región Autónoma, en la fábrica de Huafu los empleados no pueden rezar y la oración islámica sólo está permitida en las mezquitas y en las casas. El ayuno durante el mes sagrado musulmán del Ramadán, que coincidió con nuestra visita, no está prohibido, pero tampoco se recomienda. «No les indicamos si ayunar o no, son libres de hacerlo, pero por las condiciones del trabajo, que requieren a veces fortaleza y estar en forma, se lo desaconsejamos», argumenta Li.

Respecto a la práctica de las religión en la región, hablamos con el portavoz del Gobierno de Xinjiang, Xu Guixiang, quien argumentó que «China no es un país musulmán» y que esa es «la principal diferencia con otros países religiosos». Según Xu, hace unos años «algunos focos ilegales de enseñanza islámica clandestinos se usaron además para expandir ideas y actividades extremistas» en la región. «Somos un país socialista y separamos la religión de las instituciones estatales, que son establecimientos seculares, como los centros educativos y otros lugares», dice el portavoz y recalca que el derecho de practicar la religión «está bien protegido» en las mezquitas y en las casas, los únicos lugares donde la oración está permitida.

Al hilo de los «informes» de Zenz sobre trabajos forzosos en Xinjiang, grandes agencias internacionales como la estadounidense Bloomberg se dedicaron a publicar reportajes que hablaban también de este tipo de prácticas en las fábricas de paneles solares de la región.

Sus informaciones se basaban únicamente en enviar a unos reporteros a las puertas de una factoría, llamar a su recepción y pedir acceder al interior. Al negárseles el acceso, la agencia concluía que existían trabajos forzosos que se pretendían ocultar.

Casualmente, Xinjiang es uno de los principales productores de paneles solares de China, que ha superado con creces en los últimos años a EEUU en el liderazgo mundial de este sector. Algún interés parece haber no sólo

en desacreditar el algodón de Xinjiang, sino también otros sectores productivos de la región para dañar su crecimiento.

## Los programas de transferencia laboral

La empresa Huafu posee sus propios campos de algodón en el condado cercano de Awat, donde dispone de 80.000 mu (5.330 hectáreas), cuyo cultivo y recolección están al 100% mecanizados, según su director general.

El Gobierno chino ha organizado los llamados programas de transferencia laboral en el marco de su programa para eliminar la pobreza extrema en todo el país, incluido Xinjiang. Estos programas, financiados por el Estado, ofrecen trabajo esencialmente a los habitantes pobres de las zonas rurales en diversos sectores industriales, incluida la producción de algodón y muchos otros.

Se ha criticado, con motivo de la eliminación de la pobreza extrema en China, que podría haber personas obligadas a desplazarse de su lugar de residencia habitual en el marco de estos programas. Según ASPI, más de 80.000 uigures habrían sido desplazados a otras provincias chinas basándose en ellos.

Teniendo en cuenta el fuerte desarrollo de Xinjiang y la demanda de mano de obra, resulta difícil imaginar la necesidad de forzar a alguien a desplazarse fuera de su región para encontrar trabajo. Igualmente, no hay necesidad de forzar a nadie a trabajar en un campo o una fábrica de algodón cuando la oferta laboral no escasea en la región y la mano de obra dispuesta a mejorar sus ingresos tampoco, al igual que los medios para realizar la recolección de forma mecánica.

En relación con las fantasiosas aseveraciones de Zenz sobre supuestas políticas de esterilización forzosa, lo que no cuentan los medios que publican sus estudios es que las políticas de natalidad de China discriminaron, y lo hacen todavía, a favor de las minorías étnicas y no en contra. La política china del hijo único no se aplicó a ninguna de las 55 etnias minoritarias del país, tampoco a los uigures, que podían tener incluso hasta tres en las zonas rurales.

Según el último censo de población de Xinjiang en 2020, los uigures representaban un 44,96%, los han un 42,24% y cerca del 13% restante eran kazajos, hui y de otras minorías étnicas.

La población uigur de Xinjiang creció en 1,62 millones de personas, un 16,2%, entre el censo de 2020 y el anterior de 2010. La de etnia han lo hizo, sin embargo, un 25%, debido a la intensa migración a la región en los últimos años. Ambos son aumentos considerables si se comparan con el de la población total china, que fue del 5,38% entre esos años. Aunque de continuar la tendencia migratoria desde el interior de China, la población de etnia han acabará siendo mayoritaria en la región en pocos años.

## El controvertido informe de la ONU

La alta comisionada de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Michel Bachelet, visitó la región durante seis días a finales de mayo de 2022. Una visita largamente esperada que se retrasó durante meses. Tras el viaje, en el que fue a Kasgar y Urumqi –las dos principales ciudades de Xinjiang en el sur y el norte–, explicó en una rueda de prensa que mantuvo entrevistas con gente de múltiples sectores, incluyendo residentes uigures, académicos, líderes religiosos, y visitó una prisión para hablar con los internos y varios centros vocacionales donde se reunió con antiguos estudiantes. Todas las visitas –dijo– «no fueron supervisadas», estuvieron organizadas directamente por su oficina y fueron «bastante abiertas y transparentes», según las calificó. En ningún momento de su rueda de prensa la comisionada habló de crímenes o violaciones de derechos humanos en la región, mucho menos de genocidio.

Por el contrario, Bachelet elogió los «enormes logros» de China en erradicar la extrema pobreza, garantizar la protección del derecho a la salud y ampliar los derechos económicos y sociales gracias a la introducción de la atención sanitaria y el seguro de desempleo universales, según destacó la propia página oficial de su oficina. También saludó la legislación que mejora la protección de los derechos de las mujeres y el trabajo de las ONG para avanzar en los derechos de las personas LGTBI, los discapacitados y la gente de la tercera edad. Subrayó la importancia del papel que desempeña China a nivel regional y multilateral y resaltó que cada una de las personas con las que se entrevistó –desde funcionarios del Gobierno hasta representantes de la sociedad civil y el mundo académico, diplomáticos y otros– «demostró su sincera voluntad de realizar progresos en la promoción y la protección de los derechos humanos para todos».

La alta comisionada dijo que animó al Gobierno chino a realizar una «revisión» de todas sus políticas antiterroristas y de desradicalización para asegurar que responde plenamente a los estándares de derechos humanos internacionales.

Las declaraciones de Bachelet sentaron muy mal a los medios occidentales, que la acusaron de «blanquear los crímenes» de China. «El fallido viaje a Xinjiang de Bachelet ha enturbiado todo su legado», tituló *Foreign Policy*. La campaña para desprestigiar a quien no satisface el relato esperado por la narrativa dominante se puso en marcha durante semanas.

Y, casualmente, 15 minutos antes de que expirase su mandato el 30 de septiembre y dejase el cargo, su oficina publicó finalmente un informe sobre Xinjiang que contradecía lo que ella misma había manifestado en su rueda de prensa y señalaba en su declaración de fin de misión.

La presión sobre Bachelet y su oficina por parte de Washington, que no había dejado de mostrarse «preocupado» por sus declaraciones, tuvo que ser descomunal para que la comisionada accediese, aunque fuese sólo minutos antes de irse, a publicar un informe que a todas luces no respaldaba.

No hay más que leerlo. El informe de su oficina no hace ni una sola mención a la visita a la región de su jefa, apenas tres meses antes. Sus visitas, sus entrevistas con presos y antiguos internos de los centros de desradicalización, sus múltiples conversaciones no debían ser de interés para el organismo.

Tampoco, en contraste con otros de sus informes, hay ninguna referencia a la alta comisionada al principio del mismo. ¿Quién lo escribió entonces? ¿Alguien que claramente tomaba partido?

Resulta evidente que la oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos fue sometida a una enorme presión para reforzar la credibilidad de las mentiras que políticos y medios occidentales han vertido sobre Xinjiang para intentar debilitar a China.

El informe no hace referencia a lo que vio la alta comisionada, pero sí muchas a los «Archivos policiales de Xinjiang», una «exclusiva» de la Fundación de Víctimas del Comunismo que, casualmente, se publicó pocos días antes de que Bachelet emprendiese su visita. También cita los estudios de Adrian Zenz y hasta los mensajes en Twitter de Nathan Ruser, un investigador de ASPI conocido por su furibunda campaña de difamación en internet contra China.

La «base de datos de víctimas de Xinjiang», que elaboran activistas uigures desde fuera de China financiados por la NED, se cita varias veces en el informe como fuente fiable, cuando al menos 2.000 nombres de esa base simplemente no existían, según Pekín. Asimismo, aparece como fuente el disidente chino Shawn Zhang.

Igualmente se citan como fuentes a la BBC, a la agencia de noticias estadounidense AP y a otros medios de comunicación occidentales, que como sabemos no son parte neutral en cualquier información sobre China.

A lo largo de las 48 páginas del informe, se les da más valor a estas fuentes y a las opiniones de algunos analistas que a las respuestas del Gobierno chino, las valoraciones de los numerosos representantes de países musulmanes que han viajado a la región –los últimos en agosto de 2022– o la opinión de otros expertos.

El informe también asegura que ninguno de sus entrevistados podía salir de los centros de formación, cuando la propia BBC grabó a los residentes de esos establecimientos yendo a sus casas durante un fin de semana.

Y todo esto en un informe de la ONU, a la que se le supone neutralidad e imparcialidad. Sorprende la nula preocupación de los funcionarios de la ONU por basarse en fuentes tan escasamente fiables.

Además, se citan un sinfín de traducciones «no oficiales» de documentos del Gobierno chino sacados de internet, entre ellas varias procedentes de los informes de Zenz. ¿No tiene medios la ONU para traducir oficialmente un documento sin tener que recurrir a lo publicado por un, cuando menos, controvertido investigador alemán?

EEUU y otros países occidentales, que representan menos del 10% de la población mundial, disponen de más del 80% de los puestos de la oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos, así como de su financiación.

Bachelet esperó al último minuto de su mandato para dar el visto bueno a la publicación del informe porque no estaba en absoluto de acuerdo con su contenido, ni probablemente con su misteriosa autoría. Si se hubiese negado a publicarlo, quizá con su sucesor habría sido más difícil hacerlo, por lo que las presiones sobre la chilena debieron ser enormes. Sea como sea, la publicación de un informe tan sesgado y tan alejado de los estándares habituales de la organización internacional ha dejado muy tocada a la oficina de Derechos Humanos.

# III

# EL FIN DE LA POBREZA EXTREMA

> Si sólo pudiese tener una gran mansión de un millón de habitaciones para cobijar a todos los pobres del mundo y poner sonrisas en sus caras [...] entonces pensaría que todo está bien, aunque mi cabaña se derrumbe y me congele hasta morir.
>
> Du Fu (712-770), poeta chino de la dinastía Tang

## Un compañero inseparable

La pobreza ha estado siempre presente durante milenios, como una larga sombra, en un país tan enorme y poblado como China. En ocasiones, a una escala y unos niveles difíciles de encontrar en otros lugares del mundo. Como a muchas de las sociedades agrarias premodernas, las hambrunas, la miseria y la dureza de la vida campesina la han acompañado a lo largo de los siglos. El deseo de acabar con ellas y poder vivir mejor estaba enraizado en el Reino del Centro desde tiempos inmemoriales.

Sus habitantes lo han considerado siempre una de las obligaciones principales de un buen Estado. Durante la mayor parte de su historia, China ha tenido la mejor burocracia del mundo. Para pasar los muy exigentes exámenes imperiales que permitían el acceso a la función pública había incluso que tener buenos conocimientos de poesía. De hecho, muchos de los grandes poetas del país han sido también funcionarios.

Los textos clásicos chinos no solían atribuir las causas de las hambrunas a los desastres naturales, sino a la negligencia de los gobernantes, y enfatizaban la importancia de alimentar a la gente tanto desde un punto de vista moral como político. La obligación del Gobierno era intentar paliar el hambre que se cernía a menudo sobre la población.

La tradicionalmente eficiente burocracia china tenía entre sus principales tareas mantener los graneros, distribuir comida de las regiones ricas a las pobres y controlar las aguas de los grandes ríos del país, propensos a desbordarse y provocar inundaciones.

La negligencia en prevenir o atenuar las hambrunas podía ser vista como un signo de pérdida de la legitimidad de una dinastía, de acuerdo con el mandato del cielo «Tianming», que otorgaba el poder a los emperadores siempre que gobernasen en beneficio del pueblo, tal como escribió Mencio –el principal discípulo de Confucio– en el siglo IV a.C.

China posee un quinto de la población mundial, pero sólo el 7% de la tierra cultivable del planeta al ser sólo apta para el cultivo el 12,6% del total de su superficie.

El crecimiento demográfico chino sufrió continuos saltos adelante y atrás durante siglos en función de la disponibilidad de alimentos. Cuanto las técnicas de cultivo mejoraban o no se sucedían desastres naturales o guerras, la población aumentaba significativamente, lo que, a su vez, disminuía la capacidad agraria para alimentar a las nuevas bocas.

En los periodos de prosperidad del último milenio –por ejemplo, durante las dinastías Song (960-1279) o Qing (1644-1912)–, el aumento de habitantes provocó que las hambrunas posteriores fuesen todavía mayores.

A finales del siglo XIX, con una población ya por encima de los 400 millones, una fuerte sequía en 1876 hizo morir de hambre a entre nueve y 13 millones de chinos. Que se sumaron a los 20 millones de muertos provocados apenas cinco años antes por la rebelión campesina Taiping.

En su libro de 1926 *China, tierra del hambre,* el entonces secretario de la Comisión Internacional de Ayuda al Hambre en China, Walter Mallory, cita un estudio de la Universidad de Nankín que afirma que en 2.000 años (desde 108 a.C. hasta 1911) se registraron 1.828 hambrunas en el país, prácticamente a una por año.

Cuando las dinastías dieron paso a la República en 1911, a continuación de las sequías se sumaron los desastres generados por la invasión japonesa y los conflictos internos que desembocaron en la guerra civil.

Entre 1911 y 1949, más de 15 millones de chinos murieron por una decena de duras sequías y otros 2,5 millones a causa de inundaciones. Más de la mitad de la población rural podía apenas alimentarse en esos años. La miseria y un desigual reparto de la tierra asolaban a los campesinos.

La invasión japonesa (1937-1945) causó cerca de 20 millones de muertos, en su inmensa mayoría civiles, y la larga e intermitente guerra civil (1927-1949) añadió otros diez millones a ese trágico balance.

## La República Popular China (1949) sienta las bases

Cuando los comunistas ganaron la guerra civil y se fundó la República Popular, China era el undécimo país más pobre del mundo. Sólo ocho de África y dos de Asia tenían un PIB per cápita más pequeño: Myanmar, Mongolia, Botsuana, Burundi, Etiopía, Guinea, Guinea Bissau, Lesoto, Malaui y Tanzania.

Más de un siglo de dominación de las potencias europeas desde la Primera Guerra del Opio con los británicos (1839), la invasión japonesa y la guerra civil habían convertido la pujante economía china de principios del XIX –que suponía un tercio de la mundial– en una de las más atrasadas del planeta. Se estima que casi cien millones de chinos murieron víctimas de esos conflictos y el hambre.

La gran mayoría de la población rural vivía en condiciones paupérrimas, alimentándose muy deficientemente, sin agua corriente ni electricidad. La esperanza de vida era apenas de treinta y cinco años y el 87,5% de la población vivía por debajo de la línea de la pobreza. Mucha gente moría todavía de hambre.

Las primeras acciones de los comunistas se centraron en mejorar la vida de la población, que, pese a todo, se había duplicado en 50 años hasta los 937 millones de personas.

No se concibió ningún programa especial para reducir la pobreza, pero el programa de alfabetización tuvo un profundo impacto en su disminución. El 80% de la población era analfabeta.

La primera reforma agraria abolió el sistema de propiedad feudal de la tierra, que se había mantenido a lo largo de más de 2.000 años, y redistribuyó la de los terratenientes y los señores de la guerra entre los campesinos pobres, muchos de ellos organizados en cooperativas agrícolas. Esta distribución equitativa de la tierra sentó las bases para el crecimiento y la reducción de la pobreza y creó las condiciones fundamentales para la sorprendente aceleración de estos procesos años después.

En las dos décadas posteriores se concretó el modelo de desarrollo de Mao, que enfatizó la colectivización de la actividad rural y rechazó los incentivos a la producción de los pequeños campesinos en busca del igualitarismo.

Pese a la pesadilla de las catastróficas políticas del Gran Salto Adelante

(1958-60) y la Revolución Cultural (1966-1976), las estructuras colectivas tuvieron éxito en implementar campañas públicas de salud efectivas y un acceso a servicios básicos en el entorno rural que nunca habían existido antes en la historia del país. Fue el periodo de los famosos «médicos de pies descalzos», que se desplazaron a las zonas pobres para proporcionar educación de salud básica y asistencia sanitaria a los campesinos.

Con todo, la población china era todavía muy pobre en 1978. Cerca de la mitad de sus habitantes vivía bajo el umbral de la pobreza extrema. Por ingreso per cápita, China estaba entonces igual o en peores condiciones que países como Bangladés, Chad o Malaui.

Pero los indicadores de sanidad y educación chinos eran mucho mejores que los de esos países e incluso mejores que los de otros que triplicaban su ingreso per cápita, como Tailandia o Indonesia. Además, la capacidad del Estado y la administración china era mayor que la de muchos países en desarrollo. La esperanza de vida había pasado de treinta y cinco años en 1949 a sesenta y seis en 1978.

Aplicando la línea de pobreza actual fijada en 2011, a finales de 1978 había 770 millones de pobres (el 97,5% de la población rural).

Ha habido tres líneas de pobreza oficiales en China. La primera, en 1985, se estableció en 206 yuanes anuales (cerca de 30 dólares), en 2000 se ajustó a 865 yuanes anuales y en 2011 a 2.300 yuanes anuales. Mientras que las líneas de 1985 y 2000 eran inferiores a la línea global de 1,9 dólares del BM, la de 2011, que se ha aplicado desde entonces, es más alta.

## El despegue económico tras la apertura

«La pobreza no es socialismo, ser rico es glorioso», proclamó Deng en 1978 al anunciar las reformas, inaugurando un periodo de crecimiento económico desconocido hasta entonces en la historia de la humanidad.

Entre 1978 y 2011 la economía de China creció a una media anual del 9,5%, con varios años de crecimiento de dos dígitos, y multiplicó su tamaño por 35. Desde entonces, en la última década, su volumen se ha multiplicado por tres.

## El contrato de Xiaogang

Xiaogang es una pequeña aldea perdida en las montañas de la provincia oriental de Anhui, que era conocida por la pobreza de sus gentes. La mitad de sus 120 habitantes había muerto de hambre durante la nefasta política del Gran Salto Adelante. Sus casuchas de adobe no tenían agua corriente ni electricidad.

En noviembre de 1978, una severa sequía arruinó la cosecha de cereales de la aldea. El pueblo necesitaba aumentar la productividad de sus tierras. El sistema de producción comunal, que se había empleado durante más de 20 años, no funcionaba, su productividad era muy baja.

Un grupo de 18 campesinos harapientos se reunió en la choza de uno de ellos y decidió firmar en secreto, a la luz de una lámpara de petróleo, un llamado contrato de «responsabilidad familiar en la producción» que dividía las tierras comunales en diferentes partes para el cultivo de cada familia. Cada una se comprometía a suministrar una cuota de grano a la comunidad y al Estado, pero podría quedarse para ella lo que sobrase.

«Cumpliremos las obligaciones de este contrato incluso si acaba llevándonos a prisión», se comprometieron solemnemente los 18 labradores en una cuartilla en la que estamparon sus huellas dactilares.

El movimiento era arriesgado. Aunque el aliento de las políticas de apertura ya se hacía sentir en el país, ninguno de ellos conocía las consecuencias que podría acarrearles ese contrato, que suponía de hecho la disolución por su cuenta de las comunas maoístas. Pero era la única salida que veían a su situación.

Algunos los acusaron de «desenterrar la piedra angular del socialismo», pero el secretario local del Partido los protegió y el papel que firmaron se exhibe hoy en el Museo de la Historia y la Revolución china.

El procedimiento resultó ser muy efectivo y en el primer año de la distribución entre las familias de la responsabilidad del cultivo de la tierra la cosecha del pueblo fue excepcional: multiplicó por seis la del año anterior e igualó la suma de la producción de los cinco años pasados.

La experiencia de Xiaogang supuso el inicio del proceso de apertura aplicado al campo, por el que cada familia se ocupaba del rendimiento de un pedazo de tierra con el que podía obtener también ingresos, lo que mejoró notablemente la productividad de los cultivos.

Poco después empezó a adoptarse en otros lugares de la provincia de Anhui y en 1980 Deng le dio carta de naturaleza con estas palabras:

> Los políticos deben ser flexibles y permitir a las familias campesinas experimentar sus mejores formas para incrementar la producción y mejorar los ingresos. La unidad operativa puede ser grupal o individual. No hay nada que temer. Esto no afectará a la naturaleza socialista de nuestro sistema.

Con todo, no fue hasta 1982 que el contrato fue reconocido oficialmente por el Gobierno de Pekín. Cuatro años después, a comienzos de 1986, más del 99,6% de los agricultores chinos había firmado contratos de «responsabilidad familiar en la producción», que se convirtieron en la piedra angular de la nueva reforma agraria del país. En apenas cinco años, el ingreso per cápita de los campesinos del país se duplicó.

Esos contratos crearon una nueva relación productiva agraria en la que los pueblos o las cooperativas cedían la explotación de la tierra a las familias rurales. Tras pagar un impuesto a la colectividad, estas podían administrar la tierra enteramente y obtener los ingresos de los cultivos. Las organizaciones colectivas se encargaban de proveer servicios de coordinación y organización.

El nuevo sistema liberó el entusiasmo de los agricultores por la producción, aumentó considerablemente la productividad de la tierra y supuso un impulso decisivo a la reducción de la pobreza.

## El crecimiento económico y la pobreza

El formidable despegue del país a partir de 1978, con la liberalización del mercado y la apertura de la economía al mundo y al capital extranjero, supuso la mejora de la calidad de vida de cientos de millones de pobres.

La reducción de la pobreza desde 1978 se puede dividir en tres periodos en los que el balance entre la reducción provocada por el crecimiento y la causada por las políticas específicas fue evolucionando desde la completa dependencia del crecimiento a un mayor papel de la política.

## 1978-1985: la explosión de los ingresos

Los primeros años de la reforma fueron de un explosivo crecimiento de los ingresos, especialmente en las áreas rurales donde comenzó la reforma.

La agricultura colectiva se fue poco a poco desmantelando, dando incentivos a los campesinos para trabajar más duro y aumentar la

producción. Se reformaron los precios agrícolas y se permitió a los agricultores vender al menos parte de su cosecha a precios más altos.

Los ingresos crecieron a una media del 15,2% anual en este periodo, antes de que empezase la tendencia de emigración rural-urbana, mientras el número de pobres se reducía la mitad.

En esta fase no había programas específicos de reducción de la pobreza. El objetivo era permitir incentivos y reformas de precios para estimular el crecimiento, sobre todo en el este del país.

«Las áreas costeras, que comprenden una vasta región con una población de 200 millones, deben acelerar su apertura al mundo exterior y primero tenemos que ayudarlas a desarrollarse deprisa; después ellas pueden promover el desarrollo del interior», dijo Deng.

En estos años crecieron mucho los ingresos, pero también las desigualdades entre la población. Además, el desmantelamiento de las comunas también afectó a la educación rural básica y los servicios de salud.

## 1986-2000: LOS PRIMEROS PROGRAMAS ESPECÍFICOS

En 1986 el Gobierno crea el llamado Grupo Líder para la Reducción de la Pobreza (GLRP) encargado de coordinar y supervisar todos los sectores, iniciativas y fondos que surgieron a mediados de los ochenta para luchar contra la pobreza.

Se lanzaron los primeros programas nacionales específicos contra ella, centrados en la asistencia a los hogares pobres, incluidos préstamos subsidiados, apoyo a los cultivos comerciales e inversión en sistemas de regadío y otras infraestructuras.

También se creó el programa de «comida por trabajo», que absorvió la mano de obra excedente rural para trabajar en el desarrollo de infraestructuras de las regiones más pobres.

Comenzaron gradualmente las transferencias de fuerza laboral rural a las ciudades. La participación en el ingreso rural de los miembros de la familia que emigraron pasó del 13,2% en 1985 al 30,4% en 2001. Esto tuvo incidencia también en la reducción de la pobreza rural.

El sistema de registro urbano *hukou* impedía que la mayoría de los emigrantes tuviesen acceso a los servicios educativos en las ciudades, por lo que sus hijos se quedaron mayormente con sus abuelos en el campo.

En 1994 los pobres eran todavía 80 millones, según la línea oficial. En ese momento se crearon nuevos programas a los que se destinaron más fondos, entre ellos el plan 8-7 que pretendía sacar de la pobreza a esos 80 millones en siete años, hasta el año 2000. Se basaba en ayudas y préstamos sin interés a las actividades de producción de altos ingresos como el cultivo comercial o los árboles frutales, continuar los programas de «comida por trabajo» para mejorar la infraestructura rural, conceder fondos directos de ayuda o apoyar la educación primaria y los servicios de salud básicos.

En 2001, el Gobierno anunció que la gente bajo el umbral de la pobreza se había reducido a 30 millones, de acuerdo con la línea de 1985 ajustada a la inflación.

## 2001-2012: EL «NUEVO CAMPO SOCIALISTA»

En esta década, la política de desarrollo rural se convirtió en una gran prioridad nacional.

En el 16 Congreso de 2002, cuando Hu Jintao fue elegido secretario general, se introdujo el concepto del «nuevo campo socialista», que llevó dos años después a abolir la tasa agrícola, un paso decisivo para mejorar la vida en el campo. Esa tasa había sido parte de la vida campesina durante milenios y la mayor fuente de ingresos fiscales del Gobierno. Su supresión supuso el reconocimiento de que el desarrollo urbano y sus ingresos eran mucho mayores que los rurales, especialmente tras el ingreso de China en la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2000.

Se lanzaron varias iniciativas para mejorar los servicios rurales, tratando de corregir los déficits creados cuando se abolieron los colectivos agrícolas en 1978. La educación hasta los nueve años se hizo obligatoria para todos los habitantes urbanos y rurales.

En el año 2000 se creó el «Programa de Reducción de la Pobreza Rural del Nuevo Siglo», centrado en los planes de desarrollo integral participativo de 150.000 pueblos a través de préstamos baratos, apoyo a las empresas emergentes con grandes capacidades para acceder al mercado (cabezas de dragón) y una continua inversión en infraestructuras.

La importancia de la emigración rural-urbana se enfatizó con programas de formación para potenciales emigrantes y la creación de centros de servicios de migración en las ciudades y en el campo.

Fue un periodo en que se reforzó el papel del Gobierno en la reducción de la pobreza y empezó a verse el cambio de un enfoque dependiente del crecimiento a otro basado en políticas específicas.

China constató que el crecimiento y el mercado por si solos no beneficiaban a todos los habitantes y lugares del país, por lo que se hacía necesaria la intervencion del Gobierno para atender las brechas de desigualdad.

El GLRP revisó la lista de 592 condados pobres clave, que llevaba invariable desde 1994. Designó 14 regiones como «regiones contiguas pobres», que incluían 11 zonas montañosas en todo el país, además de la entera Región Autónoma del Tíbet, todas las áreas administrativas autónomas de minoría tibetana en las cuatro provincias que la bordean y tres prefecturas de Xinjiang.

## 2012-2020: EL «ENFOQUE PRECISO» DE XI JINPING

A finales de 2012, en función de la nueva línea de la pobreza de 2.300 yuanes anuales (362 dólares) establecida en 2011, había en el país 98,99 millones de pobres.

Tras más de 30 años de fuerte crecimiento económico, las regiones pobres que quedaban eran aquellas cuya capacidad para aprovechar el crecimiento y las fuerzas del mercado para beneficiarse del desarrollo económico era muy limitada. Estaban situadas en los más remotos lugares del país, con grandes obstáculos geográficos para acceder a servicios y mercados.

Muchos de los pobres que quedaban pertenecían a grupos étnicos minoritarios, con barreras lingüísticas y culturales para integrarse en una economía más grande.

Era la tarea más díficil y complicada, que no se podía llevar a cabo con ideas y enfoques convencionales.

En el Congreso de octubre de 2012, Xi es elegido nuevo secretario general y un año después, en Hunan, propuso por primera vez el concepto del «enfoque preciso» para la reducción de la pobreza, que tomaba en cuenta las condiciones específicas de cada una de las distintas zonas pobres. «El enfoque preciso es el arma secreta para nuestro triunfo en la batalla contra la pobreza», dijo Xi, que convirtió esa idea en el sello de sus políticas los próximos años.

Se activó una enorme movilización de todos los sectores del país para la batalla contra los núcleos de pobreza más persistentes.

Después de hacer una encuesta nacional para identificar los hogares, municipios y condados pobres, 800.000 funcionarios del Partido y la administración pública fueron enviados a los rincones más apartados del país. Los años siguientes se movilizó a otros dos millones de personas.

Cerca de 30 millones de hogares y 90 millones de personas pobres fueron identificados. Se creó una base de datos con un archivo específico para cada familia, de modo que se pudiese seguir el progreso de mejora de los estándares de vida y la reducción de la pobreza.

En junio de 2015 Xi estableció por primera vez el objetivo de lograr la eliminación total de la pobreza extrema en 2020 y destacó que ese era un componente clave para conseguir «una sociedad moderadamente próspera (*xiaokang*) en todos los sentidos», la principal meta del país para ese año.

Ese objetivo se incorporó al decimotercer plan quinquenal de 2016. Los planes quinquenales guían la política china y su desarrollo económico y social desde 1953, aunque la planificación detallada a largo plazo de las políticas era ya habitual en el periodo dinástico. Permiten al país establecer objetivos de largo alcance más allá de las situaciones coyunturales. Propósitos que implican tanto a las administraciones centrales como a las locales.

Los planes son elaborados por grupos de expertos industriales y universitarios en los diferentes asuntos y en su elaboración participan también los ciudadanos expresando sus opiniones a través de redes sociales como la popular aplicación de mensajería china WeChat.

El GLRP publicó una actuación detallada con objetivos vinculantes en áreas clave: el número de pueblos y condados se reduciría a cero, 9,8 millones de personas serían realojadas y se renovarían o eliminarían todas las casas inseguras de los hogares pobres.

Combinaba un masivo desplazamiento de recursos humanos y financieros a las zonas menos desarrolladas con la implementación de planes específicos para cada pueblo, con el fin de eliminar los factores que se habían identificado como responsables de la pobreza.

El acceso a agua corriente central debía llegar en 2020 a más del 83% de los hogares pobres. La tasa de escolarización obligatoria se elevaría al

menos al 93%.

## Una movilización masiva

Para acabar con los casi cien millones de pobres que aún vivían en las zonas más atrasadas y apartadas del país se activó una gran movilización en la que participaron todos los sectores sociales y económicos.

Las administraciones se implicaron a todos los niveles: central, regional, de condados y de municipios. También se involucraron las empresas y las ciudades pujantes, las asociaciones civiles, las universidades e incluso el Ejército. A ello se sumó una intensa colaboración del este desarrollado con el centro y el oeste del país.

Desde 2013, más de tres millones de funcionarios del partido y la administración se desplazaron al campo para analizar la distribución de la gente, sus necesidades, las causas de la pobreza y la forma de acabar con ella. Permanecieron allí durante años, viviendo junto a los campesinos y atendiendo sus demandas. Cerca de 1.800 murieron en ese tiempo, la mayoría a causa de enfermedades y accidentes causados por las dificultades del terreno.

También numerosos profesionales y empresarios en sectores como la educación, la ciencia y la tecnología, la salud o la cultura se desplazaron a las regiones pobres para colaborar en los programas. Muchos graduados universitarios volvieron a sus lugares de origen para ayudar a sus pueblos.

Aunque la pobreza estaba definida en términos de ingresos, el enfoque del Gobierno fue multidimensional.

En el decimotercer plan quinquenal de 2016 se establecieron las llamadas «dos seguridades y tres garantías» que debían cubrir el programa antipobreza. Las dos seguridades se vinculaban a asegurar la alimentación y la ropa, mientras las tres garantías se referían a proporcionar tres servicios considerados básicos: educación, salud y vivienda.

El plan se centró en cinco actuaciones clave.

### 1. *Impulso de la producción*

Considerar el desarrollo económico local como el método más directo y efectivo para salir de la pobreza. Dotar las zonas pobres de la capacidad

para desarrollarse independientemente e incentivar que las personas pobres pudiesen encontrar empleo en sus lugares de residencia.

a) Potenciar actividades económicas de acuerdo con los recursos disponibles en cada lugar.
b) Fomentar nuevas formas de negocio y nuevas industrias como el comercio electrónico, la energía fotovoltaica y el turismo.
c) Incentivar el consumo de productos y servicios de las áreas empobrecidas.
d) Facilitar la transferencia de industrias alimentarias, textiles y otras de fuerza laboral intensiva desde las regiones orientales hasta las occidentales.

En el marco de esta actuación, se construyeron más de 300.000 bases industriales para la creación de nuevas industrias. Se crearon 12.000 y 719.000 cooperativas de agricultores. El 72% de los hogares pobres estableció vínculos con nuevos tipos de negocio agrícola. En zonas con los recursos y las condiciones apropiados, el Gobierno financió la construcción de plantas fotovoltaicas, que pasaron a ser propiedad colectiva de los pueblos. Los ingresos de las mismas se emplearon íntegramente para objetivos relacionados con la reducción de la pobreza. A finales de 2020, 100.000 pueblos contaban con estaciones fotovoltaicas, que generaban un total de 18,65 millones de kilovatios de electricidad y un ingreso medio anual de 200.000 yuanes para cada pueblo. Sus beneficios se usaron para crear trabajos públicos, financiar pequeños programas de bienestar social y ofrecer bonos y subsidios.

El comercio electrónico experimentó un empuje decisivo. Los 832 condados pobres fueron incluidos en los proyectos para su introducción en el medio rural y el número de negocios de comercio electrónico en esos condados prácticamente se triplicó en cuatro años, pasando de 1,32 millones a 3,11. Fue ejemplar el caso de la ciudad de Longnan, en la provincia de Gansu, que se convirtió en una de las líderes nacionales del sector, con 14.000 tiendas en línea en 2020. Los ingresos derivados del comercio electrónico en el campo se duplicaron en apenas cinco años.

El Gobierno lanzó pequeños créditos sin necesidad de garantía de menos de 50.000 yuanes a bajo interés para la reducción de la pobreza focalizados en los eslabones más débiles, que impedían a los pobres emprender un

negocio. Fueron usados por 15 millones de hogares.

## 2. *Realojamiento*

Mucha gente pobre vivía en zonas muy difíciles para la vida, a grandes altitudes o en muy duras condiciones geográficas sujetas a frecuentes desastres naturales, con las que salir de la pobreza era prácticamente imposible.

Más de 9,6 millones de personas de áreas inhóspitas fueron realojadas en lugares más habitables y adecuados para encontrar un trabajo. Sus antiguas casas se convirtieron en tierras de cultivo o fueron reforestadas. En los lugares de realojamiento, la gran mayoría de nueva construcción, se crearon equipamientos de apoyo, parques industriales y talleres para crear empleo.

Según el Gobierno, el realojamiento fue voluntario y se respetó la decisión de la gente pobre a la hora de dejar sus tierras. Sólo fueron realojados aquellos que accedieron a ello, que firmaron un contrato individual para su traslado, de acuerdo con los datos oficiales.

China construyó 35.000 asentamientos de realojamiento y 2,66 millones de casas para las familias, junto con 6.100 guarderías y escuelas de primaria y secundaria, 12.000 hospitales y centros de salud de comunidad, 3.400 instalaciones de cuidado de ancianos y 40.000 centros o espacios culturales que fueron construidos o mejorados.

De todos los realojados con capacidad para trabajar, un 73,7% encontró trabajo, lo que supone que un 94,1% de las familias dispone al menos de un miembro con empleo.

## 3. *Compensación ecológica*

Muchos pobres con capacidad de trabajar recibieron empleo en oficios ecológicos, como el de guardas forestales, a los que se incorporaron 1,1 millones de personas. Desde 2013, un total de 4,97 millones de hectáreas de tierra se convirtieron en bosques y pastos y se crearon 23.000 cooperativas o equipos de reforestación.

Por medio de la participación en proyectos de reforestación y el trabajo en el turismo forestal, los pobres aumentaron sus ingresos y contribuyeron también a mejorar el medio ambiente en sus regiones.

## 4. *Educación*

Impedir que la pobreza se transmitiese de una generación a otra por una educación deficiente era clave.

Se mejoraron las condiciones de muchas escuelas y la formación de los profesores rurales. Los 200.000 abandonos de la enseñanza obligatoria entre las familias pobres retornaron a las clases.

La formación profesional recibió un gran impulso: más de ocho millones de estudiantes pobres de enseñanza media recibieron formación profesional y 5,14 millones educación superior.

El Gobierno ofreció formación en mandarín escrito y hablado a 3,5 millones de profesores rurales y jóvenes agricultores y ganaderos en áreas de minorías étnicas, con el fin de darles herramientas para hacerles más competitivos en el mercado laboral.

El número de escuelas en áreas pobres conectadas a internet aumentó exponencialmente. Todas las escuelas de primaria y secundaria de China disponen ya de acceso a internet y más del 95% han sido equipadas con clases multimedia.

Casi un millón de profesores se desplazaron a trabajar como educadores en áreas pobres a través del Programa de Puestos Especiales destinado a licenciados. De ellos, 190.000 fueron a apoyar a los colegios en áreas pobres remotas y zonas fronterizas habitadas por minorías étnicas.

Un total de 1,27 millones de profesores de más de 80.000 escuelas se beneficiaron de un programa que concede subvenciones especiales a los maestros rurales en zonas de extrema pobreza.

También se puso en marcha un plan para mejorar la nutrición de los estudiantes de la enseñanza obligatoria, que benefició a 40 millones de alumnos.

## 5. *Subsidios*

Pese a las políticas adoptadas, mucha gente no podía salir de la pobreza por su propia iniciativa, debido a diversos motivos, entre ellos el de no poder valerse por sí misma por algún tipo de discapacidad.

El Gobierno concedió a estas personas una prestación de subsistencia, que ha pasado de 2.068 yuanes en 2012 a 5.962 yuanes en 2020.

Además de estas cinco actuaciones clave, otra área fundamental de actuación fue la de la salud.

Las zonas pobres recibieron a 118.000 trabajadores de salud para crear centros sanitarios de proximidad, muchos con la inclusión de nuevas tecnologías.

Más de 60.000 estudiantes se inscribieron en un programa que ofrece formación gratuita a estudiantes de Medicina que trabajan con las instituciones médicas rurales.

La telemedicina cubre ya todos los condados pobres y se ha introducido en los ambulatorios municipales.

## Dos billones de dólares para acabar con la pobreza

La inversión del Gobierno y la sociedad china a múltiples niveles en la lucha contra la pobreza, sobre todo en la última década, ha sido enorme.

Las partidas se han ido elevando de forma gradual, especialmente para eliminar la pobreza en los lugares más díficiles. Entre 2012 y 2018 los fondos asignados por el Gobierno central se duplicaron.

En total, el gasto de las administraciones centrales, provinciales y de los condados fue de cerca de 1,6 billones de yuanes (160.000 millones de dólares). Si se añaden los créditos a gran escala, los pequeños préstamos, los fondos de asistencia del este al oeste y la inversión de las empresas de las regiones más desarrolladas, la suma alcanza los 12 billones de yuanes, casi dos billones de dólares.

Más de 300 condados del este del país ofrecieron ayuda a casi 600 condados en el centro y el oeste.

De 2015 a 2020, nueve unidades administrativas a nivel provincial de la costa oriental invirtieron más de 100.500 millones de yuanes en fondos de asistencia en sus áreas emparejadas pobres y movilizaron 22.000 empresas locales para invertir 1,1 billones de yuanes allí.

Las empresas y las administraciones de las áreas costeras se intercambiaron para la formación de funcionarios y personal técnico.

El este del país también prestó apoyo en la asistencia específica a regiones habitadas por minorías étnicas con complicados problemas de pobreza como Tíbet, Xinjiang y Qinghai.

Además, las empresas privadas de las más desarrolladas zonas costeras

orientales ofrecieron asistencia precisa focalizada cooperando en el establecimiento de industrias y negocios y el acceso a la educación.

Más de 100.000 compañías participaron en esa actuación, de la que se beneficiaron 18 millones de personas.

## Los resultados

Los ingresos de las personas pobres registradas se duplicaron entre 2013 y 2020, pasando de 6.079 yuanes a 12.588 yuanes, un aumento de más del 11,6% anual de media. El crecimiento fue 2,3 puntos superior al de la media nacional del campo. Desde 2015 el incremento anual per cápita ha sido un 7% mayor que el de la media nacional.

Los ingresos por salario y operativos se mantuvieron creciendo en proporción al ingreso por transferencia, lo que muestra una capacidad mayor de salir de la pobreza a través del propio esfuerzo sin necesidad de depender de los familiares emigrados.

De 2016 a 2020, en las cinco regiones autónomas (Mongolia Interior, Guangxi, Tíbet, Ningxia y Xinjiang) y las tres provincias con gran población multiétnica (Guizhou, Yunnan y Qinghai) el número de pobres se redujo en 15,6 millones.

El acceso gratuito a los nueve años de educación obligatoria (seis de educación primaria y tres de secundaria) se ha extendido a todas las zonas. No se han producido nuevos abandonos en el campo por dificultades financieras. El grado de conclusión en 2020 fue del 94,8%.

Todas las poblaciones pobres tienen ahora acceso a seguro médico básico, seguro de enfermedades críticas y asistencia médica. La cobertura de seguro médico básico para los pobres alcanzó el 99,9%. Se ha resuelto el problema de difícil o costoso acceso a tratamiento médico para los pobres.

El sistema de seguridad social chino está formado por una serie de mecanismos que, en su conjunto, están diseñados para llegar a toda la población.

Actualmente, cerca del 95% de sus habitantes están cubiertos por el seguro básico de asistencia médica. Toda persona que alcance la edad de jubilación, que en China es de sesenta años para los hombres y cincuenta y cinco para las mujeres –cincuenta y cinco y cincuenta, respectivamente, si su trabajo requiere un especial esfuerzo físico–, tiene derecho a una pensión

básica con independencia de que haya contribuido o no. Para las pensiones contributivas el trabajador y el empresario realizan una aportación mensualmente. La inmensa mayoría de la población está cubierta por estos dos pilares del sistema.

En 2022, el Gobierno anunció un nuevo sistema de pensiones privadas que permitirá aportaciones voluntarias a un fondo de inversión en productos financieros «estables».

Con la renovación de las casas deterioradas en los lugares más remotos se garantizó una vivienda segura. Desde 2013, se renovaron 7,9 millones de casas de hogares pobres. Se ofreció además ayuda para mejorar sus casas a más de diez millones de familias con dificultades económicas, de pobreza severa o con miembros con discapacidad.

Las infraestructuras de las zonas pobres se mejoraron considerablemente, entre ellas el suministro de agua potable y corriente, el alcantarillado, la recogida de basura y el tratamiento de aguas residuales.

A finales de 2020 se habían construido en las áreas pobres 1,1 millones de kilómetros de carreteras y 35.000 kilómetros de vías férreas. Todos los pueblos y municipios en zonas pobres fueron conectados con carreteras pavimentadas y con rutas de autobuses y servicio postal.

Desde 2016, la superficie eficientemente irrigada en las áreas pobres ha crecido en más de 5,35 millones de hectáreas y la capacidad de suministro de agua se ha incrementado en 18,1 miles de millones de metros cúbicos. La cobertura de agua corriente aumentó del 70% en 2015 al 83% en 2020.

Se han construido nuevos tendidos eléctricos para llevar la energía a zonas sin electricidad. Casi todas las áreas remotas y rurales están conectadas ahora a la red eléctrica.

La infraestructura de comunicación se ha extendido a las zonas pobres. El 98% de los pueblos tienen acceso a comunicación por fibra óptica y tecnología móvil 4G. Esto ha permitido extender la educación a distancia a más escuelas rurales y que la telemedicina y el comercio electrónico llegasen a los condados más remotos.

Más de cien mil escuelas se han renovado para reforzar la educación obligatoria en las áreas pobres y se ha garantizado que todos los niños en edad escolar del campo dispongan de guarderías y educación elemental en sus propios pueblos.

Las mejoras de infraestructura han resuelto muchos problemas históricos

que mantenían a muchas regiones atrapadas en la trampa de la pobreza. Han contribuido además a diversificar la economía. La mejora de los ingresos ha aumentado la demanda de actividades culturales y de ocio, lo que ha estimulado la economía doméstica.

## El 70% de los pobres globales

Desde el comienzo de la reforma y apertura en 1978, China ha sacado de la pobreza a 770 millones de personas, lo que supone más del 70% del total global en el mismo periodo de acuerdo con el estándar de pobreza del BM. Logró el objetivo de eliminación de la pobreza marcado por la Agenda 2030 de la ONU para el Desarrollo Sostenible diez años antes de lo previsto.

El progreso chino ha reducido considerablemente la pobreza en el mundo y acelerado notablemente la velocidad de reducción global.

El secretario general de la ONU, António Guterres, consideró que se trataba de una contribución significativa para crear el mundo más próspero y mejor que persigue la Agenda 2030. «Este extraordinario resultado es una razón para la esperanza y la inspiración de la entera comunidad de naciones», destacó Guterres.

Según el BM, la iniciativa china de las Nuevas Rutas de la Seda –la Franja y la Ruta (conocida por BRI, por sus siglas en inglés)– ayudará a 8,7 millones de personas a salir de la extrema pobreza y a 34 millones a salir de la pobreza moderada.

China ha apoyado 600 proyectos de desarrollo en otros países, 100 de ellos específicamente de reducción de la pobreza. Ha suministrado 100.000 millones de dólares en ayuda para acabar con la pobreza a países en desarrollo, además de otros 60.000 millones de dólares de apoyo a África en forma de asistencia.

# IV

# LA LUCHA CONTRA LA DESIGUALDAD

La gente es la base de un país
como un árbol depende del suelo.
Si el suelo es profundo
soportará las ramas que se extienden.
Si el suelo es pobre, el árbol languidecerá.

Han Shan (siglo IX), poeta de la dinastía Tang

## La riqueza y la desigualdad

Décadas de liberalización económica e industrialización han creado una extraordinaria riqueza en el país. El PIB per cápita se ha multiplicado por más de 30 en los últimos 30 años y casi por tres en los últimos diez, lo que ha llevado a un gran aumento de la clase media, pero también al de la desigualdad.

El vertiginoso crecimiento de China generó grandes desigualdades entre los ciudadanos, las regiones, el campo y la ciudad. Estos contrastes se fueron acentuando desde el comienzo del proceso de reforma en 1979 hasta bastante entrada la primera década del nuevo milenio, aunque comenzaron a corregirse a partir de 2010.

Según el último informe de Credit Suisse, publicado en septiembre de 2022, el ciudadano medio de China era más rico en 2021 que el adulto medio de Europa en su conjunto.

La riqueza media de cada persona china había crecido desde 2000 a una media de un 14,5% anual desde comienzos del siglo XXI, multiplicándose por ocho desde entonces, de acuerdo con ese estudio.

También señala que en 2021, en China había 32.710 personas con una fortuna mayor de 50 millones de dólares, mientras que en EEUU eran 140.000. El número de estos ultrarricos había crecido ese año y el anterior –los dos de la pandemia– más de un 50% en todo el mundo.

En China, el 1% más rico poseía el 30,6% de la riqueza del país frente al

20,9% dos décadas atrás, según Credit Suisse.

Se estima que el país asiático tiene actualmente una clase media de más de 350 millones de personas, que se prevé que llegue a 500 millones en 2025.

La desigualdad en China es menor que en EEUU y que en muchos países latinoamericanos y africanos, pero mayor que en los países europeos. Según el BM, el índice de Gini, que mide la diferencia de ingresos, ha pasado del 43,7 en 2010 al 38,5 en 2016, último año del que se disponen datos.

Cuanto más alto es el índice entre 0 y 100 mayores son las diferencias de ingresos en una sociedad. Un nivel de 40 se considera habitualmente como la línea roja para la desigualdad.

En EEUU, pasó del 40 en 2010 al 41,1 en 2016, de acuerdo con el BM, haciendo que China le haya superado también ese ese aspecto en la última década.

Países como España –al igual que la mayoría de los de la UE– tienen índices menores, aunque no han dejado de crecer en los últimos años desde el 31,8 en 2003 hasta el 35,2 de 2010 y el 35,8 de 2016, según los datos del BM.

La Oficina Nacional de Estadísticas de China (ONE), que también calcula su propio barémo de desigualdad basado en el índice de Gini, aseguró que el coeficiente que mide la diferencia de ingresos ha permanecido invariable entre 2016 y 2019.

Pero no sólo la diferencia de ingresos general es clave en China, las distinciones entre campo y ciudad o entre regiones desempeñan un papel fundamental en la distribución equitativa de la riqueza. La diferencia entre los ingresos per cápita de los residentes urbanos y los rurales chinos ha comenzado a descender en la última década, tras registrar un fuerte ascenso desde 1978 hasta la primera década de este siglo.

Sin embargo, aunque las desigualdades en ingresos se han reducido en la segunda década de 2000, las diferencias de riqueza lo han hecho en menor medida.

El índice de Gini que mide la disparidad de riqueza creció considerablemente en la primera década de este siglo desde el 0,450 de 1995 hasta el 0,720 de 2013 para bajar posteriormente hasta el 0,704 en 2020, frente al 0,850 de EEUU o el 0,644 de Japón.

Los ricos chinos son, en su mayoría, empresarios cuya fortuna proviene

del desarrollo de compañías privadas, el mercado inmobiliario o las finanzas. También algunas superestrellas del espectáculo y el entretenimiento, que obtienen salarios y beneficios desorbitados, algo que se ha empezado a corregir en 2021.

Cuanto más ricos son, más posibilidades de que ganen más dinero o incrementen su fortuna. Por ello la brecha de la riqueza resulta tan difícil de corregir, aunque se consiga reducir la diferencia de ingresos, tanto en China como en otros lugares.

Los expertos advierten de que la reducción de las desigualdades es una tarea compleja a largo plazo en la que no se pueden esperar progresos en varios indicadores en poco tiempo. Y alertan de que la redistribución debe procurar no afectar a la eficiencia económica o frenar el crecimiento.

## La prosperidad compartida

Una vez erradicada la pobreza extrema, el Gobierno chino propuso en 2021 centrarse en conseguir la «prosperidad común o compartida», un nuevo objetivo a largo plazo en el horizonte, convertido en la «principal prioridad» de la sociedad china para los próximos años.

La prosperidad común es una expresión íntimamente vinculada a los pensadores chinos de la Antigüedad, formulada ya por Confucio hace miles de años en su idea del Datong o Gran Comunidad y que recogieron posteriormente otros filósofos utópicos chinos como Kang Youwei a principios del siglo XX.

Para Confucio, la sociedad Datong sería aquella «en la que cada persona se dedica a servir el bien común de todos en lugar de buscar única o principalmente su propio beneficio o el de sus familias». Una sociedad en la que la virtud confuciana de la benevolencia o el amor (*ren*) es la empleada mayormente por todos los integrantes de la sociedad. La práctica del *ren* comienza por los miembros de la familia de cada uno, de ahí la importancia de las relaciones entre ellos y de la virtud de la piedad filial en la cultura china. Pero, a partir de ahí, debe extenderse para incluir a más y más gente hasta abrazar «todo bajo el cielo».

El Datong, de acuerdo con la concepción confuciana expresada en el *Libro de los Ritos,* sería la sociedad en la que el bien común prevalece o la que representa la propia materialización de la idea del bien común.

Pero Kang, dos mil años más tarde, mientras se ponía punto final a las dinastías y se abría paso la primera república china, fue mucho más lejos. Según argumentó en su *Libro del Datong (Datong shu),* mantener Estado y familias era permitir a cada individuo quedarse con una esfera de egoísmo, por lo que no sólo el primero debía abolirse, sino que tenían que desaparecer también las diferencias familiares, de forma que no hubiese más desigualdades en el amor y la afectividad entre las personas. Finalmente, el egoísmo se desterraría también para que los bienes y servicios no fuesen usados con fines privados. Este utopista chino, pionero en la defensa de los derechos de las mujeres, pensaba que el único camino auténtico era el de compartir el mundo en común por todos y tratar a cada uno de igual forma, sin segregaciones o desigualdades por raza, riqueza o sexo. No existiría la propiedad privada, sólo la propiedad en común.

El socialismo basado en las ideas tradicionales de la filosofía china de Kang tuvo una notable influencia en la China de principios del siglo XX y también en los comunistas que cobraron fuerza poco después, entre ellos Mao.

La prosperidad común, tal como la entienden ahora los líderes chinos, es lograr una sociedad próspera que comparta la gran mayoría de su riqueza entre todos. No excluye, sin embargo, la existencia de millonarios ni de diferencias de ingresos entre sus integrantes. Pero pone el foco en que toda la población pueda acceder a unos servicios sociales de calidad y en que se reduzcan considerablemente las desigualdades económicas, sociales, regionales o culturales.

Es una ambiciosa y compleja tarea que requerirá tiempo y constantes ajustes para que la distribución no acabe afectando al crecimiento económico. La fecha tope para alcanzar esa meta se ha fijado en 2049, fecha en que se cumplirán 100 años de la creación de la República Popular.

## La «nueva era» del socialismo con características chinas

Durante gran parte de las últimas cuatro décadas, la prioridad de los administradores chinos fue acelerar el crecimiento económico, que se consideraba clave, también para poder reducir la pobreza.

En el 19 Congreso del PCCh, en octubre de 2017, Xi anunció que el país había entrado en una «nueva era», marcada por una nueva fase del

desarrollo, centrada en la calidad del crecimiento. Con ello, el presidente daba por cerrado el periodo de reforma y apertura caracterizado por reformas del mercado, internacionalización y rápido, pero desequilibrado, crecimiento económico. Ahora que algunos chinos se habían vuelto ricos era tiempo, como ya había dicho Deng Xiaoping al comienzo del proceso, de incorporar a aquellos que se habían quedado atrás. La «nueva era» debía estar basada en un crecimiento más inclusivo en lugar de centrarse como hasta ahora en los objetivos de crecimiento del PIB.

En una reunión del Comité Central para Asuntos Económicos y Financieros en agosto de 2021, Xi introdujo por primera vez el concepto de prosperidad común, que ya habían usado antes otros líderes chinos en diferentes contextos. Mao lo había citado en 1950 y Deng Xiaoping, al promover la reforma y apertura en 1980, había destacado que permitir a algunos campesinos hacerse ricos primero era «una política práctica para conseguir la prosperidad común». Esa idea ha pasado ahora a un primer plano y se ha convertido en el eje central de las políticas chinas a largo plazo, tal como lo fue la eliminación de la pobreza en la pasada década.

Xi fijó unos plazos en el tiempo para alcanzar lo que llamó «el gran rejuvenecimiento de la nación china», centrado en el desarrollo y la reducción de la desigualdad:

- En 2025, aseguró, se habrán adoptado sólidos pasos para la prosperidad común para todos y la brecha de ingresos tendrá que haberse reducido gradualmente.
- En 2035 será más evidente un «progreso sustancial» en la reducción de las desigualdades y los servicios públicos básicos estarán homogeneizados.
- En 2050, según el plan, la prosperidad común se alcanzaría y la brecha entre ingresos y niveles de consumo de los residentes se habría reducido a un «rango razonable».

Los objetivos a años vista que se fija China no suelen ser palabras retóricas vacías. Todas las instancias y niveles administrativos se vuelcan en alcanzarlos, lo que ha hecho que el país haya cumplido prácticamente cada meta que se ha propuesto a largo plazo.

«La prosperidad común de la que hablamos es el bienestar de toda la gente, tanto en la vida material como espiritual, no la prosperidad de unos

pocos ni un igualitarismo uniforme», destacaron los documentos de la reunión de agosto de 2021, que insistieron en la necesidad de una equitativa distribución de los ingresos y continuar mejorando la educación y la atención sanitaria.

China sabe mejor que nadie que la «mano invisible» del mercado no basta por sí sola para corregir los desequilibrios y desigualdades que provoca.

«Conseguir la prosperidad común es más que un objetivo económico. Es una cuestión política mayor en la que se basan los fundamentos de la gobernanza de nuestro partido. No podemos permitir que la brecha entre los ricos y los pobres continúe creciendo, que los pobres sigan siendo pobres mientras los ricos continúan haciéndose más ricos», dijo Xi en enero de 2021.

## Las elites económicas no gobiernan en China

También se han repetido las llamadas a la responsabilidad de las compañías privadas con el país, algo que, desde los tiempos de Deng, han interiorizado las empresas chinas.

El desarrollo y la riqueza de las regiones del este del país en primer lugar debían servir para ayudar posteriormente a las zonas más pobres del centro y el oeste.

Las empresas privadas, que florecieron sobre todo en las pujantes regiones junto al mar, son conscientes de que deben colaborar en la distribución de la riqueza acumulada. Y así quedó patente en su intensa colaboración en los programas para reducir la pobreza.

Se trata de algo difícil de entender desde la perspectiva occidental de maximización de los beneficios, en un mundo además dominado por las grandes corporaciones, que dictan las políticas a su antojo.

En China, las grandes empresas y grupos financieros, las elites económicas en suma, no son los que gobiernan el país, como sucede cada vez más en Occidente, donde la política tiene cada vez menos margen de maniobra frente al gran capital.

El Partido es el que gobierna, a través de un sistema meritocrático que posibilita que sean las cabezas más preparadas las que lleguen a los puestos decisivos del poder. Y el Partido –por su historia, su tradición y su forma de organizarse– no obedece a intereses personales o de grupos de presión. La

excepción son los casos de corrupción, menos habituales que en Occidente, pero también presentes en algunos periodos y contra los que se ha combatido duramente desde la llegada de Xi al poder.

Más de 4 millones de cuadros de la administración o del Partido y cerca de 500 altos cargos a nivel central y provincial han sido investigados y castigados, muchos de ellos con penas de prisión, desde 2012. Sólo en 2020, las entidades de inspección investigaron cerca de 618.000 casos a lo largo del país.

El más importante de los órganos en la lucha contra la corrupción, el Comité Central para la Inspección de la Disciplina (CCDI), tiene incluso su propio programa de televisión llamado *Tolerancia cero*, un espacio popular entre los chinos que muestra los detalles de su trabajo y expone en ocasiones la vida opulenta de algunos altos cargos.

La campaña anticorrupción ha incluido a todo tipo de cargos del Partido y la administración a cualquier nivel –«tigres» y «moscas», como son conocidos– y ha alcanzado también a dirigentes considerados próximos a Xi, lo que ha contribuido a mejorar la percepción pública de su Gobierno.

Al margen de los casos de corrupción, los intereses personales o de grupos de presión corporativos no influyen en la política china, que establece sus meditados objetivos a largo plazo sin depender de situaciones coyunturales, en función de criterios de eficiencia y de interés general, como refleja la evolución del país en las últimas décadas.

De igual modo, el principal interés de una compañía china no es sólo el de obtener beneficios a cualquier precio. El sentido de colectividad y la noción del bien común forman parte del ADN de cualquier actor social, incluidas las empresas, en fuerte contraste con el individualismo occidental.

En la idea de la prosperidad compartida se incluye la obligación de las corporaciones y los grupos de altos ingresos de devolver a la sociedad y contribuir al bienestar general en forma de donaciones y programas de apoyo financiero.

Esta es una muestra de las aportaciones realizadas por grandes empresas en 2021 para apoyar proyectos contra las desigualdades:

• El gigante tecnológico Tencent donó en agosto 7.700 millones de dólares contra la desigualdad para programas de apoyo a grupos de bajos ingresos, la revitalización rural, la salud y la educación tras haber comprometido

cuatro meses antes una cantidad similar.

• Alibaba ha anunciado que invertirá 15.500 millones de dólares hasta 2025 para iniciativas de prosperidad común, lo que supone casi tres cuartas partes del beneficio neto de la empresa en 2020.

• La compañía de comercio electrónico rural Pinduoduo, que cotiza en el Nasdaq, donó al desarrollo agrícola el beneficio de su segundo trimestre de 2022 y los siguientes hasta que la suma alcanzase los 10.000 millones de yuanes (1.500 millones de dólares). Su fundador, Colin Huang, anunció que dejaba la presidencia tras donar 1.850 millones en acciones.

• El fundador de Meituan, Wang Xing, cedió acciones de su empresa por valor de 2.270 millones de dólares para promover la investigación científica y la educación.

• He Xiangjian, de la empresa de electrodomésticos Midea ofreció 975 millones de dólares a la lucha contra la pobreza, la medicina pública y la cultura. Xu Jiayin, de la inmobiliaria Evergrande hizo lo propio con 370 millones de dólares.

• El fundador de ByteDance, propietaria de Tiktok, Zhang Yiming, donó 77 millones de dólares para educación en su ciudad natal de Longyan, en la provincia oriental de Fujian.

Coincidiendo con el inicio de la campaña por la prosperidad común, se adoptaron una serie de medidas relacionadas con el sector tecnológico, la educación y el entretenimiento.

Pese a que perseguían claramente una mejor distribución de la riqueza, y poner coto a prácticas monopolísticas, todas ellas fueron criticadas con profusión en los medios occidentales, que las calificaron de «duros ataques» o incluso de «represión» contra las grandes tecnológicas, la educación privada o la industria de videojuegos.

Nada nuevo con China. Si hay desigualdades son objeto de feroces ataques de la prensa extranjera, si se ponen en marcha políticas para combatirlas, también.

## Los límites a las grandes tecnológicas

Las compañías tecnológicas han sido las grandes estrellas del desarrollo chino y también global en la última década e intentar regularlas entraña el

riesgo de que se pueda ver afectada su innovación y creatividad.

Al contrario que en Occidente, donde campan a sus anchas con muy escasas regulaciones, China ha decidido impedir que monopolicen el mercado, discriminen a las de menor tamaño, privaticen un gran número de datos que deberían estar al servicio de la sociedad o socaven la competitividad y debiliten a los consumidores.

Además de millonarias sanciones por prácticas monopolísticas a grandes compañías tecnológicas como Alibaba o Tencent, el Tribunal Supremo de China consideró en 2021 que era ilegal la política laboral 996, muy extendida en este sector, de trabajar de nueve de la mañana a nueve de la noche durante seis días a la semana.

Pese a que el fundador de Alibaba, Jack Ma, calificó en 2019 de «una enorme bendición» esa forma de trabajar 12 horas diarias con un día de descanso, las críticas al modelo 996 no han parado de crecer en la sociedad china en los últimos tiempos.

Varias compañías tecnológicas han sido multadas por vulnerar las regulaciones sobre horas de trabajo, entre ellas algunas extranjeras como Siemens y también otras en sectores como el de la mensajería o el reparto de comida a domicilio.

Empresas líderes en este último campo como Meituan –con la que millones de chinos piden comida a domicilio– vieron cómo sus acciones en bolsa caían más de un 14% después de que se viera obligada a proporcionar un seguro de accidentes y enfermedad a sus repartidores y a pagarles no menos del salario mínimo local.

La ley laboral china establece que los empleados no pueden trabajar más de ocho horas diarias o 40 a la semana y que las horas extra no deben superar las 36 al mes.

Tienen derecho, además, al menos a un día de descanso a la semana y las horas extra deben pagarse mejor que una hora ordinaria. Esta es la teoría, aunque muchas empresas se han aprovechado hasta ahora de una relajada y desigual aplicación de la ley, además de la voluntad de trabajar más de sus empleados.

Según una encuesta de 2019 de la plataforma de reclutamiento en línea Zhilian Zhaopin, al 70% de los trabajadores no se les pagaban sus horas extra.

Esta cultura está empezando a cambiar rápidamente. Los chinos,

conocidos por su proverbial disposición al trabajo, valoran cada vez más el tiempo libre que pueden dedicar al ocio y a la familia a medida que el país se vuelve más próspero.

## Una ley pionera sobre algoritmos

Respecto a las compañías tecnológicas, China aprobó en 2022 una ley pionera que permite a los usuarios desactivar los algoritmos de recomendación personalizada, usados por multitud de aplicaciones en internet y por las redes sociales.

Estos algoritmos, que ofrecen publicidad al usuario, suponen una gran fuente de ingresos para las compañías tecnológicas en todo el mundo y también en China, el mercado más grande de internet del mundo con el mayor número de usuarios.

La ley busca evitar la llamada «discriminación algorítmica», que propone distintos precios por los mismos productos en función de los hábitos del consumidor.

También permitirá desactivar los algoritmos que mantienen a la gente «enganchada» a aplicaciones con un flujo constante de contenidos, como las de vídeos, además de exigir mayor transparencia sobre su funcionamiento o seleccionar qué datos quiere el usuario ofrecer a las compañías.

Esta nueva legislación se ha convertido en la más completa regulación creada hasta el momento en el mundo sobre los algoritmos que dominan nuestra vida diaria en internet. En la UE se debate desde hace años una ley similar sin grandes avances por el momento.

## Menos educación privada, más pública

El negocio educativo privado floreció en China en la pasada década impulsado por el afán de las familias chinas de proporcionar una excelsa educación a sus hijos. Multitud de academias de idiomas, música, pintura o ballet aparecieron por doquier en las ciudades, además de centros de enseñanza y profesores de refuerzo para los exámenes y las materias que habitualmente se estudian en la escuela pública. La mayoría de estos centros establecieron además unos precios abusivos, que acabaron

provocando una discriminación entre los alumnos cuyas familias podían pagarlos y los que no.

Era habitual ver a los niños chinos sin tiempo para otra cosa, sobrecargados de clases y tareas extraescolares.

Al mismo tiempo, se crearon grandes grupos empresariales de educación privada, algunos de los cuales cotizaban ya en los mercados estadounidenses.

Al igual que sucedió en otros sectores, como la vivienda o la salud, como resultado de la liberalización los costes de la educación se dispararon. Cualquier Gobierno que quiera combatir la desigualdad, además de mejorar los ingresos y los servicios públicos para la gente con menos recursos, tiene que intentar que gran parte de los costes de lo que se ofrece de forma privada sean asequibles para todos, si no quiere que la brecha entre ricos y pobres se ensanche eternamente.

El Gobierno consideró que el sector educativo había sido «secuestrado por el capital» y decidió poner coto a su crecimiento. Prohibió las tutorías privadas y la enseñanza extraescolar de materias que formen parte del programa educativo público.

A partir de ahora los centros de apoyo escolar tendrán que registrarse como asociaciones sin ánimo de lucro, el capital extranjero no podrá invertir en ellos y no podrán impartir clases en fines de semana, días festivos o durante los periodos de vacaciones escolares.

No se concederán más licencias a academias y proveedores de cursos para educación primaria y secundaria, además de limitarse la implicación del sector privado en educación esencial y reducir el uso de material educativo extranjero.

Más de 30 medidas se aprobaron para regular el sector con el objetivo de «mejorar la calidad de la educación, aliviar la carga de trabajo de los estudiantes y restringir la inversión privada, tanto doméstica como extranjera», según el Gobierno.

Otras de las finalidades de esta reforma eran mejorar la compaginación entre la vida y el estudio de los niños y el tiempo que comparten con sus familias, reducir la presión financiera de los padres y equilibrar un sector en el que los niños de bajos ingresos y de hogares rurales tenían serias desventajas.

En un país donde el envejecimiento de la población supone un acuciante

problema y los padres suelen rechazar tener más hijos por el coste que supone, reducir sus cargas económicas al tiempo que se relaja la presión sobre los hijos puede contribuir también a estimular la natalidad.

Para combatir la adicción a los videojuegos entre los niños, también se limitó su tiempo de uso. Ahora sólo pueden jugar los días festivos, viernes y fines de semana desde las ocho hasta las nueve de la mañana.

Algunas estimaciones indican que más del 60% de los menores usaban videojuegos y el 13,2% de ellos jugaban más de dos horas diarias durante la semana, según los medios chinos.

## La innovación tecnológica

En paralelo al fabuloso despegue de sus empresas tecnólogicas en la última década, la economía digital y la comunicación electrónica se han incorporado a multitud de aspectos cotidianos de la vida china.

El dinero en efectivo prácticamente no se usa ya. Los pagos se realizan en todas partes escaneando códigos QR a través de grandes plataformas de mensajería como WeChat, de Tencent, o Alipay, del grupo Alibaba.

Estas mismas aplicaciones se han utilizado igualmente para desarrollar y albergar los códigos de salud necesarios para entrar en cualquier lugar público durante la pandemia de la covid.

A través de las aplicaciones telefónicas se realizan infinidad de servicios cotidianos, como pedir comida a domicilio, concertar citas hospitalarias o realizar consultas médicas *online,* pedir un taxi, alquilar una bicicleta, reservar mesa en un restaurante o comprar entradas para el cine. También es posible comunicarse con diferentes departamentos administrativos, votar a los representantes comunales o realizar consultas o reclamaciones sobre cualquier problema relacionado con la administración o con una empresa privada. La administración china dispone de un teléfono muy popular entre los ciudadanos, el 12345, en el que se puede realizar cualquier consulta o exponer una queja sobre cualquier servicio ofrecido en el país tanto público como privado. Se investiga la queja y una operadora llama posteriormente al usuario para ofrecerle explicaciones.

Tras años de apostar por la investigación y el desarrollo (I+D), las empresas tecnológicas chinas, además de fomentar el desarrollo de la economía digital doméstica, han desbancado globalmente o rivalizan a la

par con grandes corporaciones norteamericanas como Google, Apple, Amazon o Facebook.

En 2021, la fabricante de teléfonos móviles Xiaomi superó a Samsung como líder del mercado mundial (puesto que Huawei estaba a punto de alcanzar antes de las sanciones estadounidenses), Tencent es el mayor fabricante de videojuegos global, Lenovo el principal vendedor de ordenadores, Alibaba domina el comercio electrónico, la red social de vídeos TikTok (Bytedance) es la más descargada del mundo y las plataformas de pago digitales chinas dominan también el panorama global.

El buscador chino Baidú es el segundo mayor del mundo después de Google y ha realizado enormes inversiones en inteligencia artificial.

Además, China rivaliza con EEUU en la generación de *startups* y unicornios, las compañías que alcanzan un valor de más de mil millones de dólares en menos de diez años tras su creación y antes de salir a bolsa. Ambos se reparten cada año cerca del 70% de los unicornios a nivel mundial, de los que Europa apenas suele aportar el 10%.

La guerra contra las tecnológicas chinas iniciada por Trump ha llevado a China a fijarse como máxima prioridad la de conseguir la autosuficiencia en este sector, principalmente en la fabricación propia de semiconductores.

La autosuficiencia en chips es esencial para el país, a riesgo de experimentar serios bloqueos en su desarrollo tecnológico e industrial. Por ejemplo, China fabrica menos del 5% de los semiconductores globales empleados en la industria de automoción y algo similar sucede con los chips necesarios para la fabricación de teléfonos móviles o para las redes 5G.

Washington no sólo ha prohibido a las empresas estadounidenses proporcionar chips y otros productos a las principales tecnológicas chinas, sino también a cualquier empresa del mundo que utilice algún componente norteamericano para fabricarlos, por mínimo que este sea.

El decimocuarto plan quinquenal (2021-2025) dedica por primera vez un capítulo específico a la innovación y la autonomía tecnológica y prevé que las ciudades de Pekín, Shanghái, Shenzhen y Hefei se conviertan en centros de investigación y fabricación de semiconductores avanzados, además de *hubs* de desarrollo de inteligencia artificial y redes 5G, de las que China tenía el 87% del total mundial en 2020.

El país ha ido aumentando progresivamente su gasto en I+D por encima

del 2% del PIB desde 2013. En 2020 llegó al 2,4% y en 2021 alcanzó un nuevo máximo del 2,44%. Esa inversión ha crecido a un ritmo medio anual del 16% desde principios de siglo, frente al 3% que ha crecido la de EEUU o apenas el 2% que ha aumentado la de la UE.

El decimocuarto plan quinquenal ha reforzado la intensidad de la inversión en I+D respecto al anterior y persigue un crecimiento del 7% de media anual, centrado especialmente en impulsar sectores estratégicos como la inteligencia artificial o la computación cuántica. China espera convertirse, de acuerdo con este plan, en el principal centro de innovación en inteligencia artificial en 2030.

Según el centro de estudios estadounidense Aspen Institute, de cumplirse estos objetivos, superará a EEUU en gasto en investigación en 2025, tras haber adelantado ya a la UE en 2013.

La participación de la financiación privada en la I+D china está entre las más altas del mundo y suele superar anualmente el 75% del total, con enormes centros de investigación como el de Huawei en Shenzhen, donde más de 25.000 ingenieros y expertos tecnólogicos trabajan cada día.

## La modernización del campo chino

China, un país tradicionalmente agrícola, tiene aún casi un 40% de su enorme población viviendo en el campo, después de que el número de habitantes urbanos superase al de los rurales hace poco más de una década. Son todavía más de 500 millones de personas que habitan en el medio rural a lo largo de su extensa geografía. Cualquier política destinada a reducir las desigualdades tiene que pasar por abordar la diferencia de ingresos entre esas dos formas de vida, además de los desequilibrios territoriales entre las distintas regiones.

El campo chino ha experimentado un profundo cambio y tiene muy poco que ver con las estampas de labradores harapientos y hambrientos de hace décadas. Su modernización ha ido en paralelo al crecimiento del país y especialmente en la última década se ha producido una notable mejora de las infraestructuras de las regiones menos desarrolladas.

El plan de revitalización rural puesto en marcha en 2017 y las grandes inversiones en infraestructuras, educación y salud en el marco del programa para erradicar la pobreza han sido clave en la modernización de los últimos

años. Al mismo tiempo, la introducción del comercio electrónico, la aplicación de nuevas tecnologías a los cultivos o el desarrollo del turismo rural y ecológico están contribuyendo de forma decisiva a su transformación.

En apenas tres años, de 2014 a 2021, el comercio *online* de productos agrícolas ha pasado de 180.000 millones a 2,05 billones de yuanes (316.400 millones de dólares), lo que supone un crecimiento anual medio del 91% comparado con el 35% del aumento de las ventas en internet a nivel nacional.

Inciativas de cooperación público-privadas de comercio electrónico como el Programa Rural de Taobao, el enorme mercado electrónico chino de Alibaba, han permitido introducir nuevas tecnologías para mejorar la calidad de la producción y multiplicar exponencialmente los mercados agrícolas en línea.

En estos mercados digitales, agricultores y ganaderos minoristas venden directamente su producción sin necesidad de intermediarios, lo que les permite bajar los precios, aumentar las ventas y mejorar sus ingresos. Además, las nuevas tecnologías han mejorado la productividad de los cultivos y reducido la labor de los trabajadores agrícolas en muchas tareas mecánicas que pueden automatizarse.

Desde el control por medio de teléfonos móviles de la humedad y la ventilación de los invernaderos hasta la aplicación automática de insecticidas, el control de enfermedades o el uso de drones para el riego o la fumigación. La aplicación de la inteligencia artificial y otras innovaciones tecnológicas a los cultivos abre múltiples posibilidades al trabajo en el campo.

Plataformas de comercio electrónico agrícola –como la empresa Pinduoduo, que se ha convertido en líder del sector a nivel mundial en apenas cinco años– conectan a millones de agricultores con consumidores en China y otras partes del planeta.

El desarrollo del mundo rural es clave para el nuevo modelo de crecimiento económico chino centrado en la demanda interna, que depende en buena parte del aumento del nivel de consumo de los campesinos.

También es esencial para alimentar a su enorme población. Con sólo el 6% de la tierra cultivable, China tiene que dar de comer al 22% de los habitantes del planeta.

## Subida de impuestos a ricos y grandes empresas

En el marco de la lucha contra las desigualdades, China no ha sido muy explícita sobre otras medidas que adoptará, pero ha dejado entrever que aumentará los impuestos a los más ricos y a las grandes empresas, mejorará la seguridad social y los servicios de bienestar público y potenciará las transferencias directas del Gobierno. Ha puesto ya en marcha proyectos piloto de impuestos sobre la propiedad en algunas ciudades y también políticas para favorecer a las pequeñas y medianas empresas, aumentar los ingresos de los ciudadanos con menor bienestar y reforzar las políticas de inclusión.

Además de la desigualdad, la prosperidad común persigue atajar otros males sociales derivados del capitalismo y el crecimiento descontrolado.

En la reunión de agosto de 2021, se definió como la forma de «gestionar correctamente la relación entre eficiencia y justicia».

Todo el país es consciente de que se trata de una tarea muy compleja y de largo alcance, que se prevé realizar gradualmente, como todo en China. Es el objetivo central del segundo centenario de 2049, tras la celebración del primero –el de la fundación del Partido– en julio de 2021.

El primer objetivo, alcanzado con la eliminación de la pobreza, era el de conseguir una «sociedad moderadamente próspera a todos los niveles» (*xiaokang*), mientras que el segundo es «convertir a China en un gran país socialista moderno», en el que se llegaría a la prosperidad común y la brecha de ingresos y niveles de consumo se habría reducido «a un rango razonable», en palabras de Xi.

Si algo puede diferenciar el modelo chino de libre mercado del de cualquier otro país, es su capacidad potencial para conseguir prosperidad para todos, sin exclusiones. Una tarea que parece utópica en un país de 1.400 millones de personas, con grandes brechas de ingresos, numerosos multimillonarios y sectores de la población con todavía muy escasos recursos.

Pero si alguien puede realizar ese sueño de justicia chino del «todo bajo el cielo» es un Gobierno que no esté guiado por los intereses de las corporaciones y del gran capital. Los Gobiernos que buscan complacer a las elites económicas han demostrado con creces a lo largo de la historia y de manera especial en los últimos 200 años su incapacidad manifiesta para

conseguir resolver desigualdades e injusticias.

Los dirigentes chinos han rechazado que la prosperidad común sea equivalente a un estilo «Robin Hood» de sacar el dinero a los ricos para dárselo a los pobres. El objetivo, aseguran, es crear una estructura social con una gran clase media, muy ancha en el centro, en la que los grupos de ingresos medios representen la abrumadora mayoría de la riqueza del país.

China pretende hacer del consumo interno un multiplicador económico clave que sustituya gradualmente la inversión intensiva de capital, tan popular en décadas pasadas. Es necesario seguir creando riqueza para que esta se pueda repartir de modo más equilibrado.

Mejorar los ingresos de la gente con menos recursos es el método más eficiente para liberar poder de consumo, lo que, a su vez, impulsará la economía.

Pero la prosperidad no se decide únicamente por indicadores como el ingreso disponible per cápita, que en cualquier caso no será menor que el del PIB según las previsiones.

Teniendo en cuenta las disparidades regionales y provinciales, se considera esencial homogeneizar los servicios públicos y su calidad, al tiempo que los estándares de vida de la gente. Con este objetivo se ha empezado a reducir la privatización de varios sectores como la educación, las residencias de ancianos o la atención médica. También se ha reforzado la monitorización de los precios entre los proveedores de servicios con el objetivo de hacerlos asequibles.

«La prosperidad común es uno de los objetivos de desarrollo más importantes perseguidos por la humanidad, no sólo puede mejorar el poder adquisitivo de la gente, sino ayudar a eliminar guerras y caos al reducir los casos de pobreza», dice Zeng Gang, decano del Instituto de Desarrollo Urbano de la Universidad Normal del Este de China. Zeng predice que a finales de 2025 cerca de un tercio de las provincias chinas alcanzarán el nivel actual de prosperidad común de Zhejiang, la ciudad oriental que ha sido designada como proyecto piloto de la lucha contra la desigualdad.

La diversificación y especialización económica también desempeñarán un papel determinante. Cada Gobierno local o provincial tendrá que designar rutas de desarrollo basadas en las industrias específicas regionales y encontrar qué puede proporcionar su territorio a la economía nacional o global, así como Zhejiang suministra pequeños productos a los mercados

extranjeros.

## Rentas inmobiliarias superiores a las del trabajo

Mientras que el crecimiento de los ingresos de los trabajadores ha superado al del PIB durante la pasada década, este ha sido menor que el de los ingresos del capital y el patrimonio. Esto reflejan los indicadores Gini sobre la acumulación de riqueza, dominada principalmente por la propiedad inmobiliaria. Algo que ha sido un factor esencial en el ensanchamiento de la brecha entre ricos y pobres. Quien ha podido comprar una vivienda hace 10 o 20 años ha visto apreciado su valor mucho más que su sueldo en la última década. El valor de los pisos en las ciudades ha crecido más del doble que los salarios.

El Gobierno ha comenzado a actuar contra esta evolución y el riesgo de burbujas especulativas en el sector inmobiliario. Se han limitado los créditos tanto a las compras de vivienda como a los promotores, aumentando los tipos de interés de préstamos e hipotecas. En los últimos años el aumento de precios en las grandes ciudades ha estado por debajo del crecimiento del PIB. Y en 2022 los de las nuevas viviendas se prevé que caigan un 1,4% –el mayor descenso en siete años–, mientras que las ventas de nuevas viviendas lo hagan casi un 30%.

«Las casas son para vivir, no para especular», había advertido Xi a comienzos de 2021. El Gobierno ha limitado los precios de venta y alquiler. Ya se están experimentando nuevos impuestos sobre la propiedad en algunas ciudades junto con medidas para reducir los precios, también de los alquileres en las grandes áreas metropolitanas.

El Ministerio de Vivienda estableció que los alquileres en las ciudades no podrán aumentar más de un 5% anual. El objetivo a medio plazo es trasladar la inversión inmobiliaria a sectores más productivos.

Los problemas de liquidez de inmobiliarias chinas como Evergrande en la segunda mitad de 2021, en torno a los que los medios occidentales anunciaron a bombo y platillo por enésima vez el colapso del sistema económico chino, se han ido solucionando en 2022.

Además de nuevos impuestos a la propiedad, la herencia y los beneficios del capital de los grupos de altos ingresos, se reducirán los ingresos de las rentas monopolísticas. También se redefinirá el límite de los salarios de los

ejecutivos de las empresas estatales.

Xi ha incidido en la necesidad de mejorar el sistema de servicios públicos y ha recalcado que la prosperidad común no se puede fundamentar en subsidios. «Debemos explorar cómo poner en práctica el papel positivo del capital bajo las condiciones de una economía de mercado socialista, al tiempo que controlamos de manera efectiva el papel negativo del capital. No permitir a los "depredadores de capital" actuar temerariamente, pero dando todo el juego a la función del capital como factor de producción», indicó.

Se trataría de establecer una suerte de «semáforos» para el capital que impidan que no pueda correr desbocado en todas sus diferentes formas, como la especulación, las prácticas monopolísticas, los precios disparados, la publicidad engañosa o la competición injusta.

El salario mínimo en China varía entre las diferentes provincias y ciudades del país, ya que existen notables diferencias entre el coste de la vida en unas y otras. En 2022 se situó en un rango que va de los 1.350 yuanes (213 dólares) de la provincia meridional de Yunnan a los 2.590 de Shanghái (400 dólares).

La cobertura de desempleo suele situarse entre un 85% y un 90% del salario mínimo estándar de cada provincia. El trabajador y el empleador realizan aportes mensuales para la cobertura de desempleo al igual que para la atención sanitaria y la pensión de jubilación.

La tasa de desempleo urbana se ha mantenido los últimos años en torno al 5% de media para el conjunto del país.

## Los cambios de una generación

Cuando se habla de las transformaciones de China uno no es consciente de lo que ha supuesto para la población del país hasta que empieza a hablar con gente de varios lugares y escucha su historia.

Ding Yan es una joven licenciada en Filología inglesa e intérprete de ese idioma que vive actualmente en Xian, la capital de la provincia de Shaanxi. Apenas han pasado 30 años, pero cuando vino al mundo su vida era muy diferente a la de ahora.

Nació y creció en un pueblo de Shandong en el nordeste del país. Sus padres eran campesinos y vivía en una humilde casucha rural con ellos, sus

cinco hermanos y su abuela. «No había ninguna privacidad. No teníamos agua corriente. Mi peor pesadilla era la de tener que ir a buscar agua a algún lugar», confiesa. Con todo, sus padres pudieron permitirse que fuese a la escuela, aunque en su tiempo libre y los fines de semana tuviera que ayudarlos a trabajar la tierra. «Mi infancia fue muy cansada por el agotador trabajo manual que teníamos que hacer. Recuerdo cómo sudaba por todo el cuerpo en los días de verano mientras desbrozábamos o recolectábamos y cómo temblaba de frío en casa en las noches de invierno». Yan explica que, pese al duro trabajo del campo, algunas familias no tenían suficiente para comer. A su tío, que vivía al lado, debían prestarle cada invierno parte de su cosecha de trigo hasta que pudiese devolverla el verano siguiente tras la cosecha. «El campo era entonces muy triste, con basura tirada por todos lados y en la alberca a la entrada de la aldea, que formaban unas míseras casuchas».

No fue hasta 2006 que la situación comenzó a mejorar, cuando se eliminó la tasa agrícola. Ahora, la gente tiene seguro médico y los mayores reciben una pensión cada mes, el pueblo está limpio y ordenado y se puede pescar en la alberca. «La gente vive en casas luminosas con agua del grifo e incluso baños con cisterna», dice Yan, con asombro.

Afortunadamente, su padre y su madre hacían otros trabajos esporádicos con los que pudieron pagarle los estudios en la universidad al acabar la escuela.

«Ahora la vida es mucho mejor que antes. La educación nos permitió a mí y a mis hermanos y amigos de la infancia la oportunidad de subir la escalera social y cambiar nuestro destino y el de nuestras futuras generaciones», dice.

Todos sus hermanos viven ahora en la ciudad, al igual que sus padres.

## Zhejiang: el proyecto piloto de prosperidad común

Como previamente hemos indicado, una de las provincias más ricas de China, la oriental de Zheijiang, ha iniciado un proyecto piloto sobre la prosperidad común para reducir su brecha de ingresos hasta 2025, en lo que se espera sea un modelo para el resto del país.

Pretende aumentar hasta el 80% la proporción de hogares con un ingreso disponible de entre 100.000 yuanes y 500.000 yuanes (15.800-63.000

dólares) hasta el 80%. En la actualidad, un hogar medio de Zhejiang tiene 2,35 personas, con un ingreso per cápita de 57.541 yuanes, según datos oficiales, más de un 50% superior a la media total nacional, aunque sólo un 20% más que la media urbana.

La diferencia de ingresos entre las áreas rurales y las urbanas es uno de los desafíos centrales de la política de prosperidad común. Las necesidades de desarrollo varían considerablemente en China de unas provincias a otras, por lo que no funciona un enfoque único para reducir la brecha de ingresos.

El plan para Zhejiang, presentado en julio de 2019, establece 52 tareas y objetivos relacionados con los ingresos, el empleo, la vivienda, la educación y la salud pública en la provincia.

La provincia pretende convertirse en un ejemplo de cómo reducir disparidades entre regiones, áreas rurales y urbanas, conformando una clase media que sea el pilar de la economía. Según el plan, el ingreso per cápita disponible de los residentes de Zhejiang aumentará cerca de un 20% hasta 2025 por medio de un desarrollo de «alta calidad».

El proyecto piloto prevé que la tasa de urbanización de la población llegue al 75% y que la capacidad de los grupos de bajos ingresos para ganar más dinero y aumentar sus estándares de vida mejore notablemente.

El grado de participación en enseñanza superior deberá ser mayor del 75% y la educación media situarse en 15,5 años.

Para los residentes urbanos de la provincia se establecerán «círculos de servicio público» que ofrecerán –a una distancia caminando menor de 15 minutos– centros de educación preescolar, salud, cuidado de ancianos e instalaciones para realizar ejercicio físico.

El plan también prevé que la esperanza de vida en esta región supere los ochenta años.

La provincia, una de las más avanzadas de China en transporte público, pondrá en marcha nuevos proyectos, incluidas 12 autopistas, tres canales de navegación y nuevas líneas de metro en varias ciudades, además de trenes de alta velocidad. China concede una importancia fundamental a la inversión en transporte público, sus metros son los mayores y más numerosos del mundo, al igual que sus líneas ferroviarias tradicionales y de alta velocidad, su flota de autobuses eléctricos y de conducción autónoma, o las redes de bicicletas de alquiler.

# V

# LA CIVILIZACIÓN ECÓLOGICA

Una franja de agua se extiende en el sol poniente,la mitad del río es esmeralda, la mitad es roja.Amo la tercera noche del noveno mes,el rocío es como una perla, la luna como un arco.

Bai Juyi (772-846), poeta de la dinastía Tang

## Un radical cambio de orientación

El cambio en la conciencia ecológica china y la prioridad concedida al medio ambiente y al desarrollo sostenible en sus políticas de los últimos años han sido radicales.

Hace algo más de una década, Pekín solía oponerse a reducir las emisiones causadas por su vertiginoso crecimiento económico, que impulsaba sobre todo el carbón, argumentando que las naciones desarrolladas debían liderar el camino en ese sentido.

El acelerado crecimiento económico y la industrialización habían hecho casi irrespirable el aire de sus ciudades, contaminado los ríos y situado la sostenibilidad ambiental al borde del colapso.

Hoy aspira a convertirse en una civilización ecológica y se ha erigido en uno de los principales impulsores de la transformación energética global. Es líder mundial en energías renovables, vehículos eléctricos y baterías, reforestación o proyectos ecológicos innovadores como las ciudades esponja. Posee además dos tercios de la capacidad mundial de redes ferroviarias de alta velocidad, es líder también en hidroeléctricas y está realizando esperanzadoras innovaciones en energía nuclear y de fusión, que podrían hacerla mucho más limpia y segura. Ha conseguido reducir drásticamente la polución en sus ciudades, en las que cada vez son más raros los días contaminados. Su fuerte inversión en I+D le ha permitido innovar en tecnologías ecológicas y de fabricación de renovables, lo que ha propiciado una inédita caída del precio de esta energía a nivel global e

impulsado su desarrollo en todo el mundo. La intensidad de carbono se ha reducido casi la mitad en los últimos 15 años y ha conseguido más del 50% del ahorro energético del planeta desde 2005, según el BM.

Y todo esto ha sucedido en poco más de una década en un país cuyo producto interior bruto (PIB) per cápita era similar todavía en 2021 al de Rumanía.

La llegada al poder de Xi Jinping en 2012 y la ratificación del Acuerdo sobre Cambio Climático de París en 2016 han sido claves en este cambio de orientación.

Aunque las preocupaciones medioambientales ocupaban ya buena parte del debate en el país desde la década de los noventa, faltaba un impulso definitivo para que adquirieran un lugar central.

En el Congreso del Partido Comunista de China de 2012 se estableció por primera vez el desarrollo ecológico como uno de los cinco pilares clave del socialismo con características chinas y en 2018 el concepto de «civilización ecológica» se inscribió en la Constitución.

La civilización ecológica, basada en la antigua idea de la filosofía china de armonía entre el hombre y la naturaleza, pasó a ocupar un lugar central en las políticas del país.

Ya a principios de 2000, Xi había sido uno de los primeros oficiales en advertir de los problemas causados por el crecimiento económico. Desde 2003 hasta 2007 escribió semanalmente una serie de artículos para el diario de Zhejiang, donde era secretario provincial del Partido, en los que defendía que «el modelo intensivo en energía y altamente contaminante» no era sostenible en el tiempo. La idea de civilización ecológica había sido formulada por su antecesor en la presidencia china, Hu Jintao. Xi le dio un nuevo impulso y la puso en práctica de forma prioritaria en sus políticas.

Las condiciones habían cambiado además en el país. Después de 2012 el crecimiento económico había comenzado a declinar, mientras que el consumo de energía y las emisiones de carbono llegaron a su máximo en varios lugares.

La dirigencia china tomó conciencia de la urgencia de adoptar un enfoque ecológico y cambiar un modelo de desarrollo dañino para el medio ambiente por otro sostenible de calidad, lo que ha acelerado el ritmo de una nueva dinámica en el Sur global.

Entre 2005 y 2020, coincidiendo con decisivos pasos en este campo, su

PIB se multiplicó por cuatro y acabó con la pobreza extrema, sacando de ella a los últimos cien millones de personas. Lo que demuestra que ha conseguido coordinar adecuadamente su camino de descarbonización con su desarrollo económico y social. Y que una cosa no tiene por qué excluir la otra.

## La realidad de las emisiones chinas

Los medios occidentales se empeñan en decir que China es el país más contaminante del mundo, distorsionando la realidad.

En términos de emisiones acumuladas, EEUU es responsable del 25%, pese a que tiene sólo un 4% de la población mundial, mientras que China, con el 18% de los habitantes del planeta, ha causado el 13% de los gases de efecto invernadero en la atmósfera.

Sus emisiones totales actuales son las mayores, pero calculadas per cápita –que es como debe calcularse, según la parte alícuota que corresponde a cada ser humano– son menos de la mitad de las de EEUU, mientras que las acumuladas por persona suponen una octava parte de las estadounidenses, según datos del Banco Mundial.

Un estudio realizado por la revista científica británica *The Lancet* en 2020 consideró que el Norte global era responsable del 92% de los excesos de emisiones de carbono, mientras que la gran mayoría del Sur global, incluidos China e India, no sobrepasaban los límites establecidos.

EEUU ha causado el 40% del exceso de emisiones, la UE el 29% y ambos, junto con el resto de países del G8 (Rusia, Japón y Canadá), eran responsables del 85%, según el informe.

Partiendo del principio de un equitativo derecho al patrimonio atmosférico de todos los habitantes del planeta, como hace *The Lancet,* China no sería un deudor climático neto de gases de efecto invernadero, sino más bien un acreedor.

La mayoría de los cálculos de emisiones no contabilizan además las del Ejército de EEUU, la institución más contaminante del mundo, que produce más gases de efecto invernadero que 140 países.

Las emisiones de China no son todas propiamente suyas. Se estima que entre un 14 y un 33% corresponden cada año a la manufactura occidental que se ha trasladado al país, convertido en la fábrica del mundo.

Es un sarcasmo por parte de Occidente acusar a China y a otros países en desarrollo de contaminar el mundo cuando son en buena parte sus fábricas las que contaminan y sus ciudadanos quienes consumen sus productos.

China se ha comprometido a alcanzar su pico de emisiones de $CO_2$ antes de 2030 y a llegar a la neutralidad de carbono antes de 2060, una meta ambiciosa que le convertiría en el país que recorra el camino entre ambas en el menor tiempo de la historia.

Los países de la UE necesitarán 71 años desde su pico de emisiones hasta conseguir la neutralidad, EEUU 43 y Japón 37.

Se estima que alcanzar la neutralidad de carbono antes de 2060 le costará a China un 2 o 3% de media de su PIB anual.

Gradualmente, su consumo de energía no fósil prevé situarse en el 20% en 2025, el 25% en 2030 y en más del 80% en 2060.

Su intensidad de carbono en 2020 era un 48,4% menor que en 2005, con lo que ha cumplido con creces su compromiso con la comunidad internacional de lograr una reducción de entre el 40 y el 45%.

En 2025 las emisiones de dióxido de carbono por unidad del PIB se prevén reducir en un 18% respecto a 2020 y en 2030 en un 65% comparadas con las de 2005.

China proyecta invertir la descomunal suma de 75 billones de dólares en la neutralidad de carbono en los próximos 30 años, lo que representa el mayor proyecto de inversión de la historia mundial, según un informe de diciembre de 2021 realizado por un consorcio de expertos chinos e internacionales. Una cifra que supone cinco veces el PIB del país de 2020 y que incluye toda la inversión en tecnología neutral en carbono, desde los vehículos de hidrógeno hasta la energía nuclear. El informe estima que las inversiones en tecnologías neutrales en carbono acelerarán la productividad y el crecimiento económico, en lugar de actuar como una resistencia.

Es una actuación que afectará a cada esfera de la vida económica china. Algunos de los mayores cambios se producirán en el transporte, donde el combustible de células de hidrógeno se prevé aplicar al transporte de carga de larga distancia terrestre y marítimo, así como a la aviación. Se espera que, en 2050, el hidrógeno podría proveer el 15% de la energía de la industria china, además de tener una posición dominante en el transporte de larga distancia. Según un estudio de Goldman Sachs, la demanda de

hidrógeno se multiplicará por siete hasta 2060 y será responsable de un 20% de la descarbonización, ayudando a llevarla a cabo en los sectores más difíciles, como la producción de hierro o acero, la petroquímica, el transporte o el calentamiento de edificios.

## El despegue de las renovables

Pekín ha invertido en la pasada década más de 100.000 millones de dólares cada año en energías renovables, el doble que Washington y más de lo que gastan EEUU y la UE conjuntamente. Su inversión en este sector no para de crecer, tanto a nivel doméstico como internacional, especialmente en los países en desarrollo.

En 2020, las renovables proporcionaron un 28,8% de la energía que consume el país y en 2025 se espera que llegue a suponer un 33%.

China es, con gran diferencia, líder mundial en capacidad y producción de energías alternativas. Su enorme inversión en energía solar ha sido un factor clave en la caída de su coste en un 89% a nivel global desde 2010.

Pese a la reducción de la demanda mundial de energía en 2020, las renovables continuaron creciendo en el país, especialmente la solar, que registró la mayor expansión anual de capacidad de la historia, con 127 gigavatios instalados ese año. Produce tres veces y medio más de energía solar que EEUU, el segundo mayor productor. Sólo en 2021 generó el 40% del total mundial. Y controla también toda la cadena de suministro. Las empresas chinas producen el 66% de la polisilicona mundial con la que se fabrican los paneles fotovoltaicos y más de tres cuartos de las células solares.

China genera más energía renovable que el conjunto de los países de América, tiene más parques solares y eólicos que ningún otro y en 2020 añadió más energía eólica que la suma del resto del mundo.

Sólo en el desierto de Gobi planea construir 450 gigavatios de capacidad solar y eólica hasta 2030, el doble de la instalada en EEUU. En este desierto, que se extiende a lo largo de la frontera de China con Mongolia, la tierra es barata y hay mucho viento y sol. La reducción de los costes de fabricación de paneles solares ha permitido al país usarlos en grandes proyectos como este. En los primeros años de la pasada década se idearon iniciativas similares, pero no pudieron ser llevadas a cabo por cuellos de

botella en la infraestructura de red para conducir la electricidad a grandes ciudades. Este problema se ha resuelto con la construcción de líneas de transmisión estables de ultra-alto voltaje, que han permitido al país situarse también en cabeza mundial en transmisión eléctrica a larga distancia.

Las grandes plantas de energías alternativas minimizan los costes en suelo, infraestructura, operación y mantenimiento, al tiempo que aprovechan al máximo los recursos del desierto.

Desde septiembre de 2020, tiene ya el parque solar más grande del mundo, el Gonghe Solar Park, que ocupa 298 kilómetros cuadrados o un tamaño similar a cinco veces Manhattan y puede suministrar energía a 2,5 millones de hogares en cinco provincias del noroeste del país: Qinghai, Shaanxi, Gansu y las regiones autónomas de Xinjiang y Ningxia (un tercio del territorio chino).

Antes se había inaugurado la planta híbrida hidro-solar de Longyangxia, también en Qinghai, en el alto desierto de la meseta tibetana, con más de cuatro millones de paneles solares.

Las energías solar, eólica e hidroeléctrica serán clave en las próximas décadas, mientras el mundo realiza la transición hacia la descarbonización, y China se ha posicionado como el principal suministrador de energía verde del mundo.

Según el informe sobre tendencias globales en energía renovable del Programa de Medio Ambiente de la ONU, ha sido el mayor inversor en renovables de la última década, con 760.000 millones de dólares entre 2010 y 2019, lo que duplica los 356.000 millones de dólares invertidos por EEUU y supera los de todo el continente europeo.

Su inversión en I+D y en renovables tanto a nivel doméstico como internacional puede posibilitar nuevas innovaciones tecnológicas que permitan seguir reduciendo costes y beneficiar a los consumidores en todo el mundo.

En energía eólica también es líder y fabrica casi el 40% de las turbinas del mundo. Sólo en 2021 instaló 55,8 gigavatios de potencia eólica hasta alcanzar un total de 344 gigavatios. En el mismo año EEUU instaló 12,5 gigavatios para una capacidad total de 135 gigavatios.

En los últimos años ha dado un impulso enorme a los parques eólicos marinos. En 2021 construyó más turbinas en el mar de lo que ha hecho el resto del mundo en cinco años. Actualmente, su capacidad eólica marina

supone casi la mitad del total global.

En energía hidroeléctrica es igualmente líder con diferencia, no sólo en términos de construcción en el país, sino también en el exterior. China había participado en la construcción de 416 proyectos hidroeléctricos internacionales hasta 2020, año en que firmó 11 nuevos acuerdos.

Ha adelantado a todos los países no sólo en el diseño y la construcción de largas presas, sino que también está años por delante en términos de uso de sensores, robótica, bases de datos e inteligencia artificial en sus proyectos.

## La apuesta por la energía nuclear

China espera que en 2050 el 90% de su energía provenga de fuentes distintas a la del carbón, respecto al que prevé alcanzar la neutralidad una década más tarde.

Una parte de esa estrategia, además del fuerte impulso de las renovables, está basada en el incremento de la energía nuclear, que ha experimentado un crecimiento del 500% desde 2010. Con todo, representa todavía sólo un 2% del total del país.

China tiene actualmente 49 reactores operativos con una capacidad de 47,5 gigavatios y 17 en construcción. En 2025 espera alcanzar los 70 gigavatios y cinco años más tarde, coincidiendo con su pico de emisiones de carbono, adelantar a EEUU y Francia –los primeros productores– y convertirse en el mayor operador nuclear del mundo.

Ha desarrollado la tercera generación de los reactores de fabricación nacional Hualong One, en los que se han aplicado tecnologías que los hacen más limpios y mejoran el tratamiento de residuos.

También ha abaratado los costes de construcción de los reactores, que son competitivos respecto a las centrales de carbón y suponen cerca de la mitad de los de EEUU, Reino Unido o Francia, según la consultora Wood Mackenzie.

De acuerdo con las estimaciones del Gobierno chino, para conseguir la neutralidad de carbón en 2060, la energía nuclear debería representar el 28% de su mix energético, seguida de la eólica (21%), la solar (17%) y la hidroeléctrica (14%).

## Los avances en la energía de fusión

A finales de 2021, China consiguió un nuevo avance en su búsqueda de energía limpia de fusión nuclear. Uno de sus «soles artificiales» alcanzó un nuevo récord en mantener altas temperaturas, según los medios estatales.

El Tokamak, un reactor experimental de investigación de la fusión nuclear en la provincia oriental de Anhui, mantuvo una temperatura de 70 millones de grados Celsius durante 1.056 segundos (17 minutos y 36 segundos). Este reactor había conseguido meses antes otro hito al funcionar a una temperatura de «plasma» o gas caliente de 160 millones de grados Celsius, o diez veces más caliente que el sol, durante 20 segundos.

La instalación se denomina «sol artificial» porque imita la reacción nuclear de fusión que se produce en el sol real, que usa hidrógeno y deuterio como combustible.

Gong Xianzu, responsable del experimento e investigador del Instituto de Física de Plasma de la Academia China de Ciencias, dijo a los medios chinos que la operación suponía «una base sólida científica y experimental para conseguir poner en marcha un reactor de fusión».

La energía de fusión se considera la «energía definitiva» para un futuro sin carbono, ya que el hidrógeno y el deuterio son gases limpios abundantes en el planeta y producen un mínimo de residuos.

El Tokamak de Anhui es uno de los tres grandes reactores que experimentan con la fusión nuclear en China, junto con otro en Chengdu (en el suroeste) y otro en Wuhan (centro).

El «sol artificial» de Chengdu consiguió operar a 150 millones de grados Celsius durante 10 segundos también en 2021.

La investigación de la fusión es crucial para poner en marcha reactores a escala industrial que puedan generar energía limpia. Los principales desafíos son mantener la temperatura por encima de 100 millones de grados Celsius y poder operar a un nivel estable durante mucho tiempo.

En 2035 China prevé conectar el primer reactor de fusión nuclear a la red eléctrica con la construcción de un nuevo reactor Tokamak, que mantendría la temperatura durante mucho más tiempo de un modo estable.

## El primer reactor de torio

En agosto de 2021, China concluyó la construcción de su primer reactor de torio y sal fundida para ensayar esta tecnología, alternativa a la nuclear. Se encuentra cerca de la ciudad septentrional y desértica de Wuwei. Si sus ensayos tienen éxito podría generar electricidad para cientos de miles de hogares.

También está construyendo otro comercial en la provincia de Gansu, que sería el primero del mundo en operar con este tipo de energía desde 1969, cuando EEUU dejó de experimentar con ella tras preferir el uranio.

China lidera la investigación sobre reactores de sal fundida, una de las tecnologías más prometedoras y mucho más limpias que las de uranio. No necesitan agua para la refrigeración y utilizan torio en lugar de uranio, por lo que una eventual fuga tiene muchos menos riesgos para el medio ambiente. Al no necesitar agua pueden operar en regiones desérticas. Si el prototipo funciona, prevé exportarlo también a los países que participan en la iniciativa de las Nuevas Rutas de la Seda.

## Residuos nucleares como combustible

La gran inversión china para investigar nuevas formas de energía nuclear llevó al país a anunciar este año que había desarrollado un nuevo sistema, que convierte los residuos radiactivos de las centrales en combustible para las mismas en un ciclo infinito.

Esta alternativa podría además resolver el problema de los residuos nucleares, según un estudio publicado por el Instituto de Física Moderna de la Academia de Ciencias de China.

Se trata de un proyecto que se lleva investigando diez años, según sus responsables, basado en un acelerador de partículas que dispara un haz de protones de onda continua con una intensidad muy superior a la conseguida hasta ahora.

El estudio asegura que los residuos se pueden utilizar como combustible una y otra vez, lo que supone un gasto mínimo de nuevo uranio, además de resolver los problemas de reciclaje y eliminación segura, uno de los mayores problemas de la energía de fisión nuclear.

## Vehículos eléctricos

El rápido crecimiento económico chino ha posibilitado que cada vez un mayor número de ciudadanos tenga su propio coche. El país se ha convertido en el mayor mercado automovilístico del mundo, lo que ha traído consigo más polución y una mayor dependencia de las importaciones de petróleo.

A lo largo de la pasada década, el Gobierno ha puesto en marcha diferentes políticas para promover la introducción de los vehículos eléctricos, desde fuertes subvenciones a los usuarios por su compra hasta mandatos a la industria automovilística para fabricarlos.

En la pasada década sus ventas se han multiplicado por 250 y actualmente circulan cerca de diez millones de vehículos eléctricos en las calles del país. Sólo en 2021 se vendieron 3,3 millones, un 154% más que el año anterior, pese a una ralentización global en el sector a causa de la escasez de semiconductores. Ese año más de la mitad de las ventas mundiales procedieron de China, que es el mayor suministrador global de vehículos eléctricos desde 2016.

No sólo grandes fabricantes domésticos como BYD o Geely han contribuido al aumento de las ventas, sino también muchas *startups,* que están plantando una seria competencia a fabricantes automovilísticos occidentales presentes en el país como Daimler-Benz, Audi, Volkswagen o Tesla.

Los coches de tecnología limpia representan actualmente el 23% del mercado chino. El Gobierno tiene previsto cancelar las subvenciones a su compra a finales de 2022, pero ha establecido que, en 2030, más del 40% de los automóviles vendidos en el país tendrán que ser eléctricos.

Respecto a los autobuses eléctricos –que circulan en muchas de sus ciudadades–, el liderazgo chino es todavía mayor, con una flota que representa el 99% del total mundial. En sólo ocho años, Shenzhen se convirtió en la primera ciudad del mundo en electrificar toda su flota de autobuses, y otras ciudades como Pekín, Shanghái o Hangzhou van por el mismo camino.

Los autobuses eléctricos son sólo el principio del plan para electrificar taxis, camiones y todo tipo de vehículos, de acuerdo con los planes de BYD, uno de los principales fabricantes de automóviles chinos.

El ascenso de China al liderazgo de los vehículos eléctricos ha sorprendido a propios y extraños en un mercado como el automovilístico,

que han dominado tradicionalmente los grandes fabricantes norteamericanos, europeos o japoneses.

Desde el principio de su estrategia, se ha centrado en dotarse de una propia y completa cadena de suministro, lo que ha estimulado las industrias auxiliares a lo largo de la cadena de valor.

También domina el mercado de las baterías de litio, imprescindibles para los coches eléctricos, con un 74% de la producción global. En contraste, la cuota de mercado de EEUU es apenas de un 8%.

Otro de sus avances en este sector son las redes de puntos de carga, imprescindibles para fomentar el uso de vehículos de tecnología limpia: en 2021 China tenía 1,15 millones de estaciones públicas, un 42% más que el año anterior. Sólo en los dos últimos años, ha duplicado su número.

## Un país más verde

El esfuerzo de reforestación de China en las últimas décadas no tiene parangón en el mundo. Los miles de millones de árboles que ha plantado no sólo han ralentizado el avance del desierto, sino que también han contribuido a reducir la huella de carbono y a llenar de bosques sus campos y de verde sus ciudades.

Pese a lo que se suele pensar, ciudades como Pekín están repletas de grandes árboles y resultan mucho más agradables para vivir que muchas de las ciudades europeas.

China casi ha doblado su superficie forestal en los últimos 40 años. Ha pasado de tener un 12% de su territorio cubierto de árboles en 1980 a un 23,04% en 2020. Hasta 2025 prevé plantar otras 33,33 millones de hectáreas, lo que supone una superficie similar a la de Alemania, con lo que la cobertura forestal del territorio aumentará hasta el 24,1% y la de pastos hasta el 57%.

Al menos la cuarta parte de la reforestación mundial desde comienzos de siglo se ha realizado en China, según un estudio de la revista *Nature Sustainability.*

Especialmente efectivos han sido los cinturones de bosques plantados en regiones como Mongolia Interior, en gran parte ocupada por el desierto de Gobi, que actúan como barrera ecológica para impedir el avance de la desertificación. Esta región ha alcanzado una cobertura del 22,1%, con

600.000 hectáreas reforestadas anualmente durante los últimos cinco años.

En las plantaciones de árboles ha colaborado cerca de la quinta parte de la población rural. Además de contener la desertificación y absorber millones de toneladas de dióxido de carbono, han contribuido también al alivio de la pobreza, el aumento de capacidad de retención del suelo o la reducción de las inundaciones.

El desierto de Gobi es el que crece más rápido en el planeta. Se estima que transforma más de 3.600 kilómetros de pastos en tierras vacías e inhóspitas cada año. Su expansión, acelerada por el cambio climático, ha acabado con amplias zonas de tierra agrícola y hábitats humanos, además de provocar descontroladas tormentas de arena, que llegan a ciudades cercanas a sus límites e incluso a Pekín. China ha creado en las fronteras de Gobi un inmenso cinturón de bosques, conocido como la «Gran Muralla Verde», en el que se han plantado más de 66.000 millones de árboles hasta el momento.

Un grupo de 15 científicos de varias universidades de China, Francia, Alemania, EEUU e India elaboró un informe basado en datos e imágenes de la NASA, que ha mapeado la superficie de la Tierra desde 2000 hasta 2017 a través de sus satélites. El estudio destaca el crecimiento exponencial de la vegetación en China e India y asegura que ambos países y especialmente China «están haciendo nuestro planeta más verde». El programa de reforestación de China, en el que se han invertido más de 100.000 millones de dólares desde finales de los noventa, es la «principal razón de que la Tierra sea más verde ahora de lo que era hace 20 años», aseguran. Ambos países han creado un tercio de los nuevos bosques, tierras de cultivo y otras formas de vegetación en el mundo en las dos últimas décadas. China, con el 6,3% de la superficie global, es responsable por si sola del 25% del aumento neto global de vegetación. Los datos recogidos por los científicos usando un sensor de imágenes por satélite muestran que el 42% del nuevo verde de China procede de la reforestación, mientras que el 32% se debe a nuevas tierras agrícolas cultivadas.

Los programas de reforestación chinos incluyen también medidas para conservar los bosques, mitigar la erosión del suelo, reducir la polución del aire y combatir el cambio climático.

La transformación y modernización agrícolas chinas en los últimos años también han contribuido a los avances en este sentido, según el estudio.

Entre ellos cita la digitalización en el mundo rural, las nuevas técnicas de cultivos híbridos, la multiplicación de las cosechas, la mecanización de muchos trabajos o la mejora de los sistemas de irrigación, de las semillas y del control de las pestes. También la mayor disponibilidad de créditos y de nuevos programas de seguros para las plantaciones.

El gasto en reforestación por hectárea es tres veces mayor que la media global y supera ampliamente el de EEUU y Europa.

El estudio señala que la vegetación desarrollada por la mano del hombre en China en las dos últimas décadas es similar a la de EEUU, Canadá y Rusia combinados. «China ingenió ambiciosos programas para conservar y expandir los bosques con el objetivo de mitigar la degradación de la tierra, la polución del aire y el cambio climático», afirma el informe científico.

El análisis de los datos revela que el papel del uso humano de la tierra en el incremento de la vegetación a escala global es mucho más importante de lo que se creía.

En los últimos 40 años, el planeta ha perdido un tercio de su tierra de cultivo a causa de la erosión, la desertificación y la degradación, según un informe de Naciones Unidas.

El programa de reforestación de China reviste además especial importancia teniendo en cuenta que el 27,4% del país representa tierra desertificada, en la que viven todavía 400 millones de personas. Un problema que no es exclusivo del país asiático. El 24,1% de la superfice global es tierra desértica, habitada por un sexto de la población mundial.

## Árboles a cambio de formas de vida ecológica

En la reforestación han colaborado también grandes compañías tecnológicas como el grupo Alibaba. Su tecnofinanciera Ant, la mayor del mundo, puso en marcha hace cincos años el programa Antforest, que promueve el estilo de vida ecológico de sus usuarios plantando árboles en su nombre.

El programa recompensa a los usuarios de Alipay, la aplicación móvil de pago que utilizan más de mil millones de chinos, con puntos de «energía verde» por elegir actividades bajas en carbono. Entre ellas, usar el transporte público o bicicletas de alquiler para ir al trabajo, reciclar basura, consumir menos plástico, pagar sus facturas *online* o comprar productos

ambientalmente sostenibles. Una vez que los usuarios acumulan suficientes puntos, pueden elegir un árbol virtual en la *app*. Por cada uno de ellos, Alipay –en colaboración con varias ONG medioambientales– planta un árbol real cerca del desierto de Gobi o en otras diez provincias de China.

Más de cien empresas, incluidas cadenas de restaurantes, tiendas y empresas de comida a domicilio, trabajan con Ant Forest. Cuando los clientes escogen opciones bajas en carbono, como no pedir platos y cubiertos desechables con la comida o comprar electrodomésticos de alta eficiencia energética, pueden ganar «puntos verdes». Estos se pueden emplear en plantar árboles o en apoyar la biodiversidad en áreas protegidas. El proyecto se ha convertido en la mayor iniciativa de plantación de árboles del sector privado chino.

Ant Forest recibió en 2019 el premio «Campeones de la Tierra» del programa ambiental de la ONU y el de Acción Climática Global, también de Naciones Unidas, por aprovechar la tecnología digital para inspirar a cientos de millones de personas a adoptar «acciones verdes» en su vida cotidiana.

«Ant Forest muestra cómo la tecnología puede transformar nuestro mundo aprovechando la energía positiva y la innovación de los usuarios globales», consideró el jurado de la ONU al justificar el premio.

A diferencia de las tradicionales campañas de forestación, Ant Forest es altamente interactiva y transparente. Los usuarios pueden elegir diferentes tipos de plantas resistentes a la sequía basándose en el número de puntos que han ganado y monitorear el crecimiento de sus árboles en tiempo real a través de imágenes por satélite. También pueden intercambiar o juntar sus puntos con sus amigos para plantar un árbol más grande.

Más de 600 millones de personas se han sumado al programa, que ha plantado en cinco años 326 millones de árboles en un área de 1.000 kilómetros cuadrados en Mongolia Interior y Gansu, que comparten frontera con el desierto.

Se estima que los cambios en los hábitos de los usuarios que han participado y su estilo de vida bajo en carbono han reducido las emisiones en más de tres millones de toneladas hasta ahora.

El programa ha ayudado a crear 400.000 puestos de trabajo y generado ingresos al trabajar con agricultores para plantar árboles y desarrollar productos agrícolas orgánicos. También los ha conectado con plataformas

de comercio electrónico para vender sus productos *online*.

Ant Forest ha recibido elogios de conservacionistas en todo el mundo por su aproximación innovadora.

El exresponsable del Programa Medioambiental de la ONU, Erik Solheim, consideró que la aplicación «muestra que las finanzas digitales poseen un enorme potencial sin explotar para movilizar a la gente en apoyo del desarrollo sostenible y la lucha contra el cambio climático. Y este poder está realmente en las puntas de nuestros dedos a través de los dispositivos móviles».

La popularidad del programa en China demuestra que la gente está dispuesta a emprender acciones contra el cambio climático si se le ofrecen los medios para ello.

Un modelo que puede ser extendido a otras partes del mundo para animar a los usuarios a adoptar actividades y consumos bajos en carbono. De hecho, en junio de 2019, GCash, compañía líder en pagos móviles en Filipinas, introdujo el programa GCash Forest inspirado en el de Alibaba.

## Saihanba, el gran bosque que emergió del desierto

Pese a su cercanía al desierto de Hunshandake, antiguamente la zona de Saihanba era una especie de vergel en el norte de China, con agua y bosques abundantes. Sin embargo, al final de la dinastía Qing (1644-1912), la tala de árboles y el sobrecultivo fueron deteriorando su ecosistema hasta convertirla en un páramo arenoso.

Al desaparecer esa barrera verde natural, ciudades cercanas como Pekín y Tianjin empezaron a sufrir tormentas de arena a menudo.

Para evitar que el desierto se moviese hacia el sur, en 1962 se decidió crear un gran bosque de protección por medio de la reforestación de Saihanba, que abarcaba una superficie de 200 kilómetros cuadrados.

En septiembre de ese año, 369 jóvenes, de una media de veinticuatro años y procedentes de 18 provincias del país –algo menos de la mitad graduados universitarios o de escuelas técnicas–, se trasladaron al norte para intentar devolver el verde a la región.

«Entonces todo eran suelos de arena y montañas peladas. El viento levantaba la arena y la nieve hasta cubrir el cielo y dolía como una cuchillada en la cara», recuerda Zhao Zhenyu, uno de los integrantes de ese

primer grupo.

El altiplano de Saihanba está a 1.400 metros de altitud, por lo que la temperatura mínima en invierno puede alcanzar 43 grados bajo cero, con una media anual de 1,3. No había entonces ningún pueblo ni casi ninguna casa sobre los páramos baldíos.

Los jóvenes reforestadores tuvieron que usar tiendas de lona o cobertizos improvisados de madera y paja para vivir. Las noches de invierno eran muy duras con pocas cosas para calentarse.

«Me despertaba por la mañana con una capa de hielo en las cejas y en la manta. El colchón estaba congelado», explica Zhao.

Otro de los pioneros, Li Xiuzhu, que se retiró en 2002 tras haber trabajado durante 40 años en la recuperación de Saihanba, describe también la dureza de las condiciones al inicio del proyecto: «La mejor comida que teníamos allí entonces eran brotes de soja bañados en aceite. El agua que bebíamos era amarilla, derretida de la nieve del suelo». Aun así, Li cree que todo su esfuerzo merecía la pena: «Llevamos nuestra pasión al páramo y regamos los árboles con nuestro sudor».

En el primer año, más del 95% de lo plantado no sobrevivió; en el segundo, más del 92% tampoco. La frustración se apoderó de los pioneros, algunos abandonaron y la misión estuvo a punto de fracasar.

El responsable del proyecto, Wang Shanghai –que, junto con otros miembros de su equipo, se trasladó a vivir a Saihanba desde la ciudad–, no quiso dar su brazo a torcer e insistió en que los pinos podían crecer naturalmente en la montaña y que la reforestación humana era posible.

Los dos primeros años de fracaso llevaron al equipo de Wang a analizar qué había pasado y concluyeron que las plántulas traídas de otros lugares eran propensas a perder agua y calor durante el transporte, por lo que no podían adaptarse al viento y al helador clima de Saihanba.

Entonces decidieron cultivarlas ellos mismos sobre el terreno. En 1964 descubrieron el famoso «hoyo de la herradura», una zona rodeada de montañas junto a un pequeño río donde podrían tener más posibilidades de crecer las semillas autóctonas. Para proteger las plantas del viento, tuvieron que construir tiendas a su alrededor y vigilarlas constantemente. Pero al final el cultivo local resultó un éxito, produjo pinos más resistentes y ese año el índice de supervivencia de lo plantado fue de un 95%.

Desde entonces, el bosque no ha parado de crecer, sobreviviendo a duras

sequías y heladas. Los descendientes de los primeros pioneros continuaron la labor de sus padres, plantando y protegiendo los árboles como a sus propios hijos.

Durante 60 años, tres generaciones de reforestadores han aumentado la superficie forestal de la zona en un 80%, formando una enorme barrera verde ante el desierto.

«El pino en el altiplano nos trajo un mar verde. Es como una presa, frena la arena y retiene el agua», dice el ya octogenario Li, que se muestra «muy orgulloso» de lo conseguido por su generación.

El bosque actual proporciona 137 millones de metros cúbicos de agua a la zona de Pekín y Tianjin cada año, absorbe más de 860.000 toneladas de dióxido de carbono y libera cerca de 600.000 de oxígeno, según la Academia Forestal de China.

La comunidad de Saihanba recibió también en 2017 el premio «Campeones de la Tierra» de Naciones Unidas por «transformar un paisaje degradado en un exuberante paraíso».

Actualmente, se conoce como la Granja de Bosques Mecánica de Saihanba y se ha convertido en un parque forestal de 76.700 hectáreas, que continúa expandiéndose cada año.

## La imperiosa necesidad de aire limpio

En el invierno de 2012, la contaminación del aire en Pekín alcanzó extremos insoportables. Se llegó a acuñar el término *airpocalypse* para referirse a lo que vivían casi cotidianamente los habitantes de la capital, envueltos en una atmósfera gris y oscura.

El intenso desarrollo de China había traído consigo consecuencias desastrosas. Pocas cosas peores para la vida humana que no poder respirar aire puro ni ver el cielo limpio y claro.

Desde 2000 se había intentado luchar contra la polución del aire y, de cara a los Juegos Olímpicos de 2008, se adoptaron medidas provisionales que consiguieron reducir en casi un 25% la contaminación en la capital. Pero ese éxito duró poco.

Durante los años siguientes la situación empeoró y en 2012 se alcanzó un pico con una media de calidad del aire de 85 PM 2,5 en Pekín, más de diez veces superior al estándar de la Organización Mundial de la Salud (OMS),

situado en 10 PM 2,5.

Las PM 2,5 son partículas muy pequeñas suspendidas en el aire, de 2,5 micras de diámetro que tienen un efecto especialmente nocivo para la salud por su gran capacidad de penetración en las vías respiratorias. Proceden de varias clases de combustión, como la de automóviles, camiones o fábricas, y se ha demostrado que la exposición prolongada a ellas puede provocar enfermedades cardíacas y pulmonares, además de aumentar la mortalidad.

Todo el mundo en China comenzó a odiar la contaminación y a tomar conciencia de que la situación no podía seguir así. Desde el Gobierno central hasta el local, la industria o los ciudadanos.

En 2013, se lanzó un plan de acción con una inversión de 277.000 millones de dólares para reducir en cinco años en un 10% la contaminación de partículas PM 10 –también especialmente nocivas– y la de PM 2,5 en las ciudades de prefectura o mayor. También perseguía disminuir en un 25% la de PM 2,5 en las zonas populosas de Pekín-Tianjin-Hebei y los deltas del Yangtzé (Shanghái, Hangzhou) y el río de las Perlas (Cantón, Shenzhen, Hong Kong).

El Gobierno prohibió nuevas centrales de carbón y cerró varias antiguas en las zonas más contaminadas, incluyendo esas tres conurbaciones. Grandes ciudades como Shanghái, Shenzhen y Guangzhou restringieron el número de coches en las calles y empezaron a introducir autobuses eléctricos. Se redujo la capacidad de producción de acero y hierro y se cerraron minas de carbón.

En ciudades como Pekín, una parte importante del plan se centró en el transporte, impulsando el uso de los vehículos eléctricos y el transporte público a través de la ampliación de las líneas de metro y autobuses de propulsión eléctrica. Se redujo la concesión de matrículas a los coches de combustibles fósiles, que se concedieron sólo a través de un sistema de lotería. Las de los eléctricos se conseguían mucho más fácilmente, con lo que se animaba a los ciudadanos a comprarlos.

El plan también potenció el uso de las bicicletas, de larga tradición en China, a través del fomento de las plataformas de alquiler y la mejora de los carriles bici, muy extendidos en todo el país. En las ciudades chinas, uno puede ahora encontrar bicicletas de alquiler en casi cualquier esquina, junto a pequeños ciclomotores eléctricos.

Se limitaron los calentadores de carbón en los hogares del norte del país

proporcionando a la gente combustibles más limpios para calentarse. También se adoptaron políticas de prevención de las tormentas de arena reparando ecosistemas degradados en torno a las ciudades y aumentando los espacios verdes en su interior.

Sólo en Pekín, el presupuesto para combatir la polución del aire pasó de 434 millones de dólares en 2013 a 2.600 millones en 2017.

Según el programa de la ONU para el Medio Ambiente, a finales de 2017 el aire en Pekín se volvió mucho mejor. La media de partículas PM 2,5 se redujo hasta 58, un 35% menos en cinco años. Las concentraciones de dióxido sulfúrico cayeron más de un 93% desde los niveles de 1998 y las de dióxido de nitrógeno un 38%.

Los días de aire contaminado se volvieron menos intensos y también menos frecuentes.

«Comprender la historia de la polución de Pekín es crucial para cualquier nación, distrito o municipalidad que quiera seguir un camino similar», destacó Joyce Msuya, director ejecutivo del programa medioambiental de la ONU. «La experiencia de la ciudad ofrece lecciones que pueden aplicarse en prácticamente cualquier contexto». Según Msuya, «esta mejora de la calidad del aire no sucedió por accidente. Es el resultado de una enorme inversión de tiempo, recursos y voluntad política».

Otras provincias y los tres mayores conglomerados urbanos (Pekín-Tianjin-Hebei y los deltas del Yangtzé y el río de las Perlas) cumplieron sus objetivos.

Con todo, ninguna ciudad china había alcanzado las recomendaciones de la OMS de 10 PM 2,5. A finales de 2017, sólo 107 de las 338 ciudadades chinas de nivel de prefectura o mayor habían logrado el estándar interino de 35 PM 2,5.

En 2018, el Gobierno puso en marcha otro plan de acción, que intensificó los objetivos del anterior y fijó otros para reducir el dióxido sulfúrico y el dióxido de nitrógeno hasta 2020, además de establecer el número de días de buena calidad del aire que debía tener cada ciudad.

Los objetivos se extendieron a todas las ciudades de nivel de prefectura o superior, frente al anterior plan que se centraba sólo en las tres grandes aglomeraciones urbanas.

Se introdujeron medidas para ahorrar energía y reducir las emisiones de carbono rediseñando las centrales y se intensificaron los esfuerzos para

sacar los vehículos contaminantes de las calles. También se reajustó la industria de acero hasta conseguir emisiones ultrabajas y se promovió el desarrollo de equipos más ecológicos para la industria en general, especialmente la más contaminante.

El nuevo plan se enfocó también en el ozono y estableció objetivos para la reducción de los componentes orgánicos volátiles y el dióxido de nitrógeno en un 10 y un 15%.

Se introdujeron otras regiones como zonas clave, entre ellas la llanura de Fen-Wei, que incluye a Xian y otras partes de Shaanxi, además de Henan y Shanxi.

Hoy, prácticamente todas las ciudades del país tienen un aire mucho más limpio que en 2008, según el Instituto de Política Energética de la Universidad de Chicago (EPIC), responsable de los informes AQLI, que analizan la mejora de la calidad del aire y su impacto en la esperanza de vida. «Los impactos son persistentes y tangibles. La calidad del aire en las ciudades más pobladas de China ha mejorado dramáticamente desde 2013 y, en muchos casos, la calidad del aire ha superado los objetivos del plan de acción», señala su informe.

Los niveles de partículas PM 2,5 se han reducido de media en todo el país un 40% en siete años. Pekín ha experimentado el mayor descenso en este periodo, con un 55%. En el delta del río de las Perlas, las PM 2,5 cayeron un 49% y, en el del Yangtzé, un 41% desde 2013.

Las políticas puestas en marcha desde 2013 han creado mejoras de larga duración, a diferencia de las adoptadas durante los Juegos Olímpicos de 2008.

En Pekín, donde las PM 2,5 anuales bajaron de 85 a 38, una persona de media puede esperar vivir 4,6 años más como resultado, si la mejora es permanente, según el EPIC. En toda China, dos años más.

En 2021, la media anual de concentración de PM 2,5 en Pekín bajó hasta los 33 microgramos por metro cúbico, lo que supuso que la ciudad alcanzó por primera vez los estándares nacionales de calidad fijados en el plan quinquenal 2021-2025. La reducción fue de un 63,1% respecto a 2013, con una media de disminución anual del 7,9%.

Entre 2013 y 2020, China consiguió más de tres cuartos de la reducción global de partículas contaminantes, mientras que muchos de sus vecinos en el sur y el sudeste de Asia han visto crecer su polución en este periodo.

India, por ejemplo, fue responsable del 40% del aumento de la contaminación global.

Bangladés, India, Nepal y Pakistán han experimentado un aumento del 35% en la polución de partículas desde comienzos de siglo.

China se ha convertido en un modelo de cómo políticas audaces y efectivas pueden producir significativas reducciones de la polución en poco tiempo.

A EEUU le llevó dos décadas y múltiples recesiones reducir su polución media en un 40%, algo que China ha conseguido en sólo siete años mientras su economía continuaba creciendo a buen ritmo.

Uno de los autores del informe de EPIC, He Guojun, apunta que la calidad del aire continuará mejorando en China, aunque menos rápido. «Los costes se vuelven cada vez mayores y los obstáculos también para reducir emisiones», dice.

El mercado nacional de carbono, lanzado en julio de 2021, puede contribuir a reducir la polución, íntimamente relacionada con las emisiones de $CO_2$ y el uso de combustibles fósiles. En dicho mercado las empresas que contaminan mucho tienen que comprar cuotas o reducir sus emisiones, mientras que las de bajas emisiones pueden vender las que no necesitan para conseguir beneficios. Esto ayudará a las industrias a reducirlas.

## Las ciudades esponja: aprovechar el agua

El agua es uno de los bienes más preciados y escasos del planeta, imprescindible para la vida humana. El cambio climático, la urbanización y la polución han hecho que China se haya visto confrontada con dos serios problemas que parecen contradictorios en relación con el agua: la escasez y las inundaciones.

El norte de China sufre de escasez de agua a lo largo del año, mientras que el sur, pese a disponer en teoría de suficiente cantidad al contener el 80% de los acuíferos, también pasa por sequías en algunos periodos.

El cambio climático está además provocando lluvias cada vez más fuertes. En julio de 2021, la ciudad de Zhengzhou, en la provincia central de Henan, sufrió la lluvia más intensa registrada en siglos y unas inundaciones que causaron cerca de 300 muertos.

Las inundaciones se están convirtiendo en un permanente problema en el sur y el centro de China, especialmente en las últimas tres décadas. Sólo en el verano de 2020 el país sufrió 21 inundaciones a gran escala y más de 30 de sus ríos llegaron a niveles que nunca habían registrado.

Cuando regresó de EEUU en 1997, el urbanista y arquitecto chino Yu Kongjian se dio cuenta de que el proceso de desarrollo y urbanización de su país no iba por buen camino y empezó a publicar artículos académicos sobre la «seguridad ecológica». Yu había estudiado en Harvard y abandonó una lucrativa carrera como diseñador de casas de lujo en Los Ángeles para volver a China, donde empezó a dar clases en la Universidad de Pekín. Se pasó años, junto con otros de sus colegas, intentando convencer a la gente y a los dirigentes chinos de la necesidad de cambiar de modelo. Estaba convencido de que China estaba al borde de una crisis ecológica agravada por el cambio climático, que incluía inundaciones, desertificación, erosión y pérdida de biodiversidad. Además, pensaba que los problemas no se podían afrontar individualmente, ya que estaban vinculados, y que hacía falta una solución integral ecológica. Para ello proponía hacer que las ciudades esponja retuvieran el agua, redujesen su flujo y la limpiasen para poder recuperarla en tiempos de sequía.

Su idea se centraba en recargar los acuíferos y devolver el verde a las ciudades de forma que el ciclo natural se recuperase. Una solución holística basada en la antigua sabiduría agrícola china de gestión del agua y su milenaria experiencia de adaptación a la naturaleza.

En lugar de construir más canales, presas y muros contra las inundaciones, China debía convertir sus metrópolis en «ciudades esponja», despejando grandes zonas en los centros urbanos de baja altitud y llenándolos de parques y humedales.

En tiempos de abundancia, los espacios verdes interconectados pueden absorber y retener el agua. En tiempos de sequía, la pueden filtrar o reciclar para el uso de los hogares o dejarla correr a ríos cercanos.

En las ciudades esponja se usan pavimentos especiales que drenan el agua gradualmente, se plantan más árboles y se construyen edificios inteligentes en colores luminosos que reflejan mejor el calor en lugar de absorberlo. Las carreteras y las calles se cubren de hierba para que retengan mejor el agua. Incorporan el ciclo del agua en la planificación urbana a través de humedales urbanos o ecocorredores.

Yu llamó a todas las puertas. En 2006 consiguió presentar su visión al entonces primer ministro, Wen Jiabao, quien le encargó un informe. Envió cartas a alcaldes, a ministros, a medida que iba emergiendo un consenso entre la dirigencia del país sobre la necesidad de un cambio de rumbo ecológico. Hasta que en 2013, tras una grandes inundaciones en Pekín, escribió al Gobierno de la capital y al ya presidente, Xi Jinping, y consiguió que aceptasen sus propuestas.

Dieciséis ciudades chinas, entre ellas Pekín, Shanghái, Shenzhen, Tianjin y Wuhan, comenzaron en 2015 a construir zonas de demostración de proyectos esponja de al menos 15 kilómetros cuadrados.

Rápidamente, el concepto adquirió una escala nacional, y actualmente se han llevado a cabo más de 40.000 proyectos de este tipo en diferentes ciudades. El 70% de sus ciudades se convertirán en «esponjas» en 2030, cuando el país estima alcanzar el pico de sus emisiones de carbono.

Lo que empezó como una intervención concreta para gestionar las inundaciones urbanas se ha convertido en uno de los pilares del concepto chino de civilización ecológica.

## Yu Kongjian, el padre de las esponjas

Hablamos con Yu Kongjian, el creador del proyecto, mientras trabajaba en su oficina en un pueblo de la provincia oriental de Anhui, en una habitación de techos de cristal, iluminada naturalmente, llena de plantas y con las paredes cubiertas de verde.

«El agua es la clave para resolver todos los problemas medioambientales: la polución, la pérdida de hábitat y biodiversidad o el cambio climático. La civilización industrial es el problema. Todos los problemas que afrontamos hoy, incluida la covid, son producto de la civilización industrial. La ciudad esponja es una solución integral, manejable y operacional de civilización ecológica. Equilibra el ciclo del agua, no sólo resuelve el problema de inundaciones, sino el de las sequías».

Yu, un idealista de entusiasmo contagioso, explica que su proyecto se puede aplicar a todo tipo de ciudades e incluso a países enteros. «Una nación esponja, un planeta esponja, una tierra esponja», dice.

Cuando volvió de América hace 25 años, advirtió de que el proceso de urbanización de China iba por mal camino: muchos ríos se canalizaban, se

cubrían los humedales, se agrandaban las calles en las ciudades y se rellenaban los acuíferos y lagunas en el campo.

El arquitecto compara el paso de la civilización industrial a la ecológica con el cambio que acabó con la antigua práctica china de vendar los pies a las mujeres.

«La Revolución industrial se convirtió en un cambio fundamental para la civilización agrícola. El paso de la civilización industrial a la ecológica es una revolución también. Hay que eliminar el cemento, las presas y los sistemas de diques. Todo eso es posible, de otra forma no sobreviviremos, es una cuestión de supervivencia. Debemos cambiar el modo de vivir, de diseñar nuestros edificios y las infraestructuras».

Cree que políticos como Xi «entienden muy bien los problemas ecológicos», pero se queja de que el problema son los ingenieros y académicos que «no se ocupan de los problemas prácticos sobre el terreno».

«Hay que cambiar el sistema intelectual, tenemos demasiadas publicaciones y conocimiento, pero el problema es venir a hacerlo sobre el terreno». En este sentido, insiste en que la civilización ecológica es «una revolución, en la que tienes que cambiar tu modo de vivir, de producir».

Yu ha puesto en marcha 500 proyectos en más de 250 ciudades chinas en todas las provincias del país. También lo llaman de otros países como Tailandia, México o Rusia.

Cree que China puede contribuir al mundo con la revitalización de la sabiduría ecológica de su antigua civilización agrícola, basada en la adaptación a la naturaleza durante 5.000 años.

«Si ves cómo sobrevivíamos en estas inundables cuencas, la agricultura china basada en el agua provee soluciones para el problema global actual. Cultivábamos arroz que necesitaba agua en un clima monzónico, por lo que era necesario recoger el agua, retenerla y regularla en la época seca. Y para eso teníamos el sistema de estanques y lagunas, para la cultura del arroz. El cambio climático ha hecho muy válida esta antigua civilización, que habíamos olvidado».

# VI

# LA REVOLUCIÓN PRAGMÁTICA

La práctica es el único criterio de la verdad.

Deng Xiaoping, 1978

## La milenaria tradición pragmática china

El pragmatismo, el método de experimentar y buscar la mejor solución a los problemas que plantea la realidad, no es en absoluto ajeno a la cultura china.

Desde hace miles de años, los chinos han probado diferentes formas de adaptarse a la naturaleza para mejorar las cosechas o canalizar los ríos y sus alquimistas ensayaron con diversas sustancias para conseguir aquello que en un momento determinado la sociedad necesitaba.

No en vano, muchos de los grandes inventos de la humanidad tuvieron su origen en China, cientos de años antes de que llegasen a Occidente: la pólvora, el papel, la imprenta, la brújula, el sismógrafo, el reloj, la porcelana, la seda, el calendario, el papel moneda, el té y tantos otros.

La antigua ciencia china se basaba principalmente en la experiencia y solía tener como fin su aplicación práctica para cubrir las necesidades del ser humano. No se hacían apenas teorías formuladas a partir de un análisis o un método lógico. La cultura china carecía del desmenuzamiento racional y analítico de los fenómenos de la naturaleza, tan propio de Occidente. Sabían cómo usar los avances e instrumentos científicos, pero poco de las razones sobre por qué usarlos. Ponían más atención a la experiencia, la integración y la practicidad que al análisis y la teoría.

Inventaron la pólvora, mucho antes de que el resto del mundo la conociese, principalmente para hacer fuegos artificiales. Después hicieron con ella también algunas armas, pero no desarrollaron grandes técnicas armamentísticas porque no las necesitaban. Cientos de años después, cuando los europeos llegaron a China con avanzadas armas de fuego que

usaban la pólvora inventada por sus ancestros, el armamento de los chinos estaba mucho menos desarrollado y sucumbieron fácilmente ante los británicos durante las Guerras del Opio.

Las matemáticas, la agricultura, la astronomía y la medicina eran las ciencias más importantes en la antigua China. Saberes orientados a su aplicación, generados y desarrollados para cuestiones prácticas.

Aunque las matemáticas son en principio abstractas y teóricas por naturaleza, los chinos de entonces no elaboraban teorías ni un sistema deductivo; se centraban en los usos prácticos de los algoritmos. Los trabajos más representativos de la tradición matemática china son colecciones de problemas prácticos y operaciones para solucionarlos. En este sentido, no eran vistas como una ciencia teórica, sino como una técnica o un arte.

Los hombres de ciencia chinos estudiaban astronomía porque era útil para la producción agrícola. No les importaban las leyes ni las teorías. Analizaban los cuerpos celestes y registraban extraños fenómenos en el cielo para encontrar augurios para la corte imperial.

China disponía ya de un observatorio astronómico en el año 2000 a.C., mientras que en Europa no los hubo hasta el siglo XVII.

Las ciencias básicas y la metafísica no tenían excesiva preponderancia porque no eran prácticas. «En una palabra, China no tenía ciencia, porque de todas las filosofías, la china era la más humana y la más práctica», explica el historiador y filósofo chino Youlan Feng, reiniciador del estudio de la antigua filosofía china en el siglo XX.

Aunque se estudiaba mucho y asiduamente, el estudio de las ideas abstractas era considerado un suplicio.

En Occidente, la ciencia como objeto de estudio por sí misma se consideraba más importante que la ciencia de la producción. En China era justo lo contrario.

Aunque en la China moderna la ciencia tradicional fue reemplazada por la occidental, el cambio no afectó a su concepción orientada a la práctica. Los chinos siguieron usando la ciencia occidental como un instrumento pragmático.

«Si paramos el progreso de la ciencia y atendemos sólo a sus aplicaciones, degeneraremos en gente como los chinos, que no han hecho progresos durante generaciones porque se han contentado con aplicarla sin buscar las razones de lo que habían hecho», argumentó en 1883 el físico

norteamericano Henry Rowland (1848-1901). «Contentándose con el hecho de que la pólvora explota y no buscando más allá, se han quedado atrás en el progreso del mundo y ahora vemos a esta más antigua y poblada nación sólo como bárbaros», decía.

## La práctica y el proceso de reforma

Desde 1949, la visión marxista de la ciencia, que enfatizaba también su concepción práctica para satisfacer las necesidades de la gente, ha desempeñado también un papel esencial en el desarrollo en China.

Con el proceso de reforma y apertura de 1978, la idea pragmática de la ciencia y la cultura china comenzó a aplicarse también en la política y en la administración pública.

Deng Xiaoping, el gran impulsor de la reforma, instó a «buscar la verdad en los hechos» y a «dejar que la práctica sea el único criterio de la verdad», sentando las bases ideológicas del proceso de cambios que convertiría a China en una superpotencia económica.

Deng ya había llamado en los años sesenta a adoptar un enfoque pragmático para relanzar la producción agrícola citando un proverbio tradicional de la provincia de Sichuan: «No importa que el gato sea blanco o negro mientras cace ratones».

Otra de sus famosas frases, «cruzar el río sintiendo las rocas», apelaba también al empleo de la experiencia práctica como guía, en lugar de enfrascarse en teorizaciones y discusiones ideológicas.

La reforma económica china fue un proceso gradual de intentos de cambio seguidos de la institucionalización de aquellos que mostraban su éxito. Un proceso de continuo aprendizaje, adaptación, ensayo, puesta en práctica y generalización en el que se exploraron métodos científicos y racionales.

En las zonas rurales, por ejemplo, el contrato de responsabilidad familiar –fundamental para el desarrollo posterior– se introdujo de forma generalizada como política nacional sólo después de las innovaciones espontáneas llevadas a cabo por un grupo de agricultores a nivel local, tal como hemos desarrollado en páginas anteriores.

Las reformas administrativas siguieron también ese enfoque pragmático y fueron clave para los cambios que se acometieron en China después de

1978.

Siempre había sido muy difícil llegar a ser un empleado público. Durante las dinastías, los exámenes eran muy severos e incluían multitud de conocimientos y capacidades. Los grandes filósofos y poetas solían intentar acceder al funcionariado, considerado como una de las profesiones más dignas y respetables.

## De acuerdo al sitio, haz un buen traje

Con la reforma, se intensificaron los requisitos y las calificaciones exigidos, al tiempo que se descentralizaban la administración pública y la gestión económica, lo que se demostró como un formidable motor del crecimiento económico al crear y fomentar la competición local.

Empezaron a evaluarse las políticas por sus resultados y rendimientos. El pragmatismo se aplicó a la tradición china de seleccionar personas capaces y bien preparadas para la administración.

El Gobierno central guiaba e incentivaba las respuestas adaptativas de los funcionarios a diferentes niveles, más que señalar planes precisos. El papel de los oficiales locales era encontrar soluciones locales a los problemas locales. Se los capacitó para desplegar los recursos disponibles con el fin de resolver los problemas sobre el terreno.

Los mercados emergentes reforzaban las instituciones y estas, una vez fortalecidas, preservaban el mercado.

Es lo que la profesora de Singapur Yuen Yuen Ang llama «improvisación dirigida» en su libro *Cómo China escapó de la trampa de la pobreza.* Un modelo de gestión híbrido que combina la dirección de arriba abajo con la improvisación de abajo arriba. Un sistema adaptativo flexible basado en señales políticas, definiciones concretas del éxito, incentivos a todos los niveles administrativos y promoción de los nichos de mercado regionales

Los países, según la teoría de Yuen Yuen, no tienen por qué continuar atrapados en «economías pobres e instituciones débiles». A su juicio, China demostró la posibilidad de emplear las instituciones existentes para generar crecimiento inclusivo, lo que, a su vez, estimuló la evolución institucional.

Ella sostiene que en los países con instituciones débiles estas pueden ayudar a crear mercados que, a su vez, estimulan instituciones más fuertes, que contribuyen a preservar los mercados.

En definitiva, la cuestión central es empoderar a los oficiales locales para experimentar con estrategias, implementar las mejores de ellas, crear nichos de mercado de acuerdo con las circunstancias locales y fomentar la diversidad.

China aplicó una enorme diversidad de soluciones en función de las condiciones locales de cada lugar, aprovechando al máximo sus recursos específicos, siguiendo la máxima de un antiguo proverbio chino que dice «De acuerdo al sitio, haz un buen traje».

Hay que tener en cuenta que se trata de un país enorme y extraordinariamente diverso, con zonas tropicales, estepas, desiertos, grandes ríos, montañas y mares –sólo la provincia de Hunan tiene una extensión similar a la de Francia y la de Anhui es como Reino Unido–; y también que, apenas una generación atrás, era un país muy pobre.

Durante todo el proceso de reforma, China consiguió profesionalizar su burocracia, actualmente la mayor del mundo, formada por cerca de 50 millones de personas.

Los oficiales del Partido y de la administración a todos los niveles: central, regional y local, se sometieron a un sistema de incentivos y rendición de cuentas según los objetivos de rendimiento asignados. Se concedió más discreción a los funcionarios locales para adoptar decisiones de las que luego debían responder. Un modelo de recompensas y castigos en función de los objetivos propuestos se extendió a cada nivel de la administración. De esta forma, se puso en práctica un sistema de presión que incentiva y obliga a los Gobiernos locales a ser competitivos e innovadores.

Mientras tanto, el despegue económico iba aumentando los recursos y cambiaban los objetivos de desarrollo.

Se pusieron en marcha test piloto de gestión del rendimiento en diferentes áreas de la administración como los Gobiernos locales, las agencias gubernamentales, los proyectos o el gasto presupuestario del Gobierno central. Además de incentivar a los funcionarios, el Partido y el Gobierno pusieron en práctica acciones para mantenerse abiertos a las elites y a los ciudadanos en general.

El PCCh anunció que los empresarios privados eran también trabajadores y podrían ser miembros del Partido. Líderes de grandes tecnológicas como Ma Huateng, de Tencent, o Lei Jun, de Xiaomi, son delegados de la

Asamblea Nacional Popular (el Parlamento chino), mientras que otros como Jack Ma, fundador de Alibaba, son miembros del Partido.

También se reforzaron las políticas para reclutar y promover a funcionarios con experiencia en el trabajo de base.

La reforma administrativa permitió modernizar todos los niveles de gobierno, además de atraer y retener a las elites. La proporción de funcionarios con un título universitario pasó del 30% en 1992 al 86% en 2007.

## Un constante proceso de aprendizaje

Y todo ello se pudo llevar a cabo gracias a una continua actitud pragmática, que ponía en práctica lo que mejor funcionaba, combinando las características propias de la tradición china con lo que mejor podía adaptarse de los modelos occidentales, en un constante proceso de aprendizaje.

De acuerdo también con la tradicional moderación china, todo se realizó gradualmente, comprobando primero las consecuencias de cada paso, y no se realizaron reformas radicales.

Primero se ponían en marcha experimentos piloto de forma controlada en las instancias administrativas o regiones más adecuadas. Si funcionaban, se expandían. En caso de necesitar un ajuste, se adaptaban hasta que llegasen al punto en que podían aplicarse en la forma pretendida y luego se convertían en políticas formales a nivel nacional.

La aproximación pragmática y la planificación a largo plazo son dos de las ventajas fundamentales del sistema de gobierno chino en multitud de campos, ya sea la lucha contra la pobreza, las desigualdades, la contaminación, la corrupción o en el control de riesgos.

El pragmatismo fue inventado por la escuela de filosofía moderna de EEUU a finales del siglo XIX, a partir del pensamiento de William James y John Dewey, y se convirtió en dominante en ese país a principios del XX. El chino, en su concepción práctica, viene de mucho más atrás y está orientado a obtener una rápida aplicación y una rápida valoración de los resultados.

Para el pragmatismo, la verdad y la bondad deben ser medidas de acuerdo con el éxito que tengan en la práctica. Es esencialmente antifundamentalista, ya que renuncia a la búsqueda de la certeza última. La

verdad no está en lo que es verdadero o falso, sino en lo que es beneficioso o inútil.

La China de la reforma y la apertura se enfrentó a multitud de complejos e inéditos problemas como la desigualdad económica, la polarización social, la polución medioambiental, la división entre el campo y las ciudades o la corrupción.

El pragmatismo ha ayudado a China a afrontar y resolver muchos de estos problemas que se iban generando mientras transformaba su economía, su administración y su forma de gobierno. En este sentido, la dirigencia abandonó por completo el enfoque dogmático de los problemas y de la gobernanza y se adaptó como un flexible bambú a las necesidades de cada momento.

El PCCh se reinventó como un partido de gobierno pragmático y su legitimidad pasó a estar centrada en el desempeño de su política y los resultados.

La meritocracia –basada en el mérito, la experiencia y las capacidades de gestión– se aplicó a todos los niveles del Partido y la administración. Sólo los funcionarios con amplia experiencia en el trabajo de base y buenos resultados pudieron ir ascendiendo en el escalafón, desde la administración local hasta los niveles regional o central.

Las antiguas elites de poder en el partido dieron paso gradualmente desde la base a nuevos líderes económicos y sociales, entre los que también figuraban empresarios, una vez que estos pasaron a pertenecer a la clase trabajadora.

Cerca del 40% de los empresarios chinos eran miembros del PCCh en 2013, cuya militancia es mayoritariamente de clase media.

Antes de 1978, la administración estaba prácticamente integrada en el PCCh y los funcionarios eran miembros del Partido. La reforma administrativa separó al Partido del Estado con el objetivo de promover la eficiencia y la autonomía administrativas. La administración se ha despolitizado en gran medida. El Partido sigue supervisando a los cuadros y es el que toma las decisiones importantes, pero la rendición de cuentas ha perdido el cariz político y se basa en la eficacia y el rendimiento.

Una política o una persona no podían ser rechazadas basándose sólo en motivos ideológicos por ser de derechas, de izquierdas o «capitalista». Las decisiones debían ser justificadas en términos de sus efectos en el

crecimiento económico y la modernización del país.

A nivel local, la administración se centró en conseguir resultados con acciones concretas y fue dotada de más capacidad de decisión descentralizada e incentivos.

Se establecieron diferentes criterios para medir el rendimiento desde la base hasta la dirección a nivel local, basados tanto en la cantidad como en la calidad, con objetivos que no sólo contemplaban el crecimiento económico, sino también la seguridad en el trabajo, la protección ecológica o el bienestar general de la población.

También se privatizaron muchas compañías estatales y se descentralizó su gestión. En diciembre de 2015 había sólo 106 empresas supervisadas directamente por el Gobierno central, que se ocupaba básicamente de la coordinación macroeconómica y la regulación de los mercados.

En la segunda década de 2000, la tendencia de reducción de las políticas de bienestar social iniciada con la introducción del libre mercado comenzó a revertirse. El Gobierno puso en práctica continuos autoajustes a medida que se iban produciendo los cambios, aunque siempre manteniendo e incluso reforzando el liderazgo político del Partido, una condición que se ha considerado clave en todo momento para acometer las reformas.

Otro factor decisivo a lo largo de esta evolución es que el Gobierno ha evitado ser coptado por grupos de interés económicos o empresariales. Es una característica distintiva de China, que ya se daba en gran medida en la época dinástica y que le confiere gran autonomía de decisión a la hora de afrontar diferentes problemas.

La mentalidad pragmática, llevada a un primer plano por Deng Xiaoping desde el principio, impidió las disputas ideológicas.

Las reformas se pusieron en práctica a través de proyectos piloto, primero en áreas donde eran más fáciles de adoptar con el fin de que encontrasen menor resistencia y se pudiesen identificar rápidamente nuevos problemas.

China no es partidaria de las «terapias de choque». La moderación es un rasgo central de la cultura china desde antiguo. Los cambios se fueron aplicando de manera gradual. Aunque las reformas dieron lugar a transformaciones radicales en apenas cuatro décadas y siguen propiciándolas. Un ejemplo de las políticas graduales ha sido la abolición de la política del hijo único, vigente desde 1980. En 2013 se estableció que una familia podía tener dos hijos si la madre o el padre eran hijos únicos. A

finales de 2015 se anunció que todas las familias podían tener un segundo hijo. Y en 2021 se permitió tener tres.

Otra de las características del Gobierno chino, derivada del taoísmo y relacionada con el pragmatismo, es la sensación de que no interfiere en general en la vida cotidiana de los ciudadanos. «El mejor gobernante es aquel de cuya existencia la gente apenas se entera», decía el *Tao Te Ching*.

Al contrario de lo que se suele creer, el poder no «se nota» en el país. La policía no lleva armas y su presencia en las calles es mucho menor que en la mayoría de países del mundo. En el relativo desorden del tráfico que impera en las calles chinas, motoristas, ciclistas e incluso peatones se saltan a menudo los semáforos sin grandes preocupaciones. No se tiene la sensación de vivir controlado o vigilado.

El pragmatismo sigue muy presente en la política, la economía y la sociedad chinas actuales. Para infinidad de objetivos se experimentan medidas y se eligen aquellas que dan mejores resultados tanto a nivel individual como empresarial o de gobierno, ya sea reducir las desigualdades, implementar nuevas vías de desarrollo sostenible, mejorar la educación y la sanidad, o aplicar nuevas tecnologías a diversos sectores.

Como ya se ha apuntado, el Gobierno continúa usando la idea de los proyectos piloto para ensayar nuevas políticas en diferentes lugares del país. Desde el de Shenzhen como «nueva ciudad socialista» hasta el de Zhejiang como modelo de prosperidad compartida, pasando por muchos otros, como el de las ciudades esponja.

En política exterior también se suele aplicar una aproximación pragmática. China prioriza las relaciones económicas y de amistad por encima de cualquier consideración ideológica. No le interesan las discusiones ideológicas o morales con otros países.

### Shenzhen, la ciudad modelo del socialismo chino del futuro

En agosto de 2019, el Gobierno anunció el plan que designaba a Shenzhen como una zona piloto de demostración del socialismo con características chinas.

La ciudad, vecina a Hong Kong, era un pequeño pueblo de pescadores hace 40 años. Ahora es una gran metrópoli de 13 millones de personas y uno de los principales centros de las compañías de alta tecnología del país.

Se lo considera el Silicon Valley chino, por la cantidad de jóvenes profesionales y empresas de nuevas tecnologías que acoge.

Su PIB no ha parado de crecer y multiplicarse en los últimos años y ha superado ya al de Hong Kong.

La inversión en investigación y desarrollo de Shenzhen es de un 4,2% del PIB, el doble que la media nacional. Sus demandas para registrar patentes suponen cerca de la mitad del total de China.

Se trata de una ciudad que ha tenido siempre un estatus especial, desarrollada, moderna y muy rica. En ella se estableció una de las zonas de libre comercio durante la reforma y apertura. Su PIB per cápita es de cerca de 30.000 dólares, tres veces más que la media del país.

Es la sede de grandes tecnológicas chinas como Huawei, Tencent, Baidu o la automovilística BYD, y también de miles de pequeñas y medianas *startups* que buscan su hueco en el dinámico paisaje de innovación de la ciudad, que congrega a más de 14.000 empresas de alta tecnología.

La proximidad al centro financiero de Hong Kong, los incentivos a la inversión y al establecimiento en la ciudad, como la reducción de alquileres o impuestos, y las sinergias de unas empresas con otras –clave en el sector tecnológico– han atraído a cientos de miles de emprendedores e ingenieros, haciendo de la ciudad un extraordinario núcleo de talento.

Shenzhen se formó con gentes llegadas de todas partes de China por lo que es una ciudad muy abierta, sin rasgos culturales especialmente distintivos. Su esencia es una suerte de mezcolanza de diferentes características de todo el país, que acepta al que llega de fuera en función de lo que pueda aportar y de sus propios méritos.

El proyecto piloto de ciudad socialista del futuro ha concedido a Shenzhen una mayor autonomía de la que ya tenía. El Gobierno local podrá convertir en urbanizables tierras sin uso o agrícolas y reformar el sistema de permisos de residencia *(hukou),* que había dejado a muchos inmigrantes sin poder acceder a servicios como la educación o la salud por no estar censados en la ciudad.

Tiene previsto expandir los derechos para realizar más experimentos con el yuan digital y reformar los derechos de propiedad intelectual también en sectores más allá de la tecnología.

Las zonas económicas especiales y de libre comercio de la ciudad continuarán abriéndose para atraer también inversión extranjera en sectores

como inteligencia artificial, logística, energía alternativa o semiconductores. El capital extranjero tendrá acceso a nuevas áreas hasta ahora restringidas a los chinos en sectores como la energía, las telecomunicaciones, los bienes públicos, el transporte, la educación o la medicina.

El plan ayudará a desarrollar el área de la Gran Bahía, que incluye nueve grandes ciudades de la provincia de Guandong, como Shenzhen, Cantón o Zhuhai, además de dos regiones especiales administrativas como Hong Kong y Macao.

La Gran Bahía, formada por todas esas metrópolis en torno al delta del río de las Perlas, es la conurbación más grande del mundo, con una población total de más de 70 millones de personas.

El proyecto piloto prevé que Shenzhen se situé en 2025 entre las ciudades líderes del mundo en fortaleza económica y desarrollo ecológico, con un gran nivel de investigación e inversión y una excelente capacidad de innovación industrial, además de una potencia cultural con servicios públicos de calidad.

A mediados de siglo, pretende convertirse en «una referencia global de competitividad, creatividad, innovación e influencia», según el plan.

La ciudad implementará un sistema más abierto para el acceso del talento foráneo y permitirá a los extranjeros con residencia permanente crear compañías científicas y tecnológicas, además de actuar como sus representantes legales.

Shenzhen continuará abriéndose a Hong Kong y Macao, profundizando el modelo de desarrollo colaborativo entre estas ciudades y facilitando el flujo de personal, capital, tecnología e información con ellas. También en el terreno cultural se reforzará la cooperación entre las tres.

Muchos de los precedentes del proceso de reforma y apertura se originaron en Shenzhen. En este sentido, ha acumulado una experiencia valiosa para el camino del socialismo con características chinas. Es un buen modelo de la gestión de la relación entre el mercado y el Estado desde el comienzo del proceso de reformas.

En su estrategia de desarrollo impulsada por la innovación, Shenzhen creará centros científicos de nivel estatal, laboratorios centrados en 5G, IA, ciencia del ciberespacio, biomedicina, tecnología de la información y academias de ciencia médica, con nuevos mecanismos de operación.

El impulso de la cooperación con el extranjero es un aspecto fundamental

del proyecto piloto, por lo que se promoverán y facilitarán los intercambios internacionales.

Una de las claves del proyecto de Shenzhen es la cooperación con Hong Kong. En algunas áreas fronterizas entre las dos ciudades se crearán zonas económicas especiales, que incluirán territorios de ambas y aprovecharán sus sinergias. La especialización financiera de Hong Kong facilitará la creación y el desarrollo de las compañías tecnológicas de Shenzhen y viceversa.

## Reducir el poder del Gobierno y aumentar el del mercado

En la Universidad de Shenzhen, entrevistamos a la profesora Tao Yitao, directora del Centro para la Investigación de las Zonas Económicas Especiales de China.

Al frente de un equipo de expertos, Tao investiga todo lo relacionado con los proyectos piloto del país y tiene una amplia experiencia sobre los problemas prácticos que estos suelen afrontar sobre el terreno.

### *¿Por qué se ha elegido a Shenzhen como modelo de ciudad para todo el país?*

Shenzhen fue una de las zonas económicas especiales que tuvo más éxito desde el comienzo de la apertura y reforma.

Su función principal ahora como proyecto piloto será liderar la profundización de las reformas y la modernización de la economía china. Si el ensayo es exitoso, la experiencia se extenderá a todo el país.

En estos años los problemas que tuvimos no fueron sólo económicos, sino más bien de la estructura política y el sistema político. Es imprescindible realizar una reforma estructural.

Shezhen tiene cinco funciones principales en el programa piloto: abordar la reforma política y la de la estructura económica, conformar una sociedad gobernada de acuerdo a la ley, avanzar en la internacionalización y elevar el bienestar.

### *¿Qué medidas se aplicarán?*

La reforma política perseguirá que los poderes del Gobierno se reduzcan. Avanzar en una menor regulación y un mayor papel del mercado. Tanto el poder del Gobierno central como el local serán reducidos, primero el del central. Si tenemos éxito, otras ciudades podrán emprender también reformas para reducir el poder de la administración.

Si queremos más poder de mercado, necesitamos reducir el poder del Gobierno, pero al mismo tiempo el mercado debe estar bien establecido y regulado. El objetivo es equilibrar el peso de la administración y el del mercado.

Hay una larga tradición en China de que, si un oficial del Gobierno cambia, todo bajo su control cambiará. La sociedad sigue más las directrices del funcionario que las reglas. Queremos cambiar esto, crear una ley estable y una serie de reglas que regulen el mercado y la sociedad. De este modo, si un oficial cambia de posición, todo puede seguir las reglas previas y funcionar sin contratiempos.

Creemos que la sociedad occidental lo ha hecho mejor que la china en estos estándares. Tratamos de aprender de eso. Uno de los puntos clave es cómo proteger el derecho de propiedad intelectual, tenemos previsto crear la ley de protección de la propiedad intelectual para reducir los costes de transacción.

## *¿Cómo será la cooperación con Hong Kong?*

El Gobierno central intenta mover al país hacia más innovación y creación tecnológica; necesitamos tecnología innovadora. En esta fase, Shenzhen y Hong Kong están construyendo una especial relación. Shenzhen tiene más innovación tecnológica y Hong Kong más tecnología financiera. Ambas pueden trabajar conjuntamente y dar los primeros pasos para llevar al país a un nivel más creativo e innovador.

En Shenzhen, más del 90% de las compañías de alta tecnología son privadas. Eso sólo sucede aquí en toda China, es muy específico de la ciudad. Más del 90% de la inversión en tecnología, de las patentes desarrolladas y de las patentes aplicadas vienen de firmas privadas. La ciudad desempeña un importante papel en aprovechar el cambio tecnológico para convertir la manufactura tradicional en manufactura de alta tecnología.

La ciudad también intentará al mismo tiempo mejorar el bienestar social y el desequilibrio de ingresos en China, reducir la brecha entre ricos y pobres.

*¿Qué medidas se adoptarán para reducir las desigualdades de ingresos entre la población?*

En primer lugar, se intensificarán las transferencias gubernamentales para aumentar los ingresos de la gente pobre a través de subsidios y se incrementarán los impuestos a los más ricos.

El Gobierno también quiere aumentar la presencia internacional, creemos que necesitamos más gente extranjera trabajando en China y que la industria se abra más al exterior. Llevar a cabo más exportaciones e importaciones no es una auténtica apertura al exterior. Necesitamos que la industria se abra más al exterior y que más expertos de fuera contribuyan a mejorar, con los expertos chinos, la economía mundial.

*En la conversación participan varios expertos universitarios del equipo de Tao e interviene también la profesora Li Fan, subdirectora del centro de investigación:*

Una lección que aprendimos de la economía estadounidense es la de tratar de repotenciar nuestra manufactura. Al principio, la gente creía que la alta tecnología era la clave del éxito de Shenzhen, ahora creemos que además necesitamos impulsar la manufactura, que ofrece más oportunidades laborales para la gente con menos recursos, además de ser la base de la economía nacional.

Si podemos fomentar el empleo, aumentarán los ingresos. La solución de la brecha social y el bienestar social no puede depender sólo de las transferencias del Gobierno. La forma de aumentar los ingresos de la gente más pobre es conseguir que se empleen en la industria manufacturera. Es el trabajo al que pueden acceder. Nuestra intención es convertir la industria manufacturera en una de alta calidad.

El precio de la tierra es muy caro en Shenzhen. Sacamos la manufactura de bajo nivel fuera de la ciudad y dejamos sólo la de alto valor añadido. Y las que sacamos las movemos a una ciudad cercana como Guizhou o Dongguang, intentamos mejorar el bienestar alrededor.

Respecto a las sinergias entre Shenzhen y Hong Kong, intentamos que la gente de diferentes sistemas trabaje junta. En las zonas económicas especiales fronterizas de Hetai y Zenghai la industria de servicios trabajará mano a mano con la de alta tecnología. Las empresas podrán decidir si aplican las leyes de Hong Kong o las de Shenzhen, con políticas de impuestos preferentes. Hay muchas diferencias impositivas en un lugar y otro. En Shenzhen son de entre un 20 y un 30%, en Hong Kong no llegan al 10%. También respecto a la seguridad social. En Hong Kong no hay seguridad social pública, es privada y depende de la empresa donde trabajas, no todo el mundo tiene pensión allí.

Quienes operen en la zona de Hetai, aunque sea desde territorio hongkonés, no se considerará como que trabajan allí, sino en la China continental.

Además de las zonas piloto, está el proyecto de la Gran Bahía del río de las Perlas, de la que Shenzhen aspira a ser líder. Hay mucha competición entre las ciudades. Hong Kong y Shenzhen se centrarán en difentes industrias en las que no operen las otras, para sacar ventaja de nuestro propio papel. La idea es no competir en la misma industria y que haya más colaboración. Estudiamos cómo poner en marcha un camino más exitoso, fomentar la cooperación entre las ciudades y que no compitan unas con otras.

Es un desafío, no hay ejemplos a nivel internacional. Intentamos aprender de la UE, pero son diferentes países. Del área de Nueva York, por ejemplo, pero también es diferente. A su alrededor hay distintas ciudades bajo el mismo gobierno, pero su bahía tiene el mismo sistema social. En el área de la Gran Bahía de las Perlas tenemos dos sistemas, en el continente socialismo y en Hong Kong y Macao capitalismo. El reto es cómo pueden varias ciudades con diferentes sistemas construir una unión de desarrollo económico a nivel nacional.

Otro caso específico es la relación entre Shenzhen y Cantón, que es la capital de la provincia de Guandong a la que pertenece también la primera. Normalmente, las ciudades deben transferir sus impuestos urbanos a la provincia, pero Shenzhen los transfiere directamente al Gobierno central. Tiene un estatus muy especial como ciudad. Construir también una mejor relación de cooperación con Cantón y con el resto de ciudades de la provincia es quizá uno de los mayores desafíos.

*¿Además de las medidas económicas, qué otras aborda el proyecto de ciudad modelo de Shenzhen en campos como la cultura o la ecología?*

Desde hace años, el Gobierno local ha hecho grandes esfuerzos para solucionar el problema de la polución. Construimos muchos jardines y parques. Actualmente hay 1.090 parques en la ciudad, algo que la diferencia de Pekín o Shanghái. Además, el desarrollo estará centrado en la industria de alta calidad y la digitalización y modernización de la manufactura tradicional desde una perspectiva ecológica.

La idea es continuar reforzando el carácter cultural de la ciudad, que tiene una corta historia como urbe económicamente exitosa. Se han establecido unos meses de lectura en los que se ofrecen grandes descuentos en el precio de los libros y se realizan diferentes actos de lectura para niños y mayores. Shenzhen dispone de la mayor librería de Asia. Las universidades tienen multitud de programas de intercambio con centros extranjeros, que se reforzarán todavía más.

## UNA *STARTUP* ENTRE DOS SISTEMAS

Malong Technologies es una de los cientos de pequeñas y medianas *startups* que se han instalado en la zona especial de Hetai en Shenzhen, una de las áreas de cooperación con Hong Kong.

Desde las ventanas de su cuartel general en un moderno edificio junto al río Shenzhen, que la separa de Hong Kong, se pueden ver los campos vacíos del lado hongkonés, que contrastan con las nuevas construcciones a este lado de la ciudad.

Dinglong Huang trabajaba en grandes compañías como Google o Microsoft hasta que en 2014 fundó Malong, especializada en la aplicación de inteligencia artificial a multitud de sectores como el comercio, la educación o la salud.

«Shenzhen está eligiendo el modelo de San Francisco, el ecosistema para las *startups* aquí es muy bueno y surgirán muchos negocios. Cada aplicación de IA tendrá un hueco en el mercado. Habrá muchas nuevas oportunidades. Si vuelves aquí en 20 años verás este lugar lleno de empresas», dice señalando a los edificios en construcción del lado

continental y a los campos hongkoneses.

Explica que Hong Kong tiene un muy buen sistema financiero, pero no es tan buena en alta tecnología y cree que la asociación de las dos ciudades será «una gran oportunidad para ambas».

«La dinámica china es moverse primero y en la acción encontrarás la solución», explica.

También cree que las pequeñas y medianas *startups* son clave para el futuro de la innovación china. «Las empresas más innovadoras en el futuro no serán quizá las grandes, sino estas de tamaño pequeño y mediano, mientras haya un buen ecosistema. En el pasado las pequeñas sólo podían hacer cosas simples, pero si el ecosistema es bueno puedes poner los productos complejos en el mercado», afirma. Con un buen ecosistema se refiere a que haya muchas pequeñas empresas alrededor investigando y que todas puedan cooperar e intercambiar recursos, tecnología y conocimiento.

«Las *startups* necesitamos compartir el talento y un escenario para probar y transferir las nuevas tecnologías en el negocio».

El presidente de Malong cuenta que hace años conoció a un analista de datos español muy bueno en Pekín. Le preguntó por qué había venido a China si en Europa podía ganar más como analista. «En China, en cinco o diez años las oportunidades serán mucho mayores y finalmente tendrás un mejor retorno», le contestó.

Aunque no directamente como Huawei y algunas más, Malong también ha sufrido en 2021, como otras muchas, la campaña desatada en EEUU contra las tecnológicas chinas, tanto por parte del Gobierno como de los medios de comunicación.

La empresa llegó a un acuerdo con la mayorista estadounidense Wallmart, en la que desplegó sus sistemas. Sus clientes estaban muy satisfechos, compararon sus aplicaciones con otras de empresas europeas y americanas y les parecían mucho mejores.

Pero Dinglong empezó a notar algunos signos poco amigables y viajó hasta la sede central de Wallmart en Kansas. Allí, tras tenerle mucho tiempo esperando, arguyeron motivos de seguridad para cancelar el contrato. «Expusieron incluso razones de seguridad nacional, cuando nuestro sistema no tenía reconocimiento facial ni ningún problema de privacidad», explica. Sus argumentos no sirvieron para nada: «No es un asunto técnico, es puramente político. No pude hacer nada. Siempre pensaba que a la gente de

negocios norteamericana no le importaba la política, pero no juzgan por los hechos sino por la emoción».

«En Inglaterra y Australia también nos pasó algo similar. No estamos prohibidos por el Gobierno, ni en ninguna lista negra, pero estamos perjudicados por la emoción», lamenta.

Huawei y otras compañías son lo suficientemente grandes para poder sobrevivir a este tipo de boicots, pero para las pequeñas y medianas como Malong resulta más difícil.

La empresa tomó entonces «una decisión difícil»: cambió la orientación de su negocio al mercado doméstico chino y se centró en las aplicaciones de inteligencia artificial en el sector educativo.

Dinglong, como casi todos sus colegas en las tecnológicas chinas de Shenzhen, habla perfectamente inglés. Igual que al resto, todavía le cuesta entender cómo decisiones políticas sin ninguna motivación razonable o campañas mediáticas pueden acabar con una relación comercial y un intercambio tecnológico que benefician a todos.

# VII

# LA «AMENAZA» CHINA

El agua es perfecta porque no se pelea con nadie.

*Tao Te Ching*

No gastes buen hierro en clavos, ni buenos hombres en soldados.

Proverbio chino

## La proyección del comportamiento occidental

Los medios dominantes y no pocos políticos y gobiernos nos amedrentan a diario con que el ascenso de China supone una amenaza para el resto del mundo y especialmente para Occidente.

Esa imagen no es más que una proyección de nuestros propios comportamientos. Acostumbrados como estamos a la actitud de las superpotencias en un mundo moldeado por Occidente desde hace al menos 200 años, nos resulta prácticamente imposible concebir un planeta en que las relaciones internacionales no estén basadas en el deseo de unos países de colonizar, conquistar o invadir a otros. Estamos tan hechos a esa manera de actuar que pensamos que así funciona el ser humano y, por extensión, el mundo entero.

Desde la expansión colonial y misionera de Occidente fuera de sus fronteras, que abarcó todo el planeta, creemos que ese impulso exógeno es universal. Como sucede con tantas otras cosas, aplicamos nuestras características y escala de valores a todas las demás culturas y civilizaciones. Si nosotros nos comportamos así, ellos deben hacerlo al menos igual, si no peor.

Pero, pese a la globalización, las diferencias culturales persisten, las historias de cada civilización son muy distintas unas de otras y forjan a lo largo del tiempo el carácter y modo de hacer de sus gentes; y más en una tan larga e ininterrumpida como la que nos ocupa.

No se puede garantizar que China no se vaya a comportar algún día de modo «occidental», pero todo en su historia, su evolución, su idiosincrasia e incluso sus principales intereses apunta en sentido contrario.

## La mayor flota que el mundo había visto nunca

A lo largo de sus 5.000 años de historia continua como civilización, es difícil encontrar algún momento en que China invadiera otros países. Hubo muchas guerras, sí, pero la mayoría fueron guerras civiles, revueltas de campesinos o contra la agresión exterior.

Los mongoles y los manchúes, los pueblos del exterior que la conquistaron y fundaron dinastías, acabaron asimilados por la cultura del Reino del Centro y renunciaron a sus costumbres.

La China imperial, el más poderoso país del mundo durante un largo periodo de tiempo, vivió generalmente en armonía con sus vecinos.

En 1405, casi un siglo antes de que Colón llegase a América, el navegante chino Zheng He (1371-1433) partió por primera vez a explorar el océano Índico y el Pacífico occidental al mando de la mayor flota que el mundo había visto nunca, con 317 barcos en los que viajaban más de 27.000 personas.

La tecnología de sus buques, construidos en madera, suponía un gran avance para la época. Más de 60 de ellos, llamados los «barcos del tesoro», eran asombrosos, con 120 metros de eslora y 60 de manga.

Los buques de Zheng He no eran de guerra, no llevaban cañones. China no hacía aún cañones en ese tiempo, pese a que había inventado la pólvora más de 500 años antes. Eran expediciones de comercio, exploración, diplomáticas y científicas. Además de la tripulación, viajaban comerciantes, diplomáticos, exploradores, médicos, científicos, monjes o traductores de todos los idiomas de Asia Oriental.

Sus bodegas iban cargadas de alimentos, seda, telas, té, pergaminos, ropas, tallas, porcelana, oro y plata para comerciar u ofrecer como regalo a los diferentes gobernantes a su llegada.

En ese primer viaje visitaron los actuales Vietnam, Camboya, el golfo de Siam, la península de Malasia, Sumatra, Java, Sri Lanka y Calicut, en la costa india.

Desde 1405 hasta 1433, los barcos de Zheng He emprendieron siete

expediciones en las que llegaron a más de 30 países recorriendo 70.000 millas náuticas, una distancia similar a circunnavegar tres veces el mundo.

Llegaron hasta lugares como el golfo Pérsico, Adén o La Meca, y también a países africanos como Somalia, Kenia o Mozambique. Algunos relatos aseguran que rodearon incluso el cabo de Buena Esperanza en el sur de África, pero tuvieron que dar la vuelta por falta de viento.

Estas expediciones inéditas estrecharon las relaciones de China con muchos países, que no sólo recibían calurosamente a sus exploradores, sino que enviaban posteriormente misiones a la corte de la dinastía Ming en Pekín.

Sus viajes, al contrario que los europeos casi un siglo después, nunca tuvieron una intención conquistadora ni expansionista. Potenciaron los intercambios comerciales, tecnológicos y culturales e impulsaron el crecimiento económico de la región. Un tipo de expedición pacífica que resulta difícil de entender para Occidente.

Se realizaron 87 años antes que las de Colón y 92 antes que las de Vasco da Gama, fueron mucho más largas y con infinidad de más barcos e intercambios con otras gentes.

Mientras que el viaje de Colón resultó en el descubrimiento de América y la expansión del colonialismo, los de Zheng He no provocaron ningún cambio en el orden mundial.

Después de que Zheng muriese en el transcurso del séptimo viaje, no hubo continuadores ni otras expediciones. Los chinos dieron en general la espalda al mar y no volvieron a salir de su reino.

Sus viajes y lo avanzado de sus barcos demuestran la gran diferencia que había entre la tecnología naval china del siglo xv y la occidental un siglo después. Podrían haber llegado hasta América si se lo hubiesen propuesto, hay versiones que aseguran que incluso lo hicieron.

Es fundamental entender la importancia que tiene la historia y la memoria colectiva para los chinos. Algo que refleja también la naturaleza de su lenguaje escrito con ideogramas. En chino no hay tiempos en pasado. Sólo por el contexto podemos entender si alguien se refiere a algo que está sucediendo ahora mismo o hace 2.000 años.

A lo largo de su historia, la unificación de grandes áreas durante largos periodos, junto con los avances de la ciencia y los métodos de cultivo, permitieron un desarrollo material y cultural que atraía la envidia de los de

fuera. Por ello, promovieron a través de los siglos una disposición básicamente defensiva en lugar de ofensiva.

Los chinos construyeron la Gran Muralla, el gran símbolo universal del país, para defenderse y no para atacar. Mientras que el impulso primordial de Occidente fue exógeno, movido por el deseo de ir hacia afuera, el de China fue endógeno, centrado en su gran territorio, que para ellos era el *tianxia,* todo lo conocido bajo el cielo.

Occidente no tiene una imagen que la represente de modo global como lo hace la Gran Muralla para China. El más aproximado sería la cruz, como símbolo de esa necesidad de proselitismo de la religión occidental a través de los misioneros. El imperioso deseo de ir hacia afuera y convertir a otras culturas a sus valores y sus modos de ver el mundo, algo que, al parecer, sigue estando muy presente en nuestras actitudes.

## Los orígenes del pensamiento pacífico chino

Más de 700 años antes de nuestra era, entre 770 y 221 a.C., un periodo caracterizado por caos y batallas, surgieron al mismo tiempo un gran número de excepcionales pensadores, en lo que se conoce como la edad de oro de la filosofía china.

Son las llamadas Cien Escuelas del Pensamiento, que tuvieron una notable influencia en el estilo de vida y la cultura de los pueblos del este de Asia. Esos pensadores originarios crearon unas corrientes que han influido sucesivamente a otras a través de los siglos y continúan hoy presentes en China y otras sociedades asiáticas.

Las dos que más peso han tenido en la vida china fueron el taoísmo y el confucianismo, ambas surgidas entre 400 y 500 años antes de Cristo.

El carácter pacífico del taoísmo es evidente. No hay más que leer el *Tao Te Ching,* el libro en el que Lao Zi destiló su pensamiento:

> Las armas son instrumentos nefastos,
> odiados por todos los seres.
> Quien posee el recto Sentido
> no quiere saber nada de ellas.

O en otro pasaje:

> Aquel que ayuda al príncipe en el buen Sentido
> no violenta al mundo con las armas.

Sabe que toda acción recae sobre uno mismo.
Los ejércitos no dejan tras de sí
más que zarzas y espinas.
La miseria siempre sigue a las batallas.

En el *Tao Te Ching*, la paz es la vía esencial para conseguir una vida en sociedad justa y resolver los grandes problemas humanos. La violencia se concibe como algo que perturba el equilibrio natural del mundo.

La lectura de *El arte de la guerra* de Sun Tzu, considerado también un ensayo taoísta, se requiere todavía en las academias militares chinas. El libro considera que desarrollar la estrategia y el conocimiento sobre las guerras sirve finalmente para hacer el conflicto innecesario.

«Un reino que ha sido destruido no puede recuperarse, ni los muertos volver a la vida», advertía Sun.

Por su parte, el confucianismo defendía que la benevolencia, el respeto, la tolerancia, el desinterés, el aprendizaje y la ayuda mutua eran fundamentales para conseguir la armonía entre seres humanos, grupos y países.

Confucio creía que la paz se conseguiría a través de la educación, que era la que permitía que los miembros de la sociedad aprendiesen a vivir juntos. La gente interactuaría basándose en la confianza, la amabilidad, el darse a los otros y la contribución al bien común.

Para él, los sabios *(junzi)* son seres humanos que han alcanzado el mayor grado de virtud y desempeñan un papel primordial en llevar la paz y la armonía al mundo. Una sociedad ideal educaría a todas sus personas para convertirse en *junzi*.

Asimismo, creía que la benevolencia es parte de la naturaleza innata del ser humano. La gente nace para ser amable, sólo el medio les hace diferentes.

Una de sus frases más famosas resume la esencia del comportamiento social en China: «No hagas a los demás lo que no quieres que los demás te hagan a ti».

Aunque no tan conocida como otras filosofías chinas antiguas, el moísmo iniciado por el pensamiento de Mozi (480-390 a.C.) también condenaba las guerras tanto desde el punto de vista moral como utilitario.

Mozi pensaba que las guerras no compensan, incluso para los vencedores. Que no hay nada útil en la victoria y que las pérdidas son mayores que los

beneficios. Veía totalmente ilógico que matar a una persona estuviese prohibido como un horrible crimen, pero que se pudiese aceptar sin reparos acabar con todo un ejército.

Mencio, el mayor discípulo de Confucio, criticó duramente las guerras y detestaba que los países rivales se atacasen unos a otros. Para él, todas las guerras del periodo de los Reinos Combatientes (siglos V-III a.C.) eran injustas y quienes las creaban debían ser castigados de la forma más severa.

«Hay hombres que dicen, "soy hábil para organizar tropas, soy hábil dirigiendo una batalla". No son sino grandes criminales», escribió Mencio.

El budismo, la más claramente orientada hacia la paz de todas las grandes religiones humanas, también ejerció gran influencia en el pensamiento y la tradición china.

## El desarrollo pacífico

China ha tomado el camino del desarrollo pacífico desde hace décadas. Su principal prioridad es mejorar la vida de su enorme población y seguir construyendo una sociedad próspera para todos sus habitantes a mediados de siglo. Este objetivo llevará todavía algunas generaciones. No tiene ningún interés en expansiones militares. Aunque se ha desarrollado mucho, sus ingresos per cápita están por debajo todavía de los cien mayores del mundo.

Tampoco tiene interés en confrontaciones ideológicas con el mundo occidental ni con ningún otro. Ni en exportar su modelo económico o social a otros países. No deja de recalcar que es propio suyo y que no se podría aplicar en otros lugares, se trata del famoso «socialismo con características chinas».

Desde los tiempos de Deng Xiaoping ha dejado de apoyar movimientos ideológicos o revoluciones en otros países y no tiene ningún interés en ello.

La perspectiva hacia dentro tradicional de China contrasta con la de universalidad que perseguían en el siglo XX soviéticos y estadounidenses, obsesionados con llevar sus sistemas a otros países.

A lo largo de la historia, la emergencia de cualquier poder, desde Atenas hasta el Imperio romano, el otomano, el británico o el norteamericano, o incluso con el crecimiento de la Alemania o el Japón modernos, siempre estuvo acompañada de colonización, guerras o derramamiento de sangre.

China ha pasado de ser una sociedad agraria a convertirse en una gran potencia sin ninguna violencia, agresión o expansionismo. Lo ha hecho además de una forma mucho más rápida que todos esos imperios y culturas.

No ha disparado un solo tiro fuera de sus fronteras desde una breve batalla naval con Vietnam en 1988. Es el único que ha permanecido pacífico en ese tiempo de entre los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU: EEUU, China, Rusia, Reino Unido y Francia.

## China en el mundo

Aquel que quiera tener éxito debe posibilitar que otros lo tengan.

Confucio

### *La no agresión y el respeto a la soberanía*

Las relaciones internacionales de China siguen basándose en los famosos cinco principios de coexistencia pacífica que propuso en 1954 el entonces primer ministro chino, Zhou Enlai, a su homólogo indio, Jawaharlal Nehru, para llegar a un acuerdo en torno a sus diferencias sobre el Tíbet.

Esos principios, que se inscribieron luego en la Constitución del país, han dominado la acción exterior china en los últimos 68 años.

Los cinco principios son: el respeto mutuo por la soberanía y la integridad territorial, la no agresión, la no interferencia en los asuntos internos de otros países, la igualdad y cooperación en beneficio de ambos y la coexistencia pacífica.

Pese al apelativo de «lobos guerreros» que los medios gustan emplear para denigrar el tono más asertivo en los últimos años de los diplomáticos chinos, lo cierto es que el país no se ha embarcado en ninguna guerra en décadas y suele extremar grandes dosis de prudencia y moderación en su política exterior.

### *La iniciativa de las Nuevas Rutas de la Seda*

La relación de China con el mundo se enmarca desde 2013 en la Iniciativa de la Franja y la Ruta o Belt and Road Initiative (BRI), un proyecto que engloba las inversiones del país asiático en todo el planeta.

La BRI, conocida en español como las Nuevas Rutas de la Seda, es una estrategia de desarrollo global lanzada ese año por Pekín, que promueve la integración económica y la cooperación por medio de la financiación y la creación de una red de infraestructuras que abarca desde carreteras, puertos o vías férreas de alta velocidad hasta factorías, sistemas de telecomunicaciones de alta tecnología o energías renovables.

A la iniciativa se la conoció como las Nuevas Rutas de la Seda porque pretende emular a la antigua ruta comercial que conectaba China con Asia Central, África, Europa y Oriente Medio. Su extensión es ahora todavía mayor y abarca el mundo entero.

De los 196 países que existen en el mundo, 146 se habían adherido hasta mediados de 2022 a la BRI, en su inmensa mayoría naciones en desarrollo. Entre los que se han sumado a la iniciativa figuran algunos aliados de EEUU como Italia, Portugal, Grecia, Arabia Saudí o los Emiratos Árabes Unidos.

La BRI defiende un proceso de globalización a través de la modernización económica y la conectividad en el que unos países puedan comerciar con otros en términos de equidad.

Sus inversiones no se centran sólo en infraestructuras de comunicación o energía. En muchos países del Caribe, por ejemplo, están destinadas a modernizar la enseñanza de ciencias y tecnología en las universidades públicas.

Algo bueno debe tener cuando cerca de dos tercios de los países de América Latina se han sumado a ella, además de tres cuartos de los del mundo.

En el discurso político y mediático occidental en torno a la presencia china en varias regiones del planeta no faltan los enfoques racistas por partida doble. Narrativas como la de que los chinos, comunistas e inescrutables, se aprestan a dominar el mundo con su presencia en países atrasados, corruptos y fácilmente manejables como los latinoamericanos o los africanos.

Sin embargo, la BRI ofrece la posibilidad a estos países de romper con el círculo del subdesarrollo, que se ha mantenido como una negra sombra sobre ellos desde el inicio de la colonización occidental. La iniciativa china proporciona las imperiosas infraestructuras que precisan para desarrollar y modernizar sus economías, además de las energías alternativas para reducir

la dependencia de los combustibles fósiles y realizar a tiempo la transición energética.

Aparte de suministrar el capital y la tecnología, China puede compartir el ejemplo de su experiencia de desarrollo sostenible, de la que el Sur global puede sacar valiosas lecciones.

El paquete de reformas denominado Consenso de Washington que impusieron EEUU y algunos organismos bajo su órbita como el FMI o el BM a Latinoamérica, África y otras regiones del mundo exigía la liberalización comercial, la desregulación, la reducción del papel del Estado y la expansión de las fuerzas del mercado. El objetivo de estas políticas neoliberales no era otro que el de que las grandes corporaciones multinacionales se llevasen un buen pedazo del pastel a través de las privatizaciones. Y lo peor es que esos paquetes llegaban además en muchas ocasiones con la coerción de las pistolas para cambiar Gobiernos, como saben bien en Latinoamérica.

EEUU ha tratado siempre de imponer su modelo económico como forma de mantener su dominio y hegemonía.

En África, las condiciones de esas políticas crediticias llegan incluso a privatizar el suministro de agua en países con escasez de ella, lo que el relator de la ONU para la Extrema Pobreza y los Derechos Humanos hasta 2020, Philip Alston, calificó de «violación de los derechos humanos».

China, en línea con su política de no intervención, es muy clara en este sentido: cada país tiene sus propias condiciones y no le corresponde a él elegir ni imponer un modelo económico determinado.

Además, el modelo occidental ha intentado siempre mantener encajonado al Sur global en el papel de proveedor de materias primas, en los niveles más bajos de la cadena de valor.

Por el contrario, los proyectos de la BRI contribuyen a diversificar las economías, desplazándose cada vez más en los últimos años hacia la cooperación en manufactura industrial inteligente, nuevas energías, telecomunicaciones o innovación tecnológica.

La formación de personal en ciencia y tecnología, de la que el Sur global ha estado privado durante décadas, es otra de las ventajas esenciales que ofrece China.

Pekín no obliga a elegir a los países comerciar con ellos ni prohíbe hacerlo con otros, al contrario que EEUU, que trata por todos los medios de

impedir que tengan relaciones con China, como en el caso de Huawei, cuando la potencia norteamericana amenazó a los Gobiernos para que no contrataran su infraestructura de redes 5G o cualquier otro producto con ella.

Washington pretende colocar a todo el mundo en la tesitura de elegir, algo a lo que está acostumbrado desde hace décadas en el marco de su hegemonía, pero en el mundo multipolar que se va configurando las cosas ya no funcionan así. Cada país debe tener el derecho de relacionarse con quien quiera y un intercambio no tiene por qué excluir otro.

## *América Latina*

Las relaciones entre China y Latinoamérica han experimentado un profundo cambio desde comienzos del siglo XXI. En 2001 las exportaciones latinoamericanas al país asiático sólo representaban el 1,6% del total de ventas al exterior, pero en 2020 suponían el 26%. En contraste, las exportaciones de la región a EEUU pasaron de ser el 56% del total en 2001 al 13% en 2020.

Excluyendo a México –que mantiene un gran comercio con EEUU–, China se ha convertido ya en el primer socio comercial de América Latina. Sus intercambios crecieron un 41% en 2021 respecto al año anterior y alcanzaron los 247.000 millones frente a los 174.000 millones de dólares que mantuvo EEUU con la región descontando a su vecino del sur.

Actualmente China es el primer socio comercial de Brasil, Argentina, Chile, Perú, Ecuador y Uruguay y tiene acuerdos de libre comercio con Chile, Perú y Costa Rica, además de estar negociando otro con Ecuador.

El comercio con América Latina se multiplicó por 26 en las últimas dos décadas y se prevé que al menos se duplique hasta 2035.

A diferencia de otros países, China no impone condiciones relativas al modelo político o social ni hace depender sus relaciones comerciales de cuestiones ideológicas. De hecho, dichas relaciones las ha reforzado considerablemente en los últimos años con países con Gobiernos de muy distinto signo como Brasil, Chile o Argentina, independientemente del partido que estuviese en el poder.

Hasta 21 países latinoamericanos se han adherido a la iniciativa de las Nuevas Rutas de la Seda. A través de ella, China se ha convertido en una

fuente primordial de inversión directa y financiación en infraestructura y energía.

La región es el segundo destino de la inversión china después de Asia. China aporta a Latinoamérica una forma diferente de actuación. Facilita la financiación que precisa imperiosamente la modernización de sus infraestructuras y contribuye a diversificar su economía, ofreciendo una buena oportunidad para salir del subdesarrollo.

El interés de América Latina por reforzar sus relaciones con China no es casual. Las diferencias con el modelo de dependencia que imponía EEUU a su «patio trasero» son abismales.

Las décadas de relación económica prioritaria y constante intervención de EEUU en los asuntos latinoamericanos han llevado a un fuerte incremento de las desigualdades en la región. En 2020 se estimaba que al menos el 35% de la población del subcontinente vivía en la pobreza, lo que supone más de 200 millones de personas.

Los bancos estadounidenses, el FMI o el BM han llegado siempre a la región con préstamos que exigían políticas de austeridad, privatizaciones o invertir menos en educación o atención sanitaria. En contraste, los préstamos chinos, como ya hemos apuntado, no imponen ninguna condición política o económica. China se cuida mucho de tratar a los países con los que comercia o en los que invierte bajo los principios de no interferencia y respeto a la soberanía.

A diferencia de Washington, Pekín no tiene ni una sola base militar en la región, no ha organizado ningún golpe de Estado ni campañas de desestabilización de ningún Gobierno, no ha invadido ningún país, no ha promovido guerras, ni aplica sanciones o bloqueos a los países que no le bailan políticamente el agua. China no hace nada de todo eso y se dedica a invertir en puertos, puentes, trenes, carreteras, tecnología digital, energía verde, modernizar la economía y cooperar en la transición energética.

No es de extrañar que la pérdida de terreno de EEUU en la región, que era ya manifiesta con Trump, se haya acentuado incluso con la llegada de Biden, pese a las promesas de este de corregir las «desviaciones» de su antecesor en relación con el subcontinente.

China está invirtiendo mucho en energía en América Latina, más de dos tercios de la inversión total en los últimos años se ha destinado a proyectos energéticos. Programas que tratan de reducir la dependencia de EEUU en la

producción y el refinado o fomentar las energías renovables. Y que Washington trata de boicotear para imponer el uso de su energía de *fracking* de petróleo y gas.

## *África*

China es el mayor socio comercial de África, su principal fuente de financiación y un actor clave en el desarrollo de infraestructuras en el continente: puertos, carreteras, puentes, presas hidroeléctricas, aeropuertos, vías férreas… Además, las infraestructuras de telecomunicaciones chinas son esenciales para la comunicación digital de los africanos. Las relaciones políticas y de seguridad son también cada vez más estrechas.

Según una encuesta de 2021de la Red Económica Interregional (IREN) –un centro de estudios keniano– entre más de un millar de políticos africanos de 25 países, las inversiones chinas se situaban muy por delante de las de la UE –los países europeos eran los principales inversores y socios comerciales hasta que en 2021 China los sobrepasó– en cuanto a las prioridades del continente, la rápidez de los resultados y la no interferencia en los asuntos políticos internos. Un 75% de los encuestados aprobaba la cooperación china, que puntuaron mucho más alto en rapidez y fiabilidad, mientras que un 55,8% respaldaban la europea.

La *Encuesta de la Juventud Africana 2022* realizada en 15 países por la Fundación Ichikowitz, de Sudáfrica, indicó que el 76% de los jóvenes de entre dieciocho y veinticuatro años preguntados veían a China como el país extranjero que más influía en sus vidas. Más de ocho de cada diez consideraban la influencia china más positiva que la de EEUU. «Vemos un reconocimiento del hecho de que China se está comprometiendo en África en un momento en que muy pocos otros lo hacen», dijo el presidente de esa Fundación, Ivor Ichikowitz, y agregó que EEUU «actualmente está desempeñando un papel vergonzosamente insignificante en África en términos de inversión, comercio o construcción de infraestructuras». «En general vemos una actitud mucho más positiva hacia China, que llevará a un mayor compromiso con el país», afirmó.

Las compañías chinas se centran en grandes proyectos de construcción de infraestructuras que han cambiado considerablemente en los últimos años la fisonomía africana con puentes, carreteras, vías férreas, puertos y

rascacielos.

Hace ya años que el número de estudiantes africanos de países de habla inglesa en universidades chinas supera a los de las universidades británicas o estadounidenses.

Desde el colonialismo europeo y el neocolonialismo estadounidense, los préstamos y la inversión directa occidental en África han servido mayormente para extraer la riqueza mineral, energética o agrícola, crear enormes desigualdades, reducir la soberanía de los países y colapsar las capacidades autóctonas de desarrollo. Han beneficiado a los más ricos y a lugares con menor riesgo financiero, generando una excesiva concentración de la actividad económica alrededor de los actores poderosos.

China ofrece créditos a bajos tipos de interés y con buenas condiciones de pago y reestructuración de la deuda. Tras la crisis de 2008 canceló 168 deudas de África para facilitar la recuperación económica del continente.

A partir de 2013, con el lanzamiento de la BRI, la inversión directa y la llegada de empresas chinas en África se aceleró y actualmente cerca de 10.000 operan allí con más de un millón de chinos resididiendo en el continente.

Las inversiones chinas se basan en la idea del beneficio mutuo o «ganar-ganar», una idea central de China en sus relaciones internacionales.

El comercio proporciona productos y recursos laborales a cada una de las partes, además de ganancias para empresas públicas y privadas, junto con el desarrollo de la minería o el sector energético del continente.

Además, China transfiere capacidades técnicas, agrícolas e industriales a los países africanos, esenciales para su desarrollo.

Se estima que la inversión china ha supuesto hasta 2019 un crecimiento medio anual del 4% del PIB africano.

La idea china de «ganar-ganar» y, por extensión, la de que todas las naciones comparten un interés común son a menudo objeto de mofa y ataques por parte de Occidente, como si ese tipo de cooperación fuera algo de cuento de hadas, imposible de concebir con nuestra doctrina geopolítica, para la que las relaciones internacionales son siempre un juego de ganadores y perdedores.

Los medios no cesan de acusar a China de intenciones ocultas «colonizadoras» o «imperialistas» y de acorralar a los países africanos con la llamada «trampa de la deuda», cuando no la «diplomacia de la deuda».

Pero la «trampa de la deuda» no es un invento chino precisamente. Es lo que aplicaron en África, Latinoamérica u Oriente Medio con sus préstamos bajo el Consenso de Washington los organismos financieros occidentales, como el FMI o el BM, y el Departamento del Tesoro de EEUU.

Los Gobiernos africanos todavía deben tres veces más a los bancos, los gestores de activos y los comerciantes de petróleo occidentales que a las entidades crediticias públicas y privadas chinas. Según un informe de julio de 2022 de la organización británica Debt Justice, basado en datos del BM, sólo el 12% de la deuda de los países africanos corresponde a China, frente al 35% que está en manos de los prestamistas privados occidentales. El 39% se lo deben a instituciones multilaterales como el FMI o el BM y el 13% a otros Gobiernos.

Además, los tipos de interés de los créditos privados occidentales son casi el doble que los de los chinos y los países más endeudados son los que menos obligaciones tienen para con el país asiático.

El interés medio de los créditos del sector privado occidental para África es de un 5%, mientras que el de los préstamos públicos y privados chinos es del 2,7%.

Yendo todavía más allá, el G7 ha atribuido incluso a China el bloqueo de los progresos en la reestructuración de la deuda, cuando los datos muestran todo lo contrario. En 2020 y 2021, China participó en la iniciativa de suspensión de la deuda del G20, pero el esquema sólo canceló el 23% del pago porque los prestamistas privados y multilaterales rechazaron sumarse y no fueron incluidos.

Multitud de expertos financieros internacionales han instado a EEUU y Reino Unido a legislar para obligar a los acreedores privados a participar en la reducción como la única solución efectiva al problema de la deuda, sin resultados hasta el momento.

El G7 no informa de que los africanos han sido capaces de pagar ya cerca de tres cuartas partes de la deuda china desde 2000.

Un estudio de la Iniciativa de Investigación China-África (CARI) de la Universidad Johns Hopkins estadounidense señaló que el país asiático ha reestructurado o refinanciado cerca de 15.000 millones de dólares de deuda africana entre 2000 y 2019, y ha cancelado al menos 3.400 millones de dólares de la misma. «No hemos encontrado ninguna incautación de activos, ninguna evidencia del uso de arbitrios judiciales para obligar a los

pagos ni aplicación de intereses de penalización», afirmó la directora de CARI, Deborah Bräutigam, en referencia a esa investigación.

El estudio de la Johns Hopkins incluye también un párrafo que debería sacar los colores a la propaganda occidental:

> La agencia de calificación Moody's advirtió de que los países ricos en recursos naturales como Angola, Zambia y la República del Congo, o con infraestructura importante estratégica –puertos o vías férreas– como Kenia, son más vulnerables al riesgo de perder el control de importantes activos en negociaciones con los acreedores chinos. Estas asunciones sobre una maligna China fueron repetidas en publicaciones como *The New York Times,* que afirmó que los préstamos chinos «usan frecuentemente activos nacionales como aval» y requieren refinanciacion «cada dos años». Nuestros datos de África no respaldan ninguna de estas afirmaciones.

Es la habitual técnica de inventarse historias con tal de dar un empujón a la narrativa de la «trampa de la deuda china». En 2022, multitud de medios aseguraron que China iba a confiscar el nuevo aeropuerto de Kampala porque Uganda no pagaba su deuda. Era simplemente mentira. El Gobierno ugandés tuvo que sacar un comunicado desmintiéndolo. Pero mientras la mentira se publicó en primera página, el desmentido se invisibilizó cuando no se ignoró por completo.

Además de un tipo de interés menor, los créditos chinos tienen pagos a más largo plazo y habitualmente mucha más flexibilidad a la hora de renegociar la deuda. Al contrario de lo que nos pretenden hacer creer, China no incauta bienes, ni fuerza privatizaciones, ni recurre a arbitrios internacionales por impagos, como sí hacen bancos y organismos occidentales.

China ve a África como la próxima región de un gran desarrollo económico histórico, tras el experimentado por Asia desde finales del siglo XX.

La transformación estructural a través del desarrollo de las infraestructuras, la conectividad y la industrialización, junto con las transferencias de tecnología y las mejoras de la fuerza laboral que le ofrece, contrasta con los modelos occidentales que ha conocido históricamente el continente.

## UN NUEVO MUNDO MULTIPOLAR ES POSIBLE

El mundo lleva más de 200 años viviendo bajo el dominio occidental. Un modelo que ha conseguido beneficios económicos y libertades para algunos lugares y grupos del planeta, pero que se ha mostrado incapaz de avanzar en la justicia y equidad entre los seres humanos o las naciones, eliminar la pobreza, cuidar el medio ambiente o mantener la paz.

Es evidente que el modelo occidental de relaciones internacionales y las instituciones de Bretton Woods creadas después de la Segunda Guerra Mundial atraviesan una profunda crisis.

Cualquier tentativa de mejora o reforma de esas instituciones tiene que pasar por la aceptación de un paradigma: la civilización occidental ha realizado grandes y enriquecedoras aportaciones al mundo, pero no está en posesión de la verdad absoluta y tiene que dejar de pretender que sus valores son universalmente válidos. Existen otras civilizaciones, culturas y modos de entender la vida en sociedad y la convivencia en el planeta igual de respetables o más que la suya.

Sólo desde el respeto y la tolerancia entre diversas formas de entender el mundo, la no demonización intencionada del otro y la voluntad de cooperación entre todos será posible un orden multipolar sin potencias hegemónicas que intenten imponer su voluntad al resto.

No hemos llegado en absoluto al fin de la historia, como pretendía Fukuyama, pero estamos en un momento en que tenemos que optar por una nueva forma de entender las relaciones globales.

Los problemas acuciantes de la humanidad requieren un consenso: emergencia climática, pandemias, pobreza, hambre, recursos alimenticios limitados, control de las nuevas tecnologías sobre nuestras vidas. Cada país debe poner de su parte para arreglarlos sin intentar imponer a los demás lo que deben hacer.

El cambio climático y el calentamiento global sitúan a la humanidad ante la cruda realidad de que no habrá salvación sin colaboración global.

La pandemia de la covid también ha ejemplificado esta necesidad de cooperación, al hacer todavía más evidente el hecho de que todos navegamos en el mismo barco.

EEUU tiene ante sí dos caminos. O bien aceptar el fin de su hegemonía y adoptar un papel activo de cooperación para afrontar los retos globales en la configuración multipolar que se abre paso, o bien negarse a ello y continuar intentando impedir el desarrollo y bienestar de los demás con tal de

mantener su posición dominante.

La segunda alternativa es un callejón sin salida que sólo conduce a exacerbar el militarismo y al riesgo de una confrontación bélica o nuclear de terribles consecuencias.

La perspectiva multipolar podría no sólo ser estable, próspera y segura para todos, sino también beneficiosa para EEUU, ya que le permitiría comerciar libremente y dedicar su enorme gasto militar a resolver sus graves problemas internos. Además, abriría la posibilidad de configurar entre todos instituciones internacionales de consenso, más democráticas e integradoras que las actuales.

El mundo unipolar ha traído consigo una mentalidad del mismo cariz: un pensamiento unipolar que, cada vez más, no acepta ideas opuestas o diferentes, y que se siente legitimado para usar su poder o la violencia para anularlas.

Por el contrario, un planeta multipolar tendrá que abrazar la diversidad, abrirse a otras culturas y formas distintas de entender las relaciones humanas, aprender de ellas y llegar a puntos de encuentro para poder convivir en paz.

# BIBLIOGRAFÍA

## LIBROS


BROWN, K., *Chinese Life, a Tale of Five Cities,* Pekín, China Translation and Publishing House, 2020.

CHUN, L., *La transformación del socialismo chino*, Barcelona, El Viejo Topo, 2008.

CLISSOLD, T., *Cloud Chamber,* Pekín, The Commercial Press, 2022.

CROUSE, T., *The Boys on the Bus,* Nueva York, Random House, 1973.

DENG XIAOPING, *Selected Works*, Pekín, People's Press, 1994.

ECONOMY, E. *The Third Revolution: Xi Jinping and the New Chinese State*, Oxford, Oxford Universtiy Press, 2019.

FAIRBANK, J. K., *China: Tradition and Transformation,* Boston, Houghton Mifflin, 1989.

—, *The Chinese World Order: Traditional Chinese Foreign Relations*, Harvard, Harvard Universtiy Press, 1992.

FAIRBANK, J. K., y MACFARQUHAR, R., *The People's Republic, Revolutions within the Chinese Revolution, 1966-1982*, The Cambridge History of China, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

FITZGERALD, C. P., *Ancient China*, Oxford, Phaidon Press, 1978.

GERNET, J., *A History of Chinese Civilization*. Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

HU, F., *The War on Poverty, Poverty Reduction in China*, Pekín, Foreign Languages Press, 2019.

*I Ching or Book of Changes,* Richard Wilhelm (trad.), Londres, Penguin Books, 2003.

ISAACS, H. R., *Scratches on our Minds. American Views of China and India*, Nueva York, Routledge, 2015.

JACQUES, M., *When China Rules the World*, Londres, Penguin Press, 2009.

LAO TSÉ, *Tao te King*, Richard Wilhelm (trad.), Málaga, Sirio, 2012.

LIANG, J., *How US Correspondents Discover, Uncover and Cover China*, Nueva York, Edwin Mellen Press, 2003.

MACKERRAS, C., *Western Images of China since 1949*, Pekín, Renmin University Press, 2013.

MAHBUBANI, K., *Has China Won? The Chinese Challenge to American Primacy*, Nueva York, Hachette, 2020.

PICKERIN, M., *Stereotyping: the Politics of Representation*, Londres, Routledge, 2001.

POCH-DE-FELIU, R., *La actualidad de China. Un mundo en crisis, una sociedad en gestación*, Barcelona, Crítica, 2009.

POMERANZ, K., *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2001.

RÍOS, X., *A metamorfose do comunismo na China*, Pontevedra, Kalandraka, 2021.

—,*Taiwán, una crisis en gestación*, Madrid, Editorial Popular, 2020.

ROSS, R. S., y INGE BEKKEVOLD, *China in the Era of Xi Jinping: Domestic and Foreign Policy Challenges*, Washington, Georgetown University Press, 2016.

ROVETTA DUBINSKY, P., *Los años setenta en China. Recuerdos de un Oriental en Oriente*, Barcelona,

Universo de Letras, 2021.
Ruzvidzo, J., *Panic to Payback: China Coverage in Western Media.* School of Advanced Study, Londres, University of London, 2020.
Said, E., *Orientalism*, Nueva York, Vintage Books, 1979.
Snow, E., *Red Star over China,* Nueva York, Grove Press, 1968.
Sun Tzu, *The Art of War*, Nueva York, Harper Collins, 2013.
Tan, Ch., *China: A 5.000 Year Odyssey*, Pekín, New World Press, 2017.
Tong, W., *A Comparative Analysis of Chinese, Western and African Media Discourse*, Londres, London School of Economics Media, 2015.
Wang, S., *Poverty Alleviation in Contemporary China,* Pekín, Renmin University Press, 2019.
Xi Jinping, *La profundización integral de la reforma,* Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 2014.
Yu, H., *China en diez palabras*, Barcelona, Alba, 2013.

## Publicaciones académicas

Akber, A., y Bahar, M., «Representations of China in the global media discourse», School of Journalism and Communication, Shanghái, Shanghái University, 2019.
Chen, D., «La representación de China en los medios españoles (2008-2019)», tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2019.
D'arcangelis, G., y Ooi, S.-M., «Framing China: Discourses of othering in US news and political rhetoric», Pekín, Global Media and China Journal. Communication University of China, 2019.
Donhue, G.; Tichnor, Ph., *y* Olien, C. N., «A guard dog perspective on the role of media», Washington, Journal of Communication ICA, 1995.
Griffiths, D., «The international media coverage of China: Too narrow an agenda?», Reuters Institute for the study of Jorunalism, Oxford, University of Oxford, 2013.
Golan, G. J., y Lukito, J., «The rise of the dragon. Framing China's global leadership in elite american newspapers», Newhouse School of Public Communications, Nueva York, Syracuse University, 2015.
Jia, W., y Lu, F., «US media coverage of China's handling of Covid 19», Global Media and China Journal, Pekín, Communication University of China, 2021.
Ken-fang, L., «The representation of China trough western media: miscontruction of culture», Taipéi, National Taiwan Normal University, 2020.
Peng, Z., «Representation of China: an across time analysis of coverage in The New York Times and Los Angeles Times», Singapur, Asian Journal of Communication, 2014.
Stone, G.C., y Xiao, Z., «Anointing a new enemy: The rise of anti-China coverage after the USSR's demise», International Communication Gazette, California, Sage Publishing, 2007.
Willnat, L., y Luo Y., «Wathching the dragon: global television news about China», Bloomington, Indiana University, 2011.
Wu Denis, «Systemic determinants of international news coverage», Washington, Journal of Communication ICA, 2000.
Xu Shanna y Pengzhan You, «Western images of China. Media representations of Chinese attempts to invest in Saab», Trollhättan, University West, 2012.

PINCHE AQUÍ

# A FONDO

Vivimos tiempos en los que nos sentimos aplastados por tanta información; saturados de noticias en papel, en televisión, en radio, en internet. Elaboradas por los periodistas de forma precipitada para ser los primeros, breves porque saben que no tenemos mucho tiempo para dedicarle, superficiales porque con tantas tecnologías simultáneas ya hemos dejado de concentrarnos. Como resultado, en los temas de actualidad complejos, que necesitan un seguimiento y unos antecedentes, nos sentimos perdidos. Leemos noticias de apenas una columna o un titular y vemos imágenes de veinte segundos, pero no logramos abarcar la cuestión en toda su perspectiva y contexto.

Por ello nace la colección de libros *A Fondo*. Sobre asuntos que todos los días están en los medios, pero que requieren que rompamos el ritmo trepidante que nos imponen para acercarnos con la suficiente perspectiva, extensión y elaboración tranquila. Los profesionales mejor conocedores del caso, en su mayoría periodistas, se encargarán de exponer los temas en un lenguaje accesible, con el contexto y los antecedentes necesarios. El lector descubrirá la información primaria que se perdió en la dinámica de los medios, la profundidad que no permitían los diarios ni la televisión y el rigor que la precipitación del periodismo actual impide.

*A Fondo* incorpora al ensayo una actualidad desacostumbrada en los libros, y al periodismo, una profundidad y un rigor que estábamos perdiendo.

*Pascual Serrano*

Javier García

Prólogo de Xulio Ríos

# CHINA AMENAZA O ESPERANZA

## La realidad de una revolución pragmática

A FONDO

akal

# Document Outline


- Akal / A FOndo
- Legal
- CHINA, AMENZA O ESPERANZA. La realidad de una revolución pragmática
- Presentación, Pascual Serrano
- Prólogo, Xulio Ríos
- Introducción
- I. OBJETIVO: DESPRESTIGIAR A CHINA
- II. XINJIANG, EL ÚLTIMO CARTUCHO CONTRA CHINA
- III. EL FIN DE LA POBREZA EXTREMA
- IV. LA LUCHA CONTRA LA DESIGUALDAD
- V. LA CIVILIZACIÓN ECÓLOGICA
- VI. LA REVOLUCIÓN PRAGMÁTICA
- VII: LA «AMENAZA» CHINA
- Bibliografía
- Akal / A Fondo